



José Aniorte Alcaraz

Hechos y obras de una vida

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

**HECHOS
Y
OBRAS
DE
UNA VIDA**

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

JOSÉ ANIORTE ALCARÁZ

**HECHOS
Y
OBRAS
DE
UNA VIDA**

**Composición y revisión:
Ana María García Asensio**

**DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE
POR SU AUTOR**

**C/ Orense nº 14, Urbanización Montepinar
C. P. 03300 Orihuela
Alicante - España
Teléfono: 96 5 36 95 15**

*Humildemente dedico este libro,
a todos mis queridos hermanos espíritas
de España y de América
y muy especialmente,
a mis estimados amigos: Divaldo Pereira Franco,
Alipio González y Juan Antonio Durante.*

Reflexión

*Cuando yo nací,
todos reían y yo lloraba.
Vive de manera,
que cuando mueras,
todos lloren y tú rías.*

PRÓLOGO

Nunca he tenido la intención de escribir nada sobre mi persona, pero la tenaz insistencia de unos buenos amigos, me convenció para que cambiara de opinión, y aquí estoy haciendo aquello que no había pensado antes.

Cuando nuevamente nací en este mundo en el año 1.920, mi Espíritu tenía una serie de defectos que con mis buenos propósitos yo debía suprimir, y debo reconocer que después de una vida tan larga, aún tengo en mi bagaje algunos de esos defectos que no he sabido corregir y sintiéndolo mucho tendré que regresar con ellos. Aún así no me considero un fracasado, pero tampoco un vencedor. Pienso que soy un Espíritu serio, fiel a mis compromisos, pues siempre me esfuerzo por cumplirlos; soy como un viejo guerrero que ha participado en muchas batallas, algunas las he ganado y otras las he perdido.

No se debe juzgar a los demás, pero sí a uno mismo, yo así lo estoy haciendo, y me siento tranquilo y feliz, porque a pesar de mis defectos, de mis debilidades y de mi pequeñez, me considero un Espíritu útil para mis semejantes, y un instrumento fiel; de buena voluntad para trabajar con el Espíritu que me utiliza y me guía.

El Espíritu es una partícula de la ciencia divina, proyectada en los mundos materiales. Le ha sido necesario pasar por vías oscuras, revestir varias formas y animar muchísimos organismos, para dejarlos al final de cada existencia. Todos estos cuerpos, siempre de carne, han perecido. El soplo de los siglos ha dispersado su polvo, pero el Espíritu persiste, prosigue su marcha ascendente, recorriendo las variadas estaciones de su viaje, y se dirige hacia un fin grande, siguiendo siempre su destino.

¡Las vidas son cortas y la perfección es extensa!

La finalidad de la vida no es el bien terreno, y sí, el perfeccionamiento de cada uno de nosotros; esta dicha debemos conseguirla con el trabajo, con el esfuerzo, con la renuncia y con el dolor, este último es el instrumento por excelencia, de la educación y el progreso del Espíritu, sin él se estacionaría en los mundos materializados. Con el dolor físico y moral, el alma se eleva y a medida que ella sube, se le aumenta una suma creciente de saber y de virtud.

La evolución material, la destrucción de los organismos y la transformación de la materia, sólo es temporal. Las realidades eternas residen en el Espíritu, sólo él sobrevive a todos los conflictos. Sale grado a grado, desde el principio de la vida para transformarse en genio superior, y esto por sus propios méritos y esfuerzos. Conquista su porvenir de hora en hora, se desprende cada día más del juego de las pasiones, se libera de las sugerencias, del egoísmo, de la pereza, y del abatimiento, se redime poco a poco de las debilidades, y de su ignorancia, enseñando y ayudando a sus semejantes, a seguir el camino que les llevará hacia su redención espiritual. Este es el papel designado a cada Espíritu, a lo largo de un trayecto de milenarias existencias.

En todos nosotros hay una parte de sombras y otra de luz. Somos la carne con todas sus debilidades y el Espíritu con sus riquezas latentes y sus radiosas esperanzas. Cada alma humana es una proyección del gran foco eterno; pero hemos acumulado a lo largo de nuestras existencias los instintos de la bestia, más o menos reprimidos por el largo trabajo y las duras pruebas que hemos pasado, pero también tenemos la crisálida del ángel, del ser radiante y puro que podemos llegar a ser por medio de la transformación moral, las aspiraciones del corazón y el sacrificio constante del Yo.

Tocamos con los pies las profundas obscuridades del abismo y con la frente las deslumbradoras alturas del cielo.

La tarea es difícil; los caminos que hay que subir son escabrosos, pero nuestras fuerzas no tienen límites, y podemos renovarlas continuamente con nuestra voluntad y la unión con los buenos espíritus.

A medida que nuestro Espíritu se eleva, más grandes revelaciones y nuevas formas de actividad recibe, nuevos sentimientos psíquicos nacen en nosotros, y más sublimidades sentimos.

Los espíritus elevados envuelven con su influencia a todos aquellos que luchan en la Tierra para conseguir su redención espiritual: los inspiran con los consejos de su propia experiencia, les sostienen en la lucha de la vida, para que sigan los rudos caminos que ellos mismos ya han recorrido.

Más allá de la tumba, se abre otra fase de la existencia. El Espíritu en su forma fluídica, imponderable, se prepara para nuevas reencarnaciones, encontrando en su estado mental los frutos de la existencia que acaba de terminar.

La muerte no es más que un instante en la gran revolución de nuestras existencias.

Toda muerte física es el principio de otra vida, es un renacimiento, es la manifestación de una vida hasta entonces oculta en nosotros; vida invisible en la Tierra, que va a reunirse con la vida invisible del espacio.

El pasado se encuentra en el fluido del hombre, y por consiguiente en su Espíritu. Su periespíritu es como un espejo que refleja todas sus acciones, y su alma, si ha malvivido, contempla con tristeza sus faltas, en los pliegues de su cuerpo espiritual.

Yo he luchado y trabajado para divulgar la luz del Espiritismo. La he esparcido, para bien de mis hermanos, utilizando todos mis recursos, estudios y libros; por esto me

siento feliz, y estoy contento por haber trabajado para reavivar la fe en los corazones, así que os recomiendo a todos esta fe inquebrantable en el Espiritismo que yo tengo, que me ha dado paz y seguridad para vencer los obstáculos de esta vida.

El Espíritu viene del mundo espiritual y nuevamente regresa a él. Aquí en la Tierra, se inclina sobre las cosas materiales, pero si tiene un ideal, hacia los bienes superiores, se eleva sin esfuerzos hacia el objeto de sus deseos. Esto se consigue queriendo, porque el pensamiento crea, y la voluntad edifica.

Cada Espíritu, en el espacio, tiene su vocación, y la prosigue con facultades desconocidas aquí en la Tierra. Por todas partes, en el espacio y en los mundos, se ofrecen a los espíritus, laboriosas oportunidades de estudio y trabajo, medios de elevación y de participación en la obra eterna.

Para los espíritus, el dominio de la vida no tiene límites, sea cual sea nuestra situación, siempre hay por encima de nosotros otro plano superior que nos espera, una nueva perfección a conseguir.

Es verdad que cada uno de nosotros lleva siempre, esté donde esté, la simiente de su pasado y de esto depende nuestra dicha o nuestra desgracia. Conociendo esta ley, debemos cultivar bien nuestro jardín, para extirpar la hierba mala y que pueda crecer sin dificultad la buena. Nuestro destino nos conduce hacia el bien, y no es lógico que retrasemos su marcha.

Querer es poder, todos nuestros defectos y todas nuestras virtudes tienen su origen en nuestra mente; el pensamiento es la esencia misma del mundo espiritual, del cual la forma fluídica no es más que la cubierta. El cuerpo fluídico se materializa o se afina según la naturaleza de los pensamientos y las acciones del Espíritu. Éste, vicioso por sus tendencias, atrae hacia él los fluidos impuros, que al tupir su envoltura, reducen sus

radiaciones. Tras la muerte, el Espíritu no puede elevarse por encima de nuestras regiones, quedando confinado en las atmósferas o mezclado entre los humanos. Cuanto más material y grosero es el Espíritu, más influencia tiene sobre él, el mundo material.

El alma debe conquistar, uno a uno, todos los elementos, todos los atributos de su grandeza, de su potencia y de su felicidad. Para ello debe enfrentar los obstáculos, la resistencia a la materia, cuyas exigencias y duras lecciones provocan sus esfuerzos y forman su experiencia. El orgullo y el pesimismo nos convierten en un ser enfermo de nuestras propias fuerzas, que empleadas mal, pueden rebajarnos a un doloroso estado inferior. El ser humano no sabe los estigmas que carga desde su lejano pasado, no es capaz de medir su capacidad; su energía constructora, puede ser totalmente destructiva cuando se pierde el control de ella. Para evitarlo es necesario controlar nuestra mente, reconociendo que nuestro mayor enemigo está dentro de nosotros mismos, es un enemigo muy peligroso que sólo se puede vencer con hábitos saludables, abstención de sentimientos como la envidia, la vanidad y el deseo de sentirse importante o superior a los demás, pero sólo esto no es suficiente, hay que ser humilde sintiéndose útil, hay que sentirse pequeño siendo grande y hay que sentirse ignorante siendo sabio; en resumen: todo el que se eleva será humillado y todo el que se humilla será elevado.

Para que se produzca la elevación del Espíritu sobre la materia, es necesario que haya un crecimiento moral, pero también debe haber un crecimiento intelectual. La humanidad debe tomar conocimiento de esto, si quiere conseguir la escalada evolutiva que se propone. Claro está que cada uno siente el mundo por aquello que siente dentro de sí, y ve el mundo a través de su propia experiencia.

Debemos recordar que el pensamiento es pura energía y las ideas son interpretadas, aceptadas o rechazadas, según nuestra propia voluntad.

La mente es siempre el principal mecanismo para producir energías positivas o negativas. Cada pensamiento es como la simiente que se lanza a la tierra, y después recogemos el fruto, bueno o malo, de esa siembra. Si pasamos nuestras existencias sembrando una semilla mala, sobrecargamos nuestro Espíritu de energías negativas, y con el paso del tiempo, se hace necesario que el Espíritu se libere de esas energías, para que pueda seguir en su camino evolutivo. Así es como empieza el ciclo de reencarnaciones expiatorias, para liberarnos de las energías negativas que hemos ido acumulando.

Ya no estamos más en la posición de sólo estudiar, es necesario actuar, reformar nuestros conceptos para que podamos analizar los hechos, descartando todo aquello que hace peso en nuestra conciencia, utilizando los bienes materiales sin esclavizarnos a ellos. Ha llegado el momento de espiritualizar nuestra vida, pero es necesario comprender que la evolución del Espíritu en la materia, sólo se puede conseguir cuando ésta se logra dominar. Tenemos que comprender que todo lo que hacemos, bueno o malo, lo hacemos para nosotros mismos, y que somos nosotros los únicos responsables de escoger éste o aquel camino.

Tenemos que mirar hacia nuestro interior con espíritu de análisis, buscando la verdad y procurando la corrección de hábitos y gustos que nos hacen huir de nuestro objetivo. Después de iniciar la corrección de estas pequeñas pero importantes debilidades, estaremos en condiciones de obtener ciertos conocimientos, que aparentemente constituyen un privilegio de algunos, pero pueden estar al alcance de todos.

La tendencia más generalizada ante un problema interior es ignorarlo, en vez de aceptarlo, vivirlo y solucionarlo; huimos

de la realidad creando una situación depresiva y de tristeza. Situaciones como éstas las almacenamos en nuestro interior y para no ver nuestra verdadera personalidad, nos ponemos un disfraz que sólo nos engaña a nosotros mismos, y seguimos acumulando energías negativas en nuestro interior. Esto nos produce enfermedades y lo que es peor, una falta de seguridad en nosotros mismos; pero como el principio de evolución es eterno, llega el momento en que el Espíritu siente la agobiante necesidad de reciclarse, es entonces cuando tiene que liberarse de todas las energías negativas que durante siglos ha ido acumulando, y por su propia voluntad o por el cumplimiento de la inexorable ley de causa y efecto, siempre por su bien, empieza su limpieza espiritual.

Todo lo que está archivado en nuestro cuerpo mental porque no fue realizado, periódicamente es proyectado por nuestra conciencia para que tengamos conocimiento de su existencia y de su contenido. Este reproche de nuestra conciencia nos recuerda que algo fue mal solucionado, y esto nos produce un profundo malestar, pero nuevamente cerramos los ojos para ignorarlo, más adelante será nuevamente remitido con síntomas más densos hasta que el cuerpo los reciba como enfermedades físicas de difícil curación, porque en realidad son consecuencias de las enfermedades mentales.

Cuando consigamos mirar dentro de nuestro interior, sin ningún prejuicio, permitiendo que sea liberado todo lo que está preso en él, nos daremos perfectamente cuenta de que la causa de todos nuestros sufrimientos es creación nuestra. No podemos esconder a nadie el contenido de nuestro pensamiento, porque con nuestros actos los revelamos, descubriendo nuestros secretos. Tenemos que controlar nuestras inclinaciones, y en el momento que negamos una tendencia inferior, en vez de eliminarla estamos alimentándola, y con esto estamos nosotros mismos haciéndonos más daño del que nos pudiese hacer nuestro peor enemigo. En este caso tenemos que ser abnegados, aceptar la

triste realidad y con mucha humildad seguir un nuevo camino, reconociendo nuestras debilidades, recordando siempre que sólo es vencedor aquel que se vence a sí mismo.

Nuestro principal objetivo es seguir el rumbo, para alcanzar el destino que nos fue trazado antes de reencarnar nuevamente en la materia. Es de vital importancia tomar conciencia de nuestros actos, para ampliarlos si son positivos o corregirlos si son negativos. Aunque nuestras pasiones y debilidades sean grandes y nos dejen mareas dolorosas, siempre podemos corregirlas si ponemos en ello verdadero empeño, buscando el origen de ellas, que siempre está en lo más íntimo, en lo más secreto de nuestro interior. Tenemos que buscar la verdad para combatir la mentira, sin culpar a nada ni a nadie para justificar nuestra debilidad negativa. Justificar nuestros errores es algo que hacemos con suma facilidad. Los que hacen esto son los que se acomodan por cobardía y pasan por la vida incumpliendo los compromisos adquiridos, olvidando que somos antiguos viajeros de ciclos reencarnatorios y que traemos los atributos negativos, que afloran pidiendo solución; también se olvidan de que tienen la necesidad y la obligación de ayudarse a sí mismos, sin pedir nada a nadie, porque nuestro principal objetivo es conseguir la elevación de nuestro Espíritu.

Nuestro camino nos conduce hacia Dios, practicando el bien y venciendo el mal que es una creación nuestra, y no se puede impedir esta marcha. Así mismo, en nuestro archivo mental aún podemos tener gran cantidad de creaciones mentales, que en momentos de debilidad pueden manifestarse, tales como el remordimiento, el miedo, el orgullo, la cólera y otros. Todos estos sentimientos, están arraigados en el interior de la conciencia y hasta que son identificados y removidos, pueden causarnos dolores y enfermedades que tienen su origen en el mundo de nuestros pensamientos.

Ya es hora de que nos liberemos de las viejas costumbres y busquemos nuevos horizontes que satisfagan las necesidades de nuestro Espíritu, que es el que siempre sobrevive a todos los acontecimientos; irresponsablemente hacemos todo lo contrario, dañamos su estructura alimentando vicios y pasiones que tanto lo perjudican. Para rectificar este lamentable comportamiento, sólo es necesario tener una firme y buena voluntad y recordar siempre que querer es poder.

Crear en Dios y tener fe, esto no es suficiente. Si no mejoramos nuestros pensamientos y seleccionamos nuestros deseos, nos alejamos de Dios y nuestra fe muere; si por el contrario mejoramos y controlamos nuestros pensamientos, deseos y pasiones, y creamos en nuestro interior una energía más pura en vez de contaminarla con nuestros deseos inferiores, entonces nuestra fe se fortalece y podemos superar el obstáculo que se interponga en nuestro camino, porque ya sentimos la necesidad de creer en Dios y de ser un humilde servidor de Él.

Es necesario el sufrimiento físico y la angustia moral, para que el Espíritu se afine, y se desembarace de sus partículas groseras. Si aprendemos a sufrir bien, el dolor se convierte en salud, es el agente más noble de la perfección, si conocemos su origen y tenemos paciencia para no dejarnos dominar por él.

En esta existencia, yo he sufrido mucho, y puedo decir que nunca me he dejado dominar por la tristeza, por la desesperación o por el abatimiento: siempre he tenido fuerzas para luchar con el dolor y contra él.

Ya he llegado a mi vejez. El término de mi obra se acerca. Después de 55 años de estudios, de meditaciones, de experiencias y de trabajos, deseo decirles a todos mis queridos hermanos, a todos los que sufren, a todos los afligidos de este mundo: que hay una justicia infalible en el Universo, y que todo sufrimiento tiene su mérito, pues no existe pena que no tenga compensación, ni humildad sin premio.

JOSÉ ANIORTE ALCARÁZ

El sufrimiento y las lágrimas, nos conducen hacia un fin grandioso, fijado por Dios, y todos tenemos a nuestro lado un guía seguro, un buen consejero invisible para sostenernos y consolarnos.

José Anierte Alcaráz

Noviembre de 2005

INTRODUCCIÓN

Dios y el Universo

En el libro de los espíritus, hay una pregunta que dice: ¿qué es Dios? La contestación, es bien clara, pero aún así se interpreta de diferentes formas.

Algunos espíritas preguntan: ¿se puede definir a Dios?; otros afirman con seguridad, que Dios nos hizo a semejanza de Él. En esto parece que están de acuerdo con las explicaciones que dan los libros sagrados de las religiones, aunque algunos digan que no es así. La religión dice que la semejanza es en cuerpo y alma, y estos hermanos espíritas, dicen que la semejanza, es sólo en espíritu. Yo naturalmente, no comparto ni acepto ninguna de estas dos teorías.

Nada ni nadie puede ser semejante a Dios, porque Dios ha creado el Universo y todo lo que vive y existe en él, pero antes de existir el Universo, ya existía Él, por lo que nadie puede definirlo, y mucho menos, comprender la grandeza de esa Inteligencia Suprema y Creadora; incomprendible para la pequeñez de nuestro Espíritu, que es una creación de Él.

Considero una equivocación y vanidad imperdonable, afirmar que somos hechos a semejanza de Dios.

Alguien dijo que “la ignorancia es muy atrevida”, y yo comparto esta opinión.

Sabemos que el Universo, en su inmensidad, no tiene principio ni fin. Sabemos esto, y aún así, no somos capaces de comprender tanta grandeza, queriendo personificar y definir a Dios, y creyendo tener una semejanza con Él; siendo Éste mucho más grandioso que el Universo, que sólo es una creación suya.

Imaginemos que el Universo es un inmenso globo, tan grande que no tiene principio ni fin; dentro de ese globo está Dios, porque Él es la vida, también estamos nosotros y todo lo que existe, porque Él lo ha creado, pero fuera de ese globo, también está Dios, por lo que nos preguntamos:

¿Cómo es esto posible, si todo lo que existe está dentro del globo?

La contestación es la siguiente:

“Antes de existir el globo ya existía Dios”.

Allan Kardec, nuestro querido maestro nos dice, que en un principio existía materia primitiva, en su estado natural, que se fue transformando y de ahí nació el fluido universal, que a su vez, se transformó en otros fluidos, necesarios para el germen de la vida. Así podemos comprender cómo la vida empieza en el Universo, por un proceso de transformación y evolución.

En el libro de los espíritus, hay una pregunta que dice:

¿Qué es el Espíritu?

Contestación: principio inteligente del Universo.

Después hay otra pregunta semejante que confirma ésta:

¿De dónde se toma la inteligencia?

Contestación: de su base o de su fuente, que está en el Universo.

La materia también tiene su propia evolución; pasa por el mineral, después por el vegetal, y a través de los tiempos, se va transformando hasta estar en condiciones de atraer al principio inteligente, que a su vez, espera el momento oportuno para entrar en contacto con la materia. Encuentro, que finalmente se produce cuando el Espíritu o principio inteligente, utiliza la materia, y

ésta se animaliza, comenzando el período de la vida animal y el inicio evolutivo del Espíritu inmortal.

Esta teoría, para mí es válida y racional, hasta que no encuentre otra más convincente o mejor.

Rechazo totalmente aquella teoría que nos dice, que la evolución del principio inteligente, empieza en el mineral y prosigue en el vegetal... El principio inteligente no duerme, siempre está latente, deseoso de evolucionar, porque ese es su objetivo y para eso fue creado.

En un principio, la Tierra estaba tan caliente que no reunía condiciones para que existiera vida en ella, por esto los primeros seres vivos, nacieron en el agua. Apareció cada especie en el momento en que la Tierra fue adquiriendo las condiciones necesarias para su existencia. Tanto unos como otros, tuvieron vida por generación espontánea (*El libro de los Espíritus, libro primero, Capítulo III, "Creación"*).

El alma, sin tener conocimiento de su existencia, se va formando muy lentamente, a través de los tiempos. Tiene tantas transformaciones que sería imposible enumerar; así, sin medir el tiempo, se ensaya, se prepara para la vida humana y finalmente llega ese momento, el despertar para una nueva forma de vida, produciéndose una gran metamorfosis.

El Espíritu, vagamente, como si despertara de un sueño profundo, empieza a tener conciencia de su existencia. Entonces en un estado aún muy primitivo, y durante un periodo largo de existencias, reencarna en la escala animal, para formar un cuerpo menos animalizado, a través de la influencia de su periespíritu. Después muchos siglos, y milenios de grandes sufrimientos evolutivos, finalmente aparecen los primeros seres humanos.

Mis queridos amigos y hermanos en ideal; el Espiritismo hay que estudiarlo, pero sobre todo es necesario vivirlo, no seamos como un árbol frondoso que puede ser muy bonito pero si no produce frutos para nada vale.

Tenemos que enseñar con el ejemplo. Si subimos a una tribuna y todo lo que decimos no está siendo practicado por nosotros mismos, estaremos cayendo en la imprudencia y falsedad. Tenemos que vivir practicando lo que nos enseña este sublime ideal, porque el Espiritismo tiene que ser el futuro de la humanidad, “La Luz de Nuestro Futuro”.

12 de diciembre de 2005

MI REGRESO

Empezaré este pequeño resumen de mi vida, por el día más importante de mi actual existencia, el día de mi nacimiento. El 31 de octubre de 1.920, regresé nuevamente a este planeta para formar parte de esta pobre humanidad, que sufre y lucha para redimirse de los desatinos cometidos en sus pasadas existencias. Yo, por mi parte, venía dispuesto y deseoso de enfrentar las difíciles y dolorosas pruebas de una vida llena de vicisitudes, pero muy necesarias para la evolución de mi Espíritu.

Nací en una pequeña casa en la huerta de Orihuela (Alicante), situada en medio de un huerto de naranjos; sólo tenía dos pequeñas habitaciones y una más grande que se utilizaba de cocina, comedor y sala de reunión, porque tenía una cocina de leña y en los días de lluvia allí pasábamos el tiempo. No tenía luz eléctrica, ni instalación de agua, ni cuarto de aseo; el agua para el baño que se ponía en un lebrillo, la sacábamos de un pozo que había delante de la casa.

Mi niñez transcurrió tranquila, vivíamos en la pobreza pero nunca nos faltó lo necesario. Cuando tenía tres años, nació mi hermano Trino, el único que he tenido. En aquellos años, España vivía una de las épocas tristes de su historia; la guerra con Marruecos era una sangría que debilitaba la poca salud que tenía nuestro país. La juventud española era llevada allí, como los corderos son llevados al matadero. El hambre y la pobreza imperaban en todo el país; el “señorito” dueño y señor de todas las tierras, humillaba y esclavizaba a los pobres trabajadores, éstos todo lo soportaban para que los dejaran vivir en una mísera barraca, trabajaban como esclavos las tierras de su “amo”, para poder subsistir y mal alimentar a sus familias, que a su vez también servían al “señorito” con otras labores domésticas, recibiendo en recompensa la ropa usada de la “señora” o del “señor”. Esta opresión, esta clase de vida, fue generando un odio

y un deseo de venganza, que pocos años más tarde, dio lugar a un terrible enfrentamiento, a la más violenta y desgraciada guerra que ha sufrido España.

Mis padres eran buenos y simples, sin ninguna creencia religiosa, nunca frecuentaron una escuela, cosa que era normal en aquellos tiempos, pues las escuelas sólo eran un privilegio para los niños ricos; los pobres, a los 8 años ya trabajaban la tierra con sus padres.

Mi madre nunca supo leer ni escribir; mi padre, ya de mayor, por las noches fue a dar clase con un maestro y con gran sacrificio aprendió a escribir y las cuatro reglas de cuentas.

Mi progenitor no dependía de ningún “señorito”, administraba las fincas de un rico farmacéutico, y tenía una en arrendamiento donde estaba nuestra casa, allí tenía una especie de granja, donde había decenas de gallinas, conejos y cerdos, daba trabajo diario a dos o tres chicas que cuidaban de los animales.

Nuestra casa era pobre, pero había abundancia de todo, además los vecinos más próximos, acudían allí cuando se encontraban muy necesitados y siempre se les daba una aspirina para la fiebre, algodón y alcohol yodado para curar una herida, o un pedazo de pan cuando no habían comido. Mi padre no era ambicioso y le gustaba ayudar a los demás. Yo le quería mucho y él me mimaba demasiado, nunca utilizó el castigo violento conmigo, y siempre que le era posible me dejaba acompañarle y yo me sentía feliz pasando el día a su lado; me compraba los juguetes que yo pedía, y como los niños que jugaban conmigo no podían tenerlos, se sometían a mis caprichos y exigencias para poder participar en los juegos. Esto me fue convirtiendo en un pequeño tirano, que imponía su voluntad y deseos sobre todos ellos.

A los cinco años ya empecé a ejercer mi voluntad sobre mi hermano Trino, pese a los esfuerzos y empeño que ponía mi padre para que lo tratara con cariño y cuidara bien de él, pero no pudo conseguirlo, ya que de alguna manera siempre le hacía llorar.

Cuando cumplí siete años, hice la primera comunión; un año después, mi padre haciendo un esfuerzo económico, me matriculó en una buena escuela religiosa, que yo frecuenté desde 1.928 hasta 1.933.

A los ocho años, sin saber cómo, se revelaron en mí unas tendencias religiosas, aparentemente injustificadas, ya que mi familia no las tenía. Cada día por mi propia voluntad, sin saberlo mis padres, antes de entrar en la escuela, asistía a una misa en la iglesia de Santa Justa.

A los once años, encontré en casa una antigua Biblia, que debió pertenecer a mi abuelo, y conseguí leerla de principio a fin. Durante un año estuve descubriendo las verdades y mentiras de este antiguo libro, santo para algunos y terriblemente inaceptable para otros. Es un libro respetable por su antigüedad, pero lleno de contradicciones y de injusticias propias de aquella época, aceptables para un pueblo primitivo, violento y fanático, pero nunca dictado por un ser superior.

Mi mente quedó llena de interrogantes y dudas; mi entendimiento rechazaba muchas de las revelaciones contenidas en el “santo libro” y falsamente atribuidas a Dios.

Continuamente, le hacía nuevas preguntas sobre el tema a don José, mi profesor, y me decía siempre lo mismo: “estas cosas entran en los misterios de Dios, dudar de ello es un pecado, porque lo que hay en la Biblia, es la palabra del Señor”. Esta explicación a mí no me convencía, y comprendí que mi profesor, que era sacerdote, también era una víctima del engaño de la poderosa iglesia romana. A consecuencia de todo esto, dejé de

frecuentar la iglesia y la escuela. A los catorce años me había convertido en un incrédulo desengañado. Para mí, la iglesia, la religión y Dios, sólo eran una farsa para engañar al pueblo y someterlo a su dominio.

Ya tenía trece años cuando decididamente le dije a mi padre que no quería continuar en la escuela, que no me gustaba estudiar; él que siempre me escuchaba, me aconsejó que debía seguir estudiando, pero viendo mi negativa acabó cediendo, con la condición de que aprendiera un oficio. Me pareció bien, y de acuerdo con su exigencia y a pedido de mi madre, me decidí por la profesión de sastre, que en aquella época, era muy bien remunerada.

Así fue como durante los dos años siguientes, estuve trabajando y aprendiendo en una sastrería, la profesión que años más tarde, me sería tan útil.

En estas circunstancias profesionales y morales tras la incertidumbre y la duda que el estudio religioso creara en mi mente, me sorprendió, un poco más tarde, con 15 años, la Guerra Civil Española.

1.936, LEVANTAMIENTO MILITAR

La situación en España era muy difícil. Alfonso XIII ejercía un reinado muy débil, también es verdad que él recibió una mala herencia: la pérdida de Cuba y Filipinas, y la guerra civil de los Carlistas; después no participó en la I Guerra Mundial, pero se metió en una desastrosa guerra en Marruecos, y el malestar interno de este país, cada día se complicaba más.

La sublevación de Abd-el-Krim, se había convertido en un obstáculo invencible para nuestros soldados, y esa nefasta guerra se hacía insostenible para un país empobrecido como el nuestro.

Alfonso XIII, incapaz de salir de esta desgraciada situación, le entregó el mando al general Primo de Ribera, que implantó una dictadura en 1923 hasta 1929, un periodo analizado como positivo por unos y negativo por otros. Entre otras cosas, acabó con la guerra de Marruecos y desalojó las cárceles que estaban repletas de presos, aplicando la criminal ley de fuga.

Desde 1929 hasta 1931, la situación se hace insostenible, el pueblo se manifiesta en las calles, y las fuerzas del orden son incapaces de dominar la situación. Alfonso XIII, temeroso de un desenlace fatal, abandona y elige el exilio en el extranjero.

El 14 de abril de 1.931, se proclama la Segunda República, con la esperanza de que fuese más duradera que la Primera República, que tuvo una vida muy corta, pues apenas duró once meses, desde el 11 de febrero de 1.873 al 3 de febrero de 1.874.

La derecha española siempre tuvo y tiene, mucho poder y lo usa sin reparo alguno, utilizando cualquier medio.

El 10 de agosto de 1.932, el general Sanjurjo se subleva en Sevilla contra la República. El levantamiento fracasa y el

general es condenado a muerte; indultado por Azaña, cumple condena en el penal del Dueso (Cantabria). En 1.934 es amnistiado, marchando a Portugal.

En las elecciones generales de noviembre de 1933, la derecha se une saliendo victoriosa, y la República consigue su primer gobierno de derechas.

A finales de 1.935 empezó a gestarse una gran coalición de partidos de izquierdas, formando el Frente Popular; éste obtiene la victoria, en las elecciones del 16 de febrero de 1.936. Pero la derecha no está dispuesta a aceptar la derrota y, con todos sus recursos, con el apoyo de la iglesia, los militares y la ayuda de Italia y Alemania; el 17 de julio de 1.936, al mando del general más joven y ambicioso que ha tenido España, el general Franco, tras un fallido golpe de estado contra el gobierno de la República, comienza la guerra más sangrienta que ha conocido este país a lo largo de su negra historia, la Guerra Civil Española. Teniendo ésta una trascendencia internacional de enorme magnitud.

Cuando empezó la guerra civil, yo sólo tenía quince años, España se dividió en dos partes, por un lado los que apoyaban al gobierno legítimo de la República, y por otro los que estaban con los golpistas apoyando a los militares. La guerra duró treinta y dos meses, acabando con la victoria del general Francisco Franco Bahamonde.

En agosto de 1.936 me alisté a las milicias, una fuerza que prestó sus servicios los primeros meses, hasta que hubo un ejército organizado, al cual se integraron. Entre otras cosas, hacíamos guardia en las entradas a la ciudad de Orihuela, para evitar que grupos descontrolados y anarquistas, vinieran de fuera para quemar las iglesias; en la ciudad a la que hago referencia, no se quemó ninguna. También recogíamos víveres formando un convoy de quince o veinte camiones que conducíamos a los

frentes de Madrid, para alimentar a nuestros compañeros que con tanta valentía luchaban allí.

En el año 1.937 estas milicias desaparecieron para formar parte del ejército, a mí me rechazaron por mi corta edad, pero nada más cumplir los 17 años, me alisté voluntario a las brigadas que defendían los frentes de Cataluña. Llegué a Barcelona, y después de un mes de preparación me destinaron al frente de Balaguer. Tres meses había pasado en el frente cuando el comisario, me mandó a una escuela de instructores que había en Gavá. En esta escuela estuve tres meses más, regresando como teniente instructor al mismo frente.

Durante mi ausencia, hubieron terribles combates, con cientos de víctimas mortales; muchas de estas víctimas quedaron tendidas en el campo de trigo que dividía las dos líneas de los frentes, republicano y nacionalista, las cuales estaban muy próximas una a la otra, por lo que no pudieron ser retirados los cuerpos sin vida, ya en descomposición. El hedor se hizo insoportable, pero el enjambre de moscas era mucho más desagradable. Así llegó el verano de 1.938. Durante unos meses antes a esta fecha, me estuve preparando, haciendo los estudios necesarios para conseguir el título de piloto de guerra. Tenía que marcharme a Rusia (Stalingrado), donde después de seis meses de práctica, regresaría con avión de combate, para participar en la contienda. Desde Barcelona debía de salir para Rusia el día 28 de Enero de 1.939.

Mi división era motorizada, es decir, de choque; compuesta por voluntarios, y siempre estaba en los frentes donde más necesaria era su presencia. A finales del mes de julio nos relevaron y trasladaron a las cercanías del río Ebro. Pensamos que algo importante se estaba preparando, porque había una gran concentración de tropas en aquella zona.

Llegó la orden; había comenzado la gran ofensiva. En una noche sin luna, cruzamos el río por el municipio de Flix

(Tarragona), tomamos el pueblo, y con unos 500 prisioneros avanzamos 85 km. en dirección a Zaragoza, sin encontrar resistencia enemiga.

Hoy aún no sé porqué detuvimos durante cinco días nuestro avance; tiempo suficiente para que el enemigo se reorganizara y pasara al contraataque, con lo mejor de sus fuerzas. En un frente de cinco kilómetros, tuvimos que enfrentarnos a dos divisiones de infantería, cuatro banderines de regulares, dos divisiones italianas, dos divisiones navarras, y lo mejor de las fuerzas motorizadas de Alemania, carros de combate, tanques, doscientos aviones y la artillería automática, desconocida hasta entonces.

Nosotros no teníamos estas fuerzas destructoras, ni en cantidad, ni en calidad, y al final del día, perdíamos nuestra posición, pero en la oscuridad de la noche, en un contraataque por sorpresa, volvíamos a recuperarla.

Los muertos se contaban por miles diarios, de un lado y del otro. En esta situación resistimos treinta días, retrocediendo sólo tres kilómetros.

Al final de esta locura, el ejército republicano había sido totalmente aniquilado; 80.000 muertos en tan sólo dos meses.

En septiembre, volvimos a cruzar el río, vencidos y derrotados. Yo estaba en infantería y cada compañía estaba compuesta por 120 hombres, de mi compañía sobrevivimos 14 solamente.

Un mes después, las tropas franquistas, se reorganizaron, emprendiendo una ofensiva. Alemania e Italia tenían prisa por acabar esta cruel guerra, que para ellos fue sólo un ensayo y preparación para el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Nuestra resistencia era muy débil, nuestro ejército estaba vencido, nuestros amigos de las brigadas internacionales, habían

regresado a sus países; pero seguíamos luchando y retrocediendo en dirección a la frontera francesa.

El 26 de enero de 1.939, los nacionalistas tomaron Barcelona, y ese mismo día me hicieron prisionero, a treinta y cinco km. de la capital. “Toda mi ilusión se había desvanecido, ya no podía viajar a Rusia y menos, pilotar un avión que era el mayor de mis deseos. Tiempo después pude comprender que mi destino no era morir en la guerra, que es lo que quizás hubiera sucedido si mi viaje a Rusia se hubiese realizado, porque sin ninguna duda, habría participado en la Segunda Guerra Mundial, que tantos millones de muertos causó”. Mi pelotón también fue hecho prisionero, y con él, un chico de Guadix, que también era teniente. Yo tuve la precaución de tirar el gorro y la guerrera con los galones a un río, y me puse una cazadora de cuero que usaba en los permisos. Este amigo de Guadix, se quitó los galones, pero le quedaron las marcas del color más oscuro que no estaba descolorido por el sol.

Nuestra retirada ya era muy desordenada, había momentos, que el enemigo se situaba por detrás de nosotros, y ese día sucedió así. Nuestros morteros y ametralladoras, disparaban contra nosotros. Nos refugiamos detrás de un ribazo mientras yo intentaba comunicarles que dejaran de disparar, para poder salir de aquella encerrona. De improviso, delante de nosotros aparece un pelotón, al mando de un sargento que nos gritaba, “¡al suelo, tirar las armas!” y rápidamente me di cuenta de que estábamos cercados; nos desarmaron y mandaron sentar a todos juntos. Media hora después, el mismo sargento ordenó a unos soldados que nos condujeran a una masía situada a 2 km. de aquel punto, y acabó diciendo: “en marcha, y si alguno se desvía disparadle”. Nos pusimos en fila, fijándose el sargento en mi amigo le dijo: “tú eres teniente y no debes estar junto a la tropa, sígueme”. A cincuenta metros pasaba la línea del ferrocarril, llegaron hasta ella, sacó la pistola y le disparó. Minutos después pasamos por delante del cadáver; en ese

momento llegó un capitán con la fusta en la mano y una capa negra sobre los hombros, el sargento le saludó, el capitán miró el cuerpo sin vida tendido junto a los rieles del ferrocarril, y el sargento con la mayor naturalidad le dijo: “mi capitán, intentó escapar y tuve que dispararle”. El capitán le devolvió el saludo y continuó su marcha.

Llegamos a la masía (una casa de campo, que los militares se habían apropiado de ella), y nos metieron en un gallinero bastante grande; aunque vació de aves, ya estaba ocupado en parte, por otros prisioneros. Uno de los soldados que estaba de guardia, se fijó en mí, me agarró de la cazadora y mientras me insultaba y zarandeaba, le decía a su compañero: “por su cara y tan joven, éste es voluntario, por culpa de estos rojos, estamos nosotros aquí” y enfurecido continuaba gritando, apoyó su fusil en mi pecho, dispuesto a disparar, pero en ese momento, intervino su compañero diciendo: “venga hombre, no vale la pena, no vas a estropear una cazadora tan bonita, coge la cazadora y las botas y deja que él se muera en un campo de concentración”. Su cara cambió de expresión, bajó el fusil y me mandó darle mi cazadora y mis botas, quedándome yo, con la camisa y unas botas viejas y rotas que él me dio.

Después de esta situación tan tensa, mis compañeros, que presenciaron atemorizados la escena, y yo, respiramos hondo. El individuo se alejó de nosotros, y gracias que ya no supimos más de él.

Al día siguiente nos llevaron a Manresa (Barcelona), y nos instalaron en un local, en el que ya había unos quinientos prisioneros aproximadamente; nos dieron agua pero nada de comida, yo estuve tres días sin comer, pero hubo quien estuvo más tiempo sin comer nada. Al cuarto día nos pusieron en marcha, dirección a Cervera (Lérida), andamos 36 km. a pie, escoltados por la guardia civil a caballo y con largos látigos, que utilizaban si alguien se salía de la fila o se detenía rendido por el

cansancio. El camino se hizo muy largo y dificultoso, después de cuatro largos días sin tomar ningún alimento.

Al fin, llegamos a la estación de Cervera, donde nos esperaba un tren, compuesto de unos veinte vagones borregueros, más un vagón para la tropa que nos escoltaba. Esperamos unas dos horas, allí nos dieron agua y comida (dos barras de pan y cuatro latas de sardinas). Subimos al tren, sesenta personas en cada vagón, no quedando espacio para sentarse; los vagones los cerraron por fuera. Así permanecemos tres días; al tercer día llegamos a San Juan, Zaragoza, en esta ciudad había un cuartel militar, nos abrieron las puertas y nos llevaron al cuartel. Me impresionó ver en la entrada del cuartel, tres grandes retratos, de Adolfo Hitler, Benito Mussolini y Franco, con sus respectivas banderas. Allí nos dieron de comer y nuevamente volvimos a montar en el tren, en las mismas condiciones anteriores. El tren, con su marcha lenta y largas paradas en vías muertas, para dejar paso a otros trenes, tardó tres días en llegar a la estación de Avilés (Asturias).

Nota del autor: La ofensiva del Ebro, comenzó el 25 de julio de 1.938. Atacaron dos cuerpos de ejército y dos divisiones. Se cruza el río desde Fayón hasta Rasquera. No hubo resistencia, y se hicieron más de 5.000 prisioneros. Yo crucé el río por Flix el día 5 de agosto; en esta batalla se decidió la guerra, tuvimos 80.000 bajas y los últimos combatientes que volvieron a cruzar el río, vencidos y diezmados, lo hicieron el 15 de noviembre.

FIN DE LA GUERRA

Cuando el tren de los cautivos, por fin llegó a la estación de Avilés, después de seis largos días de viaje, la situación de los prisioneros bien se podía calificar de inhumana, propia de la edad media. Al abrir los vagones, los soldados enseguida se apartaban haciéndose para atrás, pues el olor era insoportable; la mitad de los prisioneros estaban tendidos en el suelo de los vagones, unos sobre los otros, sin poder mantenerse en pie. Los que aún nos encontrábamos con fuerza, saltábamos afuera y los que no, los sacaban como sacos y los dejaban tendidos en el andén de la estación. El comandante tuvo que “requisar” varios camiones para llevarlos a una pequeña ciudad a 6 km. de la estación de Avilés.

Nos hicieron caminar en filas de cuatro. Junto a la carretera, había muchas casas, parecía una calle larga; a nuestro paso, los soldados formaban una fila a un lado y otro de la carretera, para que nadie se acercase a nosotros, las mujeres querían abrirse paso entre los soldados para darnos alimentos, al mismo tiempo que gritaban enfurecidas: “asesinos”. Los soldados tenían que hacer grandes esfuerzos para que no interrumpieran la marcha. En aquel tiempo no había hombres en los pueblos de Asturias, unos habían muerto en la guerra y otros estaban en las montañas, resistiendo a la guardia civil; esperando inútilmente que las Naciones Unidas intervinieran para hacer deponer al gobierno de Franco. Falsos intereses políticos, impidieron que esto sucediera, y los llamados “maquis” fueron sucumbiendo uno tras otro.

Al fin llegamos a Candas (Asturias); nos condujeron a una nave que debería medir unos 2.000 m² aproximadamente; parecía haber sido una fábrica de enlatados anteriormente. Al entrar en la nave, nos encontramos con unos 400 prisioneros, más los 1.200 que llegamos en aquel tren. El suelo era de

cemento, había varios grifos con agua, una puerta grande, unas ventanas que comunicaban con el exterior, pero no había ningún compartimiento; provisionalmente habían hecho una separación para la cocina y un departamento para el puesto de mando. La tropa estaba instalada fuera del recinto. Creo necesario aclarar, que no teníamos camas, ni sillas, ni mesas, tampoco había colchonetas, sólo teníamos el suelo húmedo de cemento. La ropa de invierno, nos la habían robado; nos dejaron con una camisa, pantalón de campaña y unas botas viejas. Sobrevivir en estas extremas condiciones, era difícil, pues el clima de Asturias en aquella época, era muy frío y lluvioso. Si lo comparamos con los campos de concentración alemanes, vemos que aquellos no eran tan terribles.

El trato que nos daban era cruel e inhumano; la comida era pésima e insuficiente. Al llegar, nuevamente nos dieron panecillos y sardinas enlatadas; las latas de sardinas vacías, las conservábamos para utilizarlas más tarde como plato, aunque de momento no hubo para todos. Por las mañanas, teníamos como desayuno un panecillo y un cazo de agua oscura a la que llamaban café. Para comer, un guiso de caldo, con unas pocas cucharadas de alimento sólido, y para cenar, repetíamos menú.

Cada mañana éramos obligados a escuchar el sermón del sacerdote, que después de hacer unos rezos, nos decía: “Todos vosotros sois pecadores, habéis cometido el mayor de todos los pecados, os habéis levantado contra la Santa Madre Iglesia y tenéis que dar gracias a Dios, porque en su infinita bondad os permite pagar vuestro gran pecado, a través del sufrimiento, y poder salvar vuestra alma escuchando la Santa Misa”.

Por la tarde, nos reunían de nuevo, y brazo en alto nos hacían cantar todos los himnos guerreros y patriotas de aquella época. Cuando bajabas el brazo, porque las fuerzas para mantenerlo en alto te fallaban, eras bárbaramente chicoteado y pateado; algunas veces, incluso hasta la muerte.

Dormíamos en el duro y frío suelo, pues no teníamos mantas; juntábamos nuestros cuerpos, unos con otros para transmitirnos calor y poder soportar el crudo e intenso frío del invierno. Nuestro estado, llegó al punto máximo de la resistencia humana. Al amanecer, muchos ya estábamos en pie, pero otros permanecían inmóviles, porque las fuerzas ya les habían abandonado.

Cada mañana, a las 8, nos hacían formar para el desayuno, y siempre quedaba alguien en el suelo sin poder incorporarse a las filas. Los guardias les gritaban y movían con el pie, y si no reaccionaban, los dejaban, destinados a la recogida por el camión de suministros. El camión llegaba todas las mañanas con provisiones y de regreso, se llevaba los cuerpos que permanecían tendidos en el suelo, sin que nadie examinara su estado, acabando en una fosa abierta, en un descampado.

El 28 de Marzo de 1.939, las tropas franquistas ocuparon Madrid, con lo que, el 1 de Abril, Franco declaró oficialmente el final de la guerra. Pero nuestra situación seguía igual porque de allí, no salía nadie sin un aval, católico o falangista.

Acabó la guerra y mi cuerpo comenzó a resentirse, manifestándose una pleuresía, que acabaría conmigo si no se le ponía remedio. Fue entonces que, “mis espíritus protectores” intervinieron para mantenerme con vida. Yo en aquel momento no lo sabía, pero hoy, sí lo comprendo perfectamente.

Entre los prisioneros, había un chico que era de un pueblo cercano al mío, su nombre era Juan Tobar, de profesión barbero, y unos diez años mayor que yo; cortaba el pelo y afeitaba a los oficiales y sargentos, y por esto tenía algunos privilegios, no le faltaba la comida, y conseguía permiso para salir cuando le interesaba. Yo no le conocía, pero sin saber cómo, llegó a sus oídos la noticia de que había un prisionero del pueblo de Orihuela; él se interesó mucho por encontrarme, quería conocerme, y finalmente lo consiguió. Cuando me encontró, me

abrazó con gran alegría, diciéndome que éramos paisanos, pues él era de El Mojón, un pueblo a 8 km. de Orihuela. Le miré a la cara, y sin duda alguna, vi delante de mí, a una persona, de las que raramente uno se encuentra a lo largo de su vida, Juan Tobar, era una buena persona. Por motivos ajenos a mi voluntad, no pude agradecerle todo el bien que me hizo, aunque espero y deseo encontrarlo en el mundo espiritual, para poder decirle: “Gracias Juan, gracias mi querido amigo”.

Después de mi encuentro con Juan, mi estado de salud fue empeorando; estaba siete meses en aquel infierno, con mucha dificultad para respirar e incluso para comer. El dolor que sentía era insostenible, empecé a sufrir pérdidas de conciencia, en esos momentos alguien avisaba a Juan, que acudía de inmediato, y mi buen amigo me socorría; me humedecía la frente y me hacía tomar algún alimento, esto fue lo que impidió que en uno de esos desvanecimientos, me echaran al camión de la muerte.

Mi enfermedad había llegado al máximo, pero el buen hacer de Juan, con su atención y cuidados, hizo que saliese de allí con vida.

En mi último desvanecimiento, que no sé el tiempo que duró, pues desperté en la casa de una buena señora, a la que nunca pude ver su cara, porque la vista y la conciencia, no me habían vuelto por completo; escuchaba voces de las personas que me rodeaban, pero no podía verlas. No sé decir el tiempo que estuve en aquella casa, pero sí recuerdo, que la señora le decía al médico que ella había llevado para que me asistiese: “¡no podemos dejarle morir, es una criatura, es muy joven, hay que llevarle al hospital!”. El médico decía: “es muy arriesgado, es un prisionero de guerra. ¡Correremos el riesgo, no voy a dejarle morir! Concluyó la señora”.

Al día siguiente, en una ambulancia, me trasladaron al hospital de Avilés. Yo seguía medio inconsciente, no tenía fuerzas para tenerme en pie; dos enfermeros me pasaron a una

camilla y me llevaron a la sala de rayos-x, tras hacerme las radiografías, me trasladaron a una gran sala donde había unas veinte camas, me acostaron en una de ellas, y empezaron a medicarme. Tres días después, me sacaron líquido de los pulmones, repitiéndose la operación dos veces más; según el doctor que me asistía, necesitaba un largo periodo para la recuperación. Con la intervención de mi amigo Juan, y la de los buenos espíritus, de nuevo estuve en condiciones para seguir viviendo.

Pasadas tres semanas desde mi ingreso en el hospital, pude levantarme, caminando muy despacio, sin salir de la sala. Fue entonces, cuando fueron a hacerme la ficha, me preguntaron a qué unidad militar pertenecía, y al descubrir que era un prisionero de guerra, llamaron a la guardia civil, presentándose al día siguiente una pareja, que me llevó a un campo de concentración. Custodiado por la guardia civil, me trasladaron en un tren hasta Santander, allí hicimos transbordo y montamos en otro tren hasta Bilbao, llegamos por la noche, y nos recogió una ambulancia que nos llevó al “campo”. Allí no nos quisieron recibir, alegando que no tenían capacidad para nadie más, aconsejando a los guardias, que me llevaran a Guernica, una población situada a unos 30 km. de Bilbao. Así lo hicieron, y en la misma ambulancia llegamos al hospital militar de prisioneros de guerra. Allí me entregaron y se despidieron de mí con cierta amabilidad, pues, debo decir que su comportamiento en el trayecto, fue correcto y amable.

Me hicieron pasar a un aposento grande, donde ya había otros prisioneros, en espera de que les registraran para enviarles a su destino; yo me senté en un lado, esperando mi turno. Aquel “Campo Hospital” era de tránsito; asistido por monjas y dirigido por fuerzas militares. El edificio parecía un antiguo convento o colegio, era muy grande, tenía tres plantas, en el centro había un jardín con palmeras. En la planta baja estaban todas las

instalaciones: oficinas de los militares, comedores, almacén, duchas, cocina, lavandería, ropero...

Una amplia escalera, conducía a las tres partes altas del edificio, cada una de estas plantas tenía una amplia galería abierta en torno al jardín central, y hacia el interior estaban situadas las habitaciones. En el ala derecha de la última planta estaba el claustro de las monjas, y en la izquierda, la parte de enfermería dedicada a los enfermos más graves.

Cada tres meses, pasaba por el hospital una junta clasificadora de Madrid, que examinaba los expedientes de los prisioneros, dando a unos la libertad condicional, y a otros los enviaban a una prisión de alta seguridad.

Este edificio estaba situado en la avenida de la estación, era uno de los pocos edificios, junto a la estación de ferrocarril, que no fueron destruidos por el bárbaro bombardeo de la aviación alemana, aliada del general Franco.

Estábamos el grupo recién llegado, en la estancia destinada al registro, para la adjudicación de destino, cuando se presentó un soldado preguntando si entre nosotros había algún sastre. Yo me puse de pie, levantando la mano, el soldado me miró y haciendo un gesto, me dio a entender que le siguiera. Así lo hice, y sin mediar una palabra llegamos a una habitación, que en la puerta tenía un letrero que decía “Ropero”. Después de tocar suavemente, el soldado abrió la puerta indicándome que pasara; entramos los dos en una habitación grande y espaciosa, con una máquina de coser, una mesa, varias estanterías con ropa y un armario. Encontramos allí a una monja, estaba sentada en una silla, cosiendo; debería tener unos sesenta años. El soldado se dirigió a ella diciendo: “hermana este chico dice que es sastre”. La monja sonriendo le contestó: “está bien, muchas gracias, puedes marcharte”, y mirándome por encima de sus gafas, me preguntó:

¿Cómo te llamas?

José, le contesté.

Bien José, siéntate. Y continuó diciendo. . .

Soy la hermana Nicolasa, aquí entre nosotras vas a estar muy bien. Ahora tienes que conocer a la hermana Echevarria, ella es la responsable de nuestro trabajo, y tú, sólo dependerás de nosotras dos.

Una hora más tarde, llegó la hermana Echevarria al ropero; me causó una impresión muy agradable, era muy guapa, con una mirada inteligente y algo picaresca, tendría unos veinticinco años de edad. Cuando entró, me puse en pie y ella me miró, observándome detenidamente, su mirada me desconcertó y bajé la vista; mientras tanto, la hermana Nicolasa le decía: “hermana este chico es de Orihuela, que es una ciudad de una tradición muy católica; tiene una Catedral y un obispado muy importante”. La hermana Echevarria, no prestaba atención a lo que le estaba diciendo, y dada por terminada la entrevista dijo:

“Pondremos una cama en la tercera planta, frente a nuestro claustro, así estará más cerca de nosotras, separado de los demás prisioneros y de la vigilancia militar”. Y sin decir nada más, se marchó.

Desde ese momento, mi vida fue relativamente fácil. Mi trabajo consistía en ordenar la ropa de las camas y remendar las que estaban viejas. Y también tenía que rezar con la hermana, todos los días, el ángelus, el avemaría, el rosario, y asistir a misa los domingos.

La comida era muy mala, pero la hermana me proporcionaba cada día, un plato de comida de la que cocinaban para ellas, que estaba buenísima, y cariñosamente, la hermana me decía: “come José, tienes que alimentarte bien, estás muy delgadito”.

Ya había transcurrido un mes desde mi llegada, y me sentía muy bien. Las monjas se interesaban mucho por mí, así que me estaba recuperando casi por completo. Mi tranquilidad acabó cuando recibí la orden de presentarme en el despacho del comandante. Acudí de inmediato; al llegar percibí que el comandante me estaba esperando. Cuando le miré, me tranquilicé, era joven, de apariencia muy agradable y distinguida. Me miró fijamente y me preguntó: “¿Qué eras tú en tu pueblo, qué hiciste?”. “Nada mi comandante”, contesté yo. “Cuando empezó la guerra yo tenía quince años, poco después salí de allí y aún no he vuelto”. El comandante, sin dejar de mirarme, continuó diciendo: “este documento que tengo aquí, dice todo lo contrario, afirma que eres un peligro para el régimen y el glorioso alzamiento; por esto debo enviarte a una prisión de alta seguridad. Está firmado por el jefe del orden público y por el jefe de la Falange de tu pueblo. Yo tengo actualmente, buenos informes de ti y me gustaría ayudarte. Te doy diez días para que pidas un aval de buena conducta, a tu familia, firmado por la Falange, el alcalde o la guardia civil. Si no llega ese aval, lo sentiré mucho, pero tendré que enviarte a la prisión de Gijón”.

El comandante me trató muy bien, pero yo salí de su despacho, triste y preocupado, sabía lo difícil que sería, sino imposible, el conseguir ese aval. También sabía que en aquella época, se fusilaba diariamente a muchas personas, acusadas injustamente de peligrosas para el régimen franquista.

Con lágrimas en los ojos, sentado en mi cama, empecé a escribir una carta a mi madre, aún sabiendo que no me firmarían el documento exigido, porque las mismas personas que tenían que firmarlo, eran las que tenían a mi padre en la cárcel, sin ningún cargo. Antes de acabar la carta, llegó la hermana Echevarria, que poniendo sus manos en mi frente, con un gesto cariñoso, me preguntó: ¿Qué te sucede José, porqué estás tan triste? Cuéntame qué te pasa. Yo le puse al corriente de todo lo sucedido, y ella, sonriente, me tranquilizó diciendo: “todo se

tiene que arreglar si confiamos en Dios; vamos a pedir con fe, porque Dios nunca abandona a sus hijos, tranquilízate y confía en Él”, y con un gesto tranquilizador y amistoso, se fue.

Antes de diez días, había recibido un telegrama de mi madre, diciendo que fue suplicando y llorando, a todas las personas que podían ayudarme, pidiendo una firma que nadie quiso darle. Le comuniqué a la hermana, lo sucedido, y ella sonriente como siempre, me dijo: “José confía en Dios, y no te preocupes más”.

Pasaron más de tres meses, y no había sucedido nada con respecto a mi situación allí. Cuando por fin, llegó la junta clasificadora para dar destino a todos los prisioneros, que se encontraban en condiciones de salir, nos pusieron a todos en una sala grande, a la espera de que los funcionarios que estaban sentados frente a una mesa, con nuestros expedientes y una máquina de escribir, nos fuesen llamando. Yo estaba temeroso por el criminal informe de conducta que habían enviado sobre mí. Cuando me llamaron, tembloroso me acerqué a la mesa, me indicaron que me sentara en una silla frente a ellos. Tras preguntar mi nombre, examinaron mi expediente, y comprobaron que mi ficha estaba limpia, no tenía nada, así que comentaron entre ellos: “podemos darle la libertad condicional”. Sellaron y firmaron un documento, diciéndome: “tienes que presentarte a la guardia civil de tu pueblo y entregar este informe, puedes marcharte”.

Con mucha alegría fui al ropero, donde estaban esperándome las hermanas. Nada más entrar, la hermana Echevarria, con aquella picaresca sonrisa que tanto le favorecía, me preguntó:

¿Qué, todo bien?

Sí, contesté yo muy sonriente.

Ya te decía yo, que siempre hay que confiar en Dios, acabó diciendo ella.

Las monjas me dieron ropa de invierno, dos escapularios de la virgen para que me protegiera, y hablaron con un camionero que dos días más tarde, me llevó hasta Madrid, sin pagar nada. Cuando llegué a la capital, me dirigí a un cuartel de la guardia civil, y me dijeron: “tienes suerte, esta noche sale un camión militar, con guardias, con destino a Murcia, puedes irte con ellos, que te dejarán en Orihuela.

EL REGRESO DE LOS VENCIDOS

El día 8 de enero de 1.940, regresé a mi pueblo después de más de dos años de ausencia; volví enfermo, humillado y vencido.

A mi llegada, me encontré a mi padre en prisión, aunque ya tenía conocimiento sobre esto, por las cartas que mi madre me había escrito. Le requisaron las tierras, le sacaron de su casa, humillándolo por las calles, sujeto por una cuerda; fue expoliado, y encerrado en prisión durante dos años, por los falangistas, sin que existiera ningún cargo contra él. Los mismos “señores” falangistas, que se apropiaron de nuestros bienes, encerrando a mi padre injustamente en la prisión local, sin juicio y sin cargo alguno, sólo para justificar, de alguna manera, el embargo de todos sus bienes, fueron los mismos que intentaron encerrarme a mí, en una prisión sin salida.

Mi madre aún tenía una pequeña tienda, en la que ganaba lo necesario, para llevar cada día a mi padre la comida a la cárcel. Mi hermano Trino, menor que yo, trabajaba en una panadería, propiedad de una hermana de mi padre.

Al día siguiente de mi llegada, me presenté a la guardia civil, no tuve ninguna dificultad, pero tenía que presentarme cada semana en el cuartel, y no podía salir de la ciudad sin su autorización. Durante todo ese año, mi madre me cuidó, consiguiendo mi total recuperación de la enfermedad pulmonar.

Transcurridos ocho días desde mi regreso, me reuní con unos amigos, que al igual que yo no tenían nada que hacer. Nos encontrábamos en la puerta de una peluquería de una calle céntrica, esperando que le hicieran un corte de pelo a uno de mis amigos; de improviso pasó por delante de mí una joven de unos quince años, al mirarla, sentí una corriente interior que me hizo estremecer, ¿Quién era esa joven desconocida para mí, que me

impresionó de tal manera? Sólo pensé unos segundos y la seguí de cerca, su andar era elegante, vestía con una blusa de cuadritos blancos y grises, zapatos de tacón y falda listada y plisada que se movía con gracia al paso rítmico de su andar. Al final de la calle se detuvo frente a un escaparate, momento que yo aproveché para hablar con ella. Me miró con sus ojos grandes y expresivos, y con una cara bonita y simpática pese al acentuado gesto de seriedad que tenía al decirme: “yo no hablo con desconocidos”. Bien, le contesté yo, me llamo Pepe y ahora estamos hablando, así que ya no somos desconocidos. Me miró sonriendo al mismo tiempo que decía: “me llamo Mari”.

Hablamos y la acompañé unos minutos más, hasta que se detuvo para decirme: “al final de esta calle, está mi casa y tienes que marcharte porque mis padres dicen que aún soy muy joven para salir con chicos”. ¿Cuándo nos veremos? Le pregunté. El día 17 es la fiesta de San Sebastián, allí nos veremos, me contestó ella.

El día de la fiesta paseamos y hablamos toda la tarde, dándonos cuenta de que juntos, nos sentíamos completamente felices y de que nuestros destinos caminarían enlazados para siempre.

Unos meses más tarde, con el permiso de sus padres, formalizamos nuestra relación, la cual durante casi cincuenta años, nos mantuvo siempre unidos como si fuésemos dos almas gemelas.

* * *

En diciembre de 1.940, llamaron a mi quinta y en el sorteo celebrado en Alicante, me tocó en artillería con destino

Marruecos. El día 18 de enero salí para incorporarme al regimiento de artillería con base en Tetuán.

Una vez allí me destinaron a una compañía de montaña, destacada en un campamento del interior. De inmediato me asignaron un mulo, al que yo tenía que cuidar. El sargento me obligó a montarlo para llevarlo a un riachuelo, limpiarlo y dejarle beber agua; los demás compañeros también tenían el suyo, pero yo lo hice tan mal, que al llegar al riachuelo, el pobre animal me tiró por encima de sus orejas al agua antes de llegar él. Entre las risas de mis compañeros y los gritos del sargento, yo estaba que daba pena verme.

Pasaron los primeros quince días, y ya tenía un grupo de amigos veteranos, entre ellos había dos de León que eran sastres; yo les había dicho que era aprendiz del mismo oficio que ellos, pero no había asistido a ninguna academia y por ello no tenía ningún conocimiento sobre el corte.

Era un viernes por la tarde, cuando llegó el sargento al pabellón, diciendo: “si hay algún sastre aquí, que se presente a mí, para llevarle a Tetuán al servicio del coronel”. Me extrañó mucho que mis amigos no se manifestaran, y cuando se marchó el sargento les interrogué sobre el caso. Los dos contestaron lo mismo: “ese coronel está loco, pide un sastre para que le cosa la ropa, y si no le gusta, le castiga con una brutal paliza. El año pasado, un compañero acabó en el hospital, por ese mismo motivo”. Aún así, yo les dije que entre los mulos y el coronel, prefería a este último, y les pedí que me dieran una explicación y unos dibujos con apuntes, para poder cortar un pantalón y una chaqueta, y con estas pequeñas nociones sobre corte y costura, me presenté al sargento y me ofrecí para ocupar el puesto requerido; él me miró algo desconfiado y dijo: está bien, el lunes nos vamos.

Tres días más tarde nos pusimos en marcha. Cuando llegamos al cuartel, el sargento me presentó al oficial de guardia

y éste me ordenó que le siguiese, me llevó ante la presencia del coronel, el cual me miró detenidamente preguntándome:

¿Eres sastre?

Sí mi coronel, le contesté. Él siguió preguntando:

¿De dónde eres?

De Alicante, señor.

El coronel sin dejar de mirarme, continuó diciendo:

“Si es verdad lo que dices, si no me engañas, estarás muy bien aquí conmigo”, y dirigiéndose al teniente que permanecía en espera de sus ordenes, le dijo: “Teniente, llévelo al almacén, que duerma allí, que el sargento le dé todo lo necesario para su trabajo; de momento está rebajado de todo servicio, porque me tiene que hacer una sahariana y unos pantalones”. El oficial me presentó al sargento del almacén, transmitiéndole las órdenes del coronel.

Al día siguiente, le tomé al coronel las medidas necesarias para hacerle la ropa, y le hice saber que para hacer un buen trabajo, me llevaría algo de tiempo. El coronel me tranquilizó diciendo: “tienes mucho tiempo, hasta el día 9 de marzo, que es la jura de bandera”.

Durante todo el mes de febrero, estuve trabajando con el uniforme, dormía poco y tenía verdaderas pesadillas con el coronel y el uniforme. Antes de hacer la primera prueba al coronel, ya le había hecho cuatro a un chico del almacén. Días después de la primera prueba, hice la segunda y el día 28 de febrero, la tercera y última, estando el uniforme acabado.

El coronel se miró detenidamente al espejo y sonriendo me dijo: “José eres un buen profesional, ha quedado muy bien, estoy contento”. Yo le contesté dándole las gracias.

El día 9 de marzo, finalizado el acto de jura de bandera, los oficiales estaban invitados a una comida, que se celebraba en la sala de los jefes. Los invitados más importantes venían de Ceuta: El general Alcubilla, jefe de nuestra división y gobernador civil y miliar de Ceuta, y el coronel jefe del Estado Mayor.

Acabada la comida, un ordenanza fue en mi busca por orden del coronel, para que me presentara inmediatamente ante él. Yo le acompañé sin comprender la razón de esa orden. Entré en el recinto y me dirigí hacia él poniéndome a su servicio; para mi sorpresa me cogió del brazo y dirigiéndose a un militar de mediana estatura, de aspecto bonachón, le dijo: “mi general, este chico es mi sastre”. El general me miró sonriente diciendo: “hijo eres un artista, ¿quieres hacer un uniforme también para mí?”. Y otro a mí, añadió un coronel, de aspecto distinguido que estaba a su lado. Yo miré a mi coronel, que sonriente, movía la cabeza afirmativamente; estoy a sus órdenes mi general, contesté yo.

UN CAMBIO IMPORTANTE PARA MI VIDA

Una semana más tarde, me enviaron para Ceuta, y nada más llegar, me presenté al general, que me recibió amablemente, ordenando que me instalaran en una amplia habitación, en los sótanos del edificio, donde estaba instalado el gobierno militar. En la misma habitación, tenía una cama, una máquina para coser, una mesa grande para planchar y un cuarto de aseo.

El general estaba todos los días laborables en su despacho, de nueve a trece y tomé la costumbre de subir a su despacho, todos los días a primera hora, a preguntarle si necesitaba algo de mí; esto le agradaba bastante, así que conseguí una cierta independencia, haciendo comprender a los demás oficiales, que yo estaba al servicio exclusivo del general. Cuando algún oficial se atrevía a pedirme algún trabajo, yo les decía que debían hablar primero con el general, cosa que nunca hacían.

Una vez instalado, comencé la confección de los dos uniformes, (uno para el general, y otro para su amigo, el coronel) y cuando tenía que hacer pruebas, las hacía al mismo tiempo las dos, en el despacho del gobierno militar. En algo más de un mes acabé el trabajo, y cuando lo entregué, quedaron tan contentos que me pidieron que les hiciera otro.

El general, sonriente, mirando a su amigo dijo: “ahora José nos pedirá un mes de permiso”. No mi general, no deseo un permiso, le contesté; deseo si es posible quedarme aquí con usted, a su servicio. Él no esperaba esa petición por mi parte, y sorprendido dijo: “eso no es posible, tu coronel se enfadaría mucho si yo me quedo con su sastre”. Al escuchar estas palabras, no pude disimular mi contrariedad. El coronel que permanecía en silencio, intervino diciendo: “es posible que yo tenga la solución”, el general lo miró interrogante; él continuó hablando con su superior, para decirle: “Tengo en la plana del Estado

Mayor, un chico de Barcelona que es sastre, lo mandamos a Tetuán y nos quedamos aquí con éste”. El general se quedó pensativo, y moviendo la cabeza acabó diciéndome: “Te voy a dejar aquí, espero que el enfado de tu jefe pase rápido”. Yo le di las gracias sin poder ocultar mi alegría.

Continué día tras día, subiendo al despacho del general todas las mañanas. Para llegar a él, tenía que pasar por un amplio salón, donde esperaban todos los capitanes y comandantes, para ser recibidos por el gobernador y entregarle el parte del día. Llegaba al despacho, tocaba levemente y entreabría la puerta diciendo: “¿se puede mi general?”. Él levantaba la vista diciendo: “pasa hijo”. “¿Quiere usted algo de mí hoy, mi general?”, le decía yo. No, nada, me decía él, y a continuación solía preguntarme:

¿Cómo está la sala hoy?

Yo le decía, está a tope.

Bien, me decía él. Puedes retirarte hasta mañana.

Cuando el general, o su amigo el coronel, me encargaban un trabajo, lo hacía enseguida y sólo trabajaba para ellos. Pero como por las tardes, el gobierno militar cerraba, yo me busqué un trabajo fuera, para aprovechar esas horas.

En Ceuta, había un modisto, procedente de Londres, era muy buen profesional y tenía mucho trabajo. Fui a verle y me admitió para trabajar con él, aún con mi poca experiencia. Lo primero que me enseñó fue el corte, después aprendí a trabajar en la confección de la ropa femenina, bajo su dirección. Él estaba contento conmigo, porque le hacía falta un oficial y yo me encontraba feliz porque estaba aprendiendo una buena profesión, que me valió mucho después, para establecerme en Barcelona, y a su debido tiempo en Brasil. Con este modisto trabajé más de tres años, todas las días, de dos a ocho de la tarde.

En octubre de 1.944, la guerra estaba decidida a favor de los aliados, y el general Franco trasladó varias divisiones desde Marruecos a los Pirineos; mi división fue una de ellas. El mando se lo dieron al general Esparza, excombatiente de la división azul.

El Estado Mayor de la división, se instaló en Viella, y allí estuve yo, como escolta del general, éste con un temperamento algo violento; aunque a mí no me lo hiciera pasar mal.

El siete de mayo de 1.945, se rindió Alemania, el catorce de agosto lo hizo Japón. Y el 25 de septiembre de este mismo año, me licenciaron.

Regresé a mi pueblo, después de cinco años de servicio militar, en el ejército del general Franco. Aún así, el odio que determinadas personas en el poder, sentían por mí, continuaba latente; odio injustificado porque yo jamás había tenido contacto o acercamiento alguno con ellos.

Yo deseaba quedarme en mi pueblo, casarme con mi adorada novia, establecerme profesionalmente y vivir cerca de mi familia; cosa que intenté, pero los adeptos al régimen, no me dejaron.

Alquilé un pequeño local para trabajar como modisto, porque en esta ciudad de 50.000 habitantes, no había ninguno. Me persiguieron y amenazaron continuamente, prohibiéndome el paso por determinadas calles de la ciudad, amenazado de recibir una paliza si no obedecía. Esto que hoy parece increíble, en aquella época era posible; la ley con todos sus derechos, sólo la tenían los falangistas. Los clasificados como “rojos” (de izquierdas), no tenían ningún derecho, ni ante la policía, ni ante la justicia, ni ante los tribunales.

Mientras tanto, mi padre había salido de la cárcel, porque un juez que llegó de Madrid, para examinar los expedientes de los encarcelados en ciudades como ésta, lo puso en libertad

diciéndole: “márchese a su casa, usted no debía estar aquí preso ya que no tiene ningún cargo”.

Poco después nos embargaron la casa donde vivíamos y teníamos la tienda en la que mis padres se ganaban la vida. El embargo se hizo según los “señores” gobernantes, para pagar destrozos que se habían hecho en un determinado palacio durante la guerra.

Tuvimos que ir a vivir a una casita de planta baja situada en una calle conocida hasta hoy con el nombre de “la corredera”. Mi hermano después de cumplir el servicio militar, siguió trabajando en la panadería de mi tía; ésta nos ayudó procurando que no nos faltara el pan. Mi padre no resistió tantos atropellos y un año después, a los 58 años de edad murió por un derrame cerebral.

Tampoco yo pude resistir tanta presión política y el día 2 de enero de 1.947, me fui a Barcelona; en esta ciudad residía un compañero que conocí cuando comencé mi aprendizaje en la sastrería del pueblo, con trece años de edad; yo era aprendiz y él oficial porque tenía cuatro años más que yo. A mi llegada me puse en contacto con él, fui a su casa, él ya estaba casado con María (a la que yo también conocía). Cuando le dije a Paco que me había especializado en modistería, exclamó con alegría: ¡Aquí se puede ganar mucho como modisto!, y sin dudar me propuso trabajar juntos, cosa que me pareció una buena idea. Pero hacían falta recursos para empezar; él me tranquilizó diciendo que tenía dos máquinas y algo de dinero y yo le contesté: “yo también tengo dos máquinas, mañana mismo le pido a Mari que me las envíe”.

Alquilamos un piso en la calle Urgel, y empezamos a trabajar rápidamente para casas como Mariuca, en Paseo de Gracia, y Molina en La Rambla. Montamos un taller con veintiséis operarias y teníamos más trabajo del que podíamos hacer.

Alquilé un piso cerca del trabajo, en la calle Sepúlveda y el día 25 de mayo del mismo año, me casé con mi querida Mari. Al año siguiente, vinieron mi madre y mi hermano a vivir con nosotros.

En el año 1.949, comenzó a despertarse en mí un deseo de marcharme de España, algo inexplicable pues mi situación económica y laboral era bastante buena. Salir de este país en aquella época, era muy difícil para una persona como yo que estaba clasificada como contrario al Régimen. Había que presentar un certificado de buena conducta firmado por la falange, o dos avales firmados por comerciantes establecidos. Conseguir esto, suponía casi un imposible, pero aún así no me desanimé. Durante casi dos años estuve buscando solución para este problema sin encontrarla.

Mi deseo era marcharme a México o Venezuela, pero un amigo mío que se había marchado a Brasil, me mandó un contrato de trabajo falso, para trabajar de albañil; con este contrato ya podía conseguir el permiso de entrada en el consulado de ese país.

Finalmente sucedió el “milagro” que esperaba. Mi esposa que se ganaba el cariño y la simpatía de las personas, consiguió que el dueño de la tienda y la panadería donde teníamos la cartilla de racionamiento, se atrevieran a firmar el aval exigido por la policía. El resto fue fácil, en veinte días arreglamos toda la documentación y sacamos el pasaje para viajar en el trasatlántico “Provence”, que salía de Marsella el día veinte de marzo de 1.951, rumbo a Brasil.

UN NUEVO CICLO Y UNA VIDA NUEVA

Cuando tuvimos toda la documentación en orden, dejamos el piso que teníamos alquilado en Barcelona, mi madre y mi hermano, se quedaron en otro piso alquilado, más pequeño y siguieron trabajando en la misma profesión, que ya habían aprendido junto a mí. Mari y yo nos trasladamos a Orihuela y allí con los padres de mi esposa, pasamos el tiempo que nos restaba para emprender el viaje.

En los últimos días me puse enfermo, teniendo que guardar cama, con fiebre muy alta. Así que llegó el día de partir hacia Barcelona para preparar el equipaje, y mi esposa tuvo que organizarlo todo ella sola.

Sin hacer caso a los consejos del médico, al día siguiente viajé para reunirme con Mari, que ya tenía todo preparado para embarcar. Llegué a Barcelona, ella me esperaba en la estación, y esa misma noche, emprendíamos el viaje en tren; a las siete de la mañana llegamos a Marsella (Francia), donde debíamos coger el barco. Así que el día 20 de marzo, embarcamos en el “Provence” dirección a Brasil.

Nos instalamos en nuestro camarote, y al poco tiempo nos avisaron para que acudiésemos al comedor, pues era la hora de comer. Yo me encontraba mucho mejor, pero Mari empezaba a sentir los efectos producidos por la infección, causada por una astilla de madera que se clavó en la mano, preparando los baúles. Al día siguiente, llamé al médico para que viera la mano inflamada de Mari, pues había estado toda la noche con fiebre. El médico después de examinarla, me dijo que tenía una grave infección, y me dijo:

“Tenemos ahora un antibiótico, se llama penicilina, si usted me autoriza, comenzamos el tratamiento ahora mismo”. Y

con mi consentimiento, le aplicó el tratamiento, mejorando en pocos días.

Durante el resto del viaje, todo fue bien. Hicimos escala en Dakar y también en Río de Janeiro y el cinco de abril, desembarcamos en Santos. Unos amigos españoles nos invitaron a pasar unos días en aquella localidad, para conocer sus bonitas playas; continuando el viaje con nosotros hasta la ciudad de San Pablo. Con la ayuda de nuestros amigos, pronto encontramos una casa para alquilar, en el barrio de Ipiranga.

A los pocos días de instalarnos en San Pablo, conseguí un empleo como patronista en “Modas Sonia”; esta casa era muy importante y me pagaba muy bien.

No quiero seguir adelante, sin mencionar y recordar, a la familia tan maravillosa, que fueron para nosotros, estos amigos españoles; él era gallego y su esposa era hija de italianos. Tenían una hija de nueve años, una preciosa niña. Vivían en una casa, junto a su familia en la avenida D. Pedro I, cerca del monumento de Ipiranga. La casa que alquilamos, estaba detrás, en la calle Coronel Frías. Hago esta referencia, como homenaje y el cariñoso recuerdo que aún guardo de ellos, pues nos ayudaron mucho a nuestra llegada y nos ofrecieron una sincera amistad.

Ya estábamos siete felices meses en San Pablo; cuando me ofrecieron un empleo mucho más ventajoso, en Río de Janeiro. Tenía dudas sobre esta oferta, no sabía qué hacer; pero finalmente decidí presentarme en el despacho que esta empresa tenía en la ciudad.

Concerté una cita, y el día indicado me presenté. El empresario me estaba esperando; me causó buena impresión. Hablando con sinceridad, me dijo: “Tengo una empresa en expansión y necesito un patronista modelista que sea buen profesional; tengo cinco aspirantes al puesto y si tú estás interesado serás el sexto. Tendrás que ir a Río de Janeiro, yo te

pagaré el viaje en avión de ida y vuelta y pagaré tus gastos allí durante una semana. Haremos las pruebas y si salen bien, firmaremos un contrato, de lo contrario te garantizo la mayor discreción, para que puedas seguir con tu empleo actual aquí en San Pablo. Continuó diciendo: la empresa “Rensor” es de confección de señora y es una de las mayores de este país”.

Me pareció buena su oferta y marcamos el viaje para un día de la semana siguiente; una persona de la empresa me recibiría en el aeropuerto.

El día previsto viajé hasta Río, permanecí allí una semana; hice las pruebas exigidas, saliendo éstas satisfactorias. Firmé un contrato de trabajo, con el que mis ingresos iban a ser justo el doble de lo que estaba ganando en San Pablo. El día 24 de octubre de 1.951, mi esposa y yo nos trasladamos a Río y el día uno de noviembre empecé a trabajar en mi nueva empresa, para la que estuve trabajando durante veinte años.

Antes de seguir recordando mi pasado, quiero dejar escrito que me siento más brasileño que español, porque en España nací en la materia, y en Brasil nació el hombre nuevo que hoy soy. Mi espíritu encontró una nueva forma de vida; abrió los ojos y ansioso buscó una luz para cambiar de rumbo y seguir un camino diferente, para que un día, aún muy lejano, pueda conseguir su redención espiritual.

Nada más empezar a trabajar, alquilé un piso en la plaza San Salvador, muy cerca de la playa de Flamenco.

En la nueva empresa, tuve un recibimiento muy bueno, y pronto hice buenas amistades. El jefe de la contabilidad, nos invitó a mí y a mi esposa a tomar un “cafeciño” en su casa, vivía cerca de nosotros, en la calle Laranjeira. Mari estaba encantada, porque le gustaba hacer nuevos amigos; a mí me sucedía todo lo contrario, pero al fin acepté la invitación. Nos recibieron con mucha simpatía. Era un matrimonio relativamente joven, de

mediana edad; no tenían hijos. Estuvimos tiempo hablando de muchos temas, hablamos de Europa, de Brasil, etc. pero en un determinado momento, la señora, que se llamaba Ana, nos dijo que ella era médium espírita; Mari y yo nos miramos algo desconcertados, pues no comprendíamos el sentido de lo que nos estaba diciendo, era un tema totalmente desconocido para nosotros. Ana así lo percibió, pero siguió hablando y dijo: “El Espiritismo es la comunicación del mundo corpóreo con el incorpóreo, todos nosotros somos espíritus, encarnados o desencarnados. Nacemos aquí en la materia y cuando nuestro cuerpo muere, nuestro Espíritu regresa al mundo espiritual, que es el verdadero, permaneciendo allí hasta que está en condiciones de regresar nuevamente al plano físico, en un cuerpo nuevo; así sucesivamente hasta conseguir la elevación suficiente para vivir en un mundo mejor”. Y acabó diciendo:

“Este proceso de ida y vuelta, se llama reencarnación”.

Después de esta conversación, enseguida nos despedimos y de regreso a nuestra casa, le dije a Mari: esta señora está loca, decir que uno nace de nuevo, que después de morir se continúa viviendo, no sabe lo que dice. ¡Cuando se muere, se acabó todo, se está muerto para siempre, el que se muere ya no vuelve jamás!. Mari me escuchó sin decir palabra, y cuando acabé de exponer todas las incoherencias que tenía en mi mente, me miró y serenamente me dijo: “no hagas juicios precipitados; doña Ana me parece una buena señora, además habla con conocimiento de causa y nosotros no conocemos nada de este tema”.

Mi esposa tenía razón, porque tuvimos una relación de amistad con aquella familia, durante más de diecisiete años.

La fábrica “Rensor” estaba situada en la calle de La Constitución, haciendo esquina con la plaza Tiradentes, en el centro de la ciudad. Al otro lado de la plaza está la calle Siete de Septiembre y al final de ésta se encuentra la librería Freitas Bastos. Después de la comida del mediodía, acostumbraba a dar

un paseo por las calles cercanas a la plaza. El comercio estaba abierto, no cerraban para comer. Sólo hacía una semana que había oído a doña Ana hablar de aquellos temas, que para mí eran una locura, cuando en mi corto paseo, llegué hasta la librería Freitas y me detuve mirando un escaparate lleno de libros espíritas. Entre todos, sentí especial interés por tres de ellos: “El libro de los espíritus”, “La vida más allá de la sepultura” y “Después de la muerte”. Receloso, como si fuese a cometer una mala acción, me decidí a entrar en aquella librería y compré los tres libros.

En poco más de una semana, había leído los tres libros y comprado cuatro más; pero lo más extraño, lo que yo no conseguía comprender entonces, era que estaba totalmente familiarizado con el significado de aquella lectura. Lo que yo sentí, es difícil de explicar, me encontraba como si hubiera nacido de nuevo y viviese en un mundo diferente; un mundo maravilloso, donde la vida tiene un objetivo y un camino para seguir, lleno de luminosidad. De un momento para otro, mi vida había cambiado y si esto lo hacía el conocimiento espírita, no podía hacer menos que exclamar: ¡Bendito sea el Espiritismo!

Puede parecer dudoso que, con sólo leer unos libros, se produjera un cambio tan radical en mí; pero debo recordar que mi Espíritu tiene unas raíces religiosas muy profundas; a los once años ya quería entrar en la comunidad religiosa de los Franciscanos, pero mis padres que no practicaban ninguna religión, me lo impidieron. Me eduqué en una escuela religiosa; yo siempre hacía preguntas en la clase de religión, que los profesores no sabían contestar, y ante mi insistencia terminaban diciendo que Dios tenía sus misterios y que dudar de ello, era pecado mortal. Esto me hizo dudar cada día más, de la religión que profesaba con tanta fe, y a los quince años de edad, ya me había convertido en un joven incrédulo.

En aquellos primeros libros espíritas, encontré lo que con tanto empeño había buscado en la religión católica, sin encontrarlo; en esta religión sólo encontré el dogmatismo, ciego y fanatizado en el pasado, sin embargo, en el Espiritismo hallé la explicación lógica, convincente, y sin misterios, para saber porqué se vive y porqué se muere. Esto explica fácilmente porqué se desvaneció, como la espuma, el manto de ateísmo que me cubría.

Había encontrado por fin, el Camino de la Verdad y de la Vida.

Así conocí el Espiritismo. En un año había leído unos cuarenta libros; en mí se despertó un gran deseo de saber, investigar, descifrar los grandes misterios de la religión que antes habían permanecido inaccesibles. Todo esto sin participar del fenómeno mediúmnico, que tanto daño hace al Espiritismo; porque el fenómeno cuando es necesario es bueno, pero cuando se utiliza como rutina o pasatiempo, es muy peligroso y perjudicial.

Yo empecé este camino, con un estudio disciplinado y progresivo, cambiando mis hábitos y mi vida por completo. Así he sido inmensamente feliz, durante los cincuenta y cinco años que han transcurrido desde que el Espiritismo me ofreció la oportunidad de emprender una nueva vida. Todos estos años, los he dedicado, con mis recursos, a divulgar esta consoladora doctrina; para compartir con todos mis hermanos, el bienestar y el consuelo que nos proporciona en los momentos más difíciles de nuestra vida.

MI PRIMERA PRUEBA: “UNA MACUMBA”

Habían pasado cinco años desde que había conocido el Espiritismo, yo seguía mis estudios con mucha dedicación; y mi forma de vida había cambiado por completo:

Dejé de fumar; algo que hacía casi desde niño. Ya no veía la televisión por las noches, ni fines de semana, aunque sí escuchaba la radio todos los días de ocho a diez de la noche, en compañía de mi esposa, pues emitían el programa “La Legión de La Buena Voluntad” del periodista Alziro Zarur. Este programa era educativo, humano y espiritual; se desarrollaba siempre con la lectura, de libros espíritas y también del evangelio de Jesús, analizando y explicando su significado e interpretación.

Mientras escuchaba la radio, cortaba y confeccionaba trajecitos para un orfanato, para niños de tres a siete años. Mari me ayudaba en la confección y cuando estaban acabados, los entregaba ella misma, sintiéndose inmensamente feliz. Puedo asegurar que aquellos cinco años, fueron los más felices de nuestra vida; deseosos siempre de trabajar y descubriendo nuevos horizontes.

Naturalmente que aún no habíamos comprendido el verdadero objetivo de nuestra vida, y tampoco cual era nuestro compromiso.

Un sábado por la tarde, estaba leyendo y comentando con Mari, la lectura de un libro recién editado, con nuevas revelaciones, titulado: “Elucidación”. Repentinamente interrumpí la lectura, exclamando y diciendo: ¡Mari, mira mi brazo! Ella me miró y dijo: ¡Dios mío, parece una intoxicación! Mi brazo tenía el aspecto de una quemadura y sentía un picor desesperante. Después de estar utilizando durante dos días, remedios caseros, nos convencimos de que era más grave de lo que pensábamos en un primer momento. Esa ebullición se estaba extendiendo por

todo el cuerpo. Se formaban unas ampollas, que al romperse se transformaban en costras, que lentamente cubrían mi piel, dando a ésta un aspecto desagradable.

Acudí a varios médicos, especialistas en enfermedades de la piel, pero ningún tratamiento era efectivo. Finalmente todos los médicos coincidían en el mismo diagnóstico, decían: “Es un virus desconocido”.

Más de tres meses sufrí aquella enfermedad, mi cuerpo estaba lleno de costras y la gente se apartaba de mí, como si apestara. Por las noches cuando hacía mis oraciones, le pedía a Jesús que me quitara aquello, aunque me diera un cáncer a cambio.

¡Cuánta ignorancia Dios mío, y cuanto daño sufrimos a causa de la vanidad y el orgullo!

Mi sufrimiento era grande, pero mi orgullo era mucho mayor; cuando buenos amigos me decían, que me habían hecho una *macumba* (*) yo me sentía ofendido, respondiendo de mala manera. Me humillaba la idea de aceptar que esto me sucediera a mí; un espírita convencido y practicante, según mi entendimiento de lo que era el Espiritismo. Porque había leído unos cien libros y había hecho algunas obras de caridad, pensaba que no podía ser víctima de una *macumba*, que tenía una protección que impedía que un espíritu inferior, pudiera acercarse a mí, para hacerme daño.

(*) Ritual religioso afro-brasileño, de origen africano; volcado hacia la práctica de la **magia negra**. El rito que se practica en la *macumba* tiene fines maléficos, destinados a crear daño. En este ritual, se sacrifican animales. El médium, al que llaman “caballo”, come, bebe alcohol y fuma, para satisfacer a los espíritus que ha invocado para hacer el trabajo. Para hacer estos trabajos, utilizan un objeto de la persona, a quien va dirigida la *macumba*.

Más tarde comprendí, que todo el sufrimiento pasado, fue necesario, para que mi Espíritu así descubriera, que el mayor enemigo estaba dentro de mí, que formaba parte de mi ser, era compañero inseparable en mis pasadas existencias; ese orgullo, completamente camuflado, me estaba acosando para dominarme, como tantas veces lo hizo en el pasado. Al fin lo desenmascaré y con la ayuda de espíritus amigos, pude vencerlo.

Un buen amigo y vecino, el Dr. Vidiera, fue a visitarme y me dijo: “José te han hecho una *macumba*, el sábado tienes que venir conmigo, al Templo Espírita Tupyara, que está en Lins de Vasconcelos, para que te hagan una limpieza y te liberen de todo ese mal”. Yo miré a mi esposa, y ella dirigiéndose a nuestro amigo le dijo: “De acuerdo, el sábado iremos contigo”. Así lo hicimos; y el sábado a las tres de la tarde, llegamos al Templo Tupyara.

Yo quedé impresionado, sin ninguna duda, es el Centro más grande del mundo, debe tener una capacidad para unas mil personas, sentadas todas en butacas, es verdaderamente digno de conocer, además de la calidad e importancia del trabajo, que allí se realiza.

Al llegar, nos dirigimos directamente al despacho del director; su nombre era Antonio. El Dr. Vidiera nos presentó, diciendo: “Antonio este amigo y vecino mío, tiene necesidad urgente de ser ayudado”, y al mismo tiempo, dirigiéndose a mí, me pidió que me quitase la camisa. Así lo hice y el director del centro, al verme exclamó:

“¡Dios mío! ¿Cómo puedes soportar semejante carga?”.

Me dijo que me pusiera la camisa y que le siguiese. Mari y yo, le acompañamos hasta el otro lado del edificio, llamó a una puerta, la cual se abrió después de unos minutos, nos recibió un hombre de mediana edad, que vestía un batín blanco. Antonio le preguntó:

-Batista, ¿estás ocupado?

-Él contestó: estoy con una señora, pero estoy acabando.

-Bien, cuando acabes, atiende a este amigo, necesita liberarse de la insoportable carga que lleva con él.

Me quedé esperando en compañía de Mari, unos quince minutos y cuando salió la señora, nos recibió. Entramos en una habitación no muy grande, amueblada con un sofá y tres sillas, tenía un ventanal que daba hacia un pequeño jardín. Me situé en el centro de la habitación, quitándome la camisa y Batista sólo me dijo que debía hacer una oración, elevando mis pensamientos, él hizo lo mismo, pero antes puso un vaso de agua y una rama de Ruda junto a mis pies. En poco más de un minuto, entró en trance, su cuerpo y su cara se envejecieron y su voz, cambió totalmente; comenzó dando unos pases alrededor de mi cuerpo pero sin tocarlo, siempre de arriba hacia abajo, sacudiendo las manos en el vaso de agua, con la rama de Ruda hizo lo mismo. Al mismo tiempo que el médium me daba pases, el Espíritu incorporado, hablaba conmigo; y con acento cariñoso me dijo:

“Hijo mío, ¿porqué continúas siendo tan orgulloso? Has tenido que sufrir este tormento, porque es necesario para ti, porque ha llegado el momento de que empieces a practicar la humildad y te liberes de los vicios del pasado. Yo te sigo de cerca para ayudarte, siempre que tú lo merezcas, debes tener fe en Dios para seguir el camino que has emprendido”

Acabó de hablar y el médium salió del trance; éste arrojó el agua y la ramita de Ruda por la ventana. Antes de despedirnos, me dijo que debía volver al sábado siguiente, para repetir el trabajo de limpieza. Nos despedimos y nos dirigimos hacia el despacho del director, donde aún estaban conversando él y mi amigo el Dr. Vidiera. Salimos del Templo Espírita Tupyara, con el compromiso de volver el sábado siguiente.

Pasaron siete días y regresamos al Templo Tupyara, pero esta vez de forma muy diferente, pues mi cuerpo estaba completamente limpio, sólo quedaban las cicatrices de aquel “fuego salvaje” como más tarde supe que se llamaba, y el recuerdo de una experiencia que jamás mi Espíritu podrá olvidar, porque gracias a la “bendita” *macumba*, mi Espíritu se fortaleció para poder combatir a su peor enemigo: “EL ORGULLO”.

Cuando llegamos, fuimos directamente a ver al director del Centro, que nos recibió con mucho cariño. Con alegría comentamos el buen resultado del trabajo que los buenos espíritus habían hecho conmigo. Yo le manifesté el deseo de cooperar en los trabajos que realizaban allí, y desde aquel día me hice socio mantenedor; así que mi esposa y yo, visitábamos el Templo Tupyara con bastante frecuencia.

EL ACCIDENTE DE MARI Y SU COMPROMISO

Pasaron dos años completamente felices para nosotros. Yo cada día más dedicado al estudio, para el conocimiento y la interpretación de la ciencia espírita, cada día más comprometido en la participación de las obras de caridad, con una visión mucho más clara y profunda sobre cómo se debe interpretar esta doctrina, que bien empleada, será un potente faro que ilumine a la humanidad en el océano de su vida.

Recordemos las sabias palabras de nuestro codificador Allan Kardec: *“No se puede ser un buen espírita, sin conseguir primero nuestra transformación interior”*. Para conseguir esto, es necesario saber separar las cosas materiales de las espirituales. Lo material es necesario para vivir en la materia, pero el Espíritu debe dominarla y no dejarse nunca dominar por ella.

Hace dos mil años, Jesús lo dejó bien claro diciendo: *“Dadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”* (Mateo 22:21). Esta filosofía es la que yo entiendo y me esfuerzo en practicar. Espero que un día mi Espíritu pueda dominar para siempre la materia y de ese modo, emprender el glorioso camino de su redención espiritual.

Como decía anteriormente, habíamos vivido dos años verdaderamente felices. Dejamos el piso que teníamos alquilado y compramos uno en la misma zona, muy cerca de la playa de Flamengo; por esta playa pasan tres grandes avenidas, que circulan desde el centro de Río de Janeiro a Copacabana. Una de estas avenidas circula junto al mar, en sentido único, dirección Copacabana; la del centro, en dos direcciones y la otra en sentido único, dirección a la ciudad. Mari tenía que visitar a una señora que estaba enferma, que residía en Meiyer, el barrio más grande de Río y debía coger el autobús en la primera avenida, con dirección a la ciudad, pero al llegar allí, encontró a una anciana

que quería cruzar hasta el otro lado y no se atrevía porque el semáforo cambiaba muy rápido para ella. Unos días antes de esto, yo había tenido un sueño inquietante y confuso: “soñé que Mari estaba cerca de la playa, mortalmente herida como si algo muy pesado le hubiera caído encima, yo acudía asustado a socorrerla y con algo de esperanza comprobaba que aún tenía vida, y la cogía en mis brazos intentando sacarla de allí”. Este sueño lo tuve dos veces y cuando se lo conté a Mari, me dijo:

“¡Qué barbaridad, Dios mío, no sé como puedes soñar esas cosas!”

Cuando llegó ese día, antes de salir yo de casa, Mari me dijo:

“Hoy tengo que ir a ver a Dña. Eugenia, sabe Dios que no me apetece, los pies se me vuelven para atrás, pero tengo que ir.”

Mari ayudó a la anciana a cruzar la avenida, y dio media vuelta para regresar al punto donde debía coger su autobús, no dándose cuenta de que el semáforo había cambiado de color; ya estaba en rojo. En ese instante, pasaba el coche que la atropelló de lleno y la arrastró por el asfalto más de 12 metros, hasta que el vehículo pudo parar. El mismo conductor, la recogió y la llevó al Hospital Miguel Couto. Entre los restos de su ropa, encontraron mi teléfono, y me avisaron urgentemente; yo no podía creer lo que estaba escuchando, pero salí de inmediato para el Hospital. Eran las doce del medio día cuando llegué, entré en una sala bastante grande donde habían muchos heridos, entre ellos, en una camilla estaba mi esposa. Su aspecto era irreconocible, su cara estaba inflamada y su cuerpo lleno de heridas producidas por el asfalto. Cuando escuchó mi voz, entreabrió los ojos y muy débilmente me dijo: “no te asustes”. El médico me estaba esperando, nos separamos un poco de ella y me puso al corriente de su grave situación. Me enseñó las radiografías que le habían hecho y me explicó su grave situación; tenía fractura de cráneo, rotura de bazo, de brazos y piernas. Me dijo que tenía que ser

operada con la máxima urgencia. Sin poder contener mis lágrimas le pregunté:

¿Se salvará doctor?

Él sin dejar de mirarme, contestó: “puede entrar en coma, o quedar inválida, o ciega pero. . . tenemos que confiar en Dios”. Y poniendo su mano en mi hombro, acabó diciéndome:

“Esto es un hospital público y ella necesita cuidados especiales, así que me atrevo a decirle que si usted tiene recursos, la lleve a una buena clínica”.

Afligido como estaba, aún me pude dar cuenta de que el doctor, por el cariñoso trato que nos estaba dando, era un Espíritu amigo. Confiando en él, le pregunté: “¿puede recomendarme una clínica?”. Me contestó: “cerca de aquí, en la calle Marqués de Abrahantes, está la clínica San Gerardo, ésta es la mejor”. Le di mi consentimiento para llevarla allí; él cogió el teléfono y unos minutos después me dijo: “tiene disponible una habitación, vamos a trasladarla inmediatamente”. Con mucha rapidez la pusieron en una ambulancia y el doctor me pidió que la acompañara, que fuera hablando con ella para que no se durmiera.

En la clínica ya nos estaban esperando y no tardaron mucho en meterla al quirófano. La intervención duró cinco horas; cuando terminó, le pregunté al cirujano por su estado, y él me contestó que de momento estaba bien, pero que era necesario realizar otra intervención, que se haría al día siguiente si su estado no empeoraba.

Veinticuatro horas después, fue sometida a una nueva operación que duró cuatro horas, y felizmente no hubo que intervenirla más. Tenía los brazos enyesados y en las piernas le pusieron unos saquitos de arena, a un lado y otro para que estuviesen rectas y sin movimiento.

Sin duda alguna, Mari era un Espíritu fuerte. Su aspecto había cambiado; de tener un cuerpo bien moldeado, una cara bonita y agradable, ojos grandes muy expresivos, y su piel blanca y fina, se transformó en un cuerpo irreconocible, con un rostro desfigurado.

Ya habían pasado seis días y su médico me comunicó que estaba muy contento, pues se estaba normalizando y su reacción estaba siendo muy positiva; según decía el doctor, se estaba produciendo un verdadero “milagro”.

El séptimo día de permanencia en la clínica, después del desayuno, Mari pidió a la enfermera que le llevara un espejo para mirarse la cara; la enfermera le contestó diciendo, que el reglamento no permitía que se diese un espejo a un enfermo. Así que cuando aquel día llegué, ella me estaba esperando para pedirme el espejo, yo se lo pedí a la enfermera, quien me argumentó lo mismo; yo le dije que si no lo traía, yo mismo iría a comprarlo. Después de escucharme, se marchó volviendo a los quince minutos con el espejo. Mari se miró detenidamente, observando con mucha calma y paciencia, su rostro deformado, dirigiéndose a mí y a la enfermera, que los dos seguíamos sus movimientos con intranquilidad, nos dijo: “gracias a Dios, no estoy tal mal, pensé que estaría mucho peor”.

Durante tres largos meses, estuvo en la cama, boca arriba, sin hacer movimiento alguno. Para cambiar las sábanas, había que presionar fuertemente hacia abajo el colchón, deslizando la sábana limpia al mismo tiempo que se retiraba la usada, sin mover el cuerpo.

La recuperación duró otros tres meses, bajo la supervisión del propio cirujano, que aún siendo éste un profesional de fama internacional, le había tomado un especial cariño a Mari, y siempre que tenía oportunidad se la presentaba a sus amigos de profesión, con cierto orgullo, diciendo: “cuando yo me hice

cargo de ella, estaba como un vaso roto, y hoy pasados seis meses, está bonita como una aspirante a un concurso de belleza”.

Volviendo al día del accidente, cuando le comuniqué a mi jefe, que había internado a mi esposa en la clínica San Gerardo, él se quedó algo pensativo y me dijo: “José, esa clínica es muy cara, hasta para mí, y en tu trabajo no se pueden tener grandes preocupaciones, así que haré que manden las facturas aquí a la empresa, y nosotros ya arreglaremos cuentas”. Así se hizo; todas las semanas mi empresa pagó la factura de la clínica, pero los honorarios del cirujano, se pagarían al final de su trabajo, cuando diera el alta médica.

El doctor, que estaba informado de cual era mi profesión, me encargó que hiciera dos gabardinas para sus hijos; un niño de nueve años y una niña de once, y yo se las hice con mucho esmero y cariño.

Cuando por fin, el doctor, después de seis meses entre convalecencia y recuperación, le dio el alta a mi esposa, yo profundamente emocionado, le pregunté cuanto tenía que pagarle por los honorarios; confiando en su bondad para que nos diera el tiempo necesario para poder realizar el pago. Él se quedó pensativo... y sonriendo me dijo: “José, yo sé que eres un artista en tu trabajo, me hiciste dos gabardinas que dan prueba de ello y su precio debe ser muy alto, así que si a ti te parece bien, compensaremos una cosa con la otra”. Yo con lágrimas en los ojos, sólo pude decirle: “¡Gracias doctor, muchas gracias, y que Dios le bendiga!”. La bondadosa sonrisa que se dibujaba en su rostro y el cariñoso abrazo que nos dio, sólo podía proceder de un ser superior.

Mari, en esos seis meses, tuvo mucho tiempo para pensar, así que hizo una promesa a Nuestro Señor Jesús (digo promesa, porque ella tenía unos principios religiosos muy arraigados), que consistía en lo siguiente: Si se ponía bien, si recuperaba el movimiento de todo su cuerpo, estudiaría para obtener el título

de enfermera, para trabajar toda su vida ayudando y asistiendo a los más necesitados, siempre gratuitamente, sin recibir nada a cambio.

En un año se puso completamente bien, recuperó todo el movimiento, así que empezó los estudios para conseguir el título de enfermera, cumpliendo su promesa hasta el fin de su vida.

Cuando Mari comenzó a trabajar como enfermera, su primer trabajo fue en el Hospital de La Cruz Roja, de Río de Janeiro. En este Hospital, trabajó tres años, sin cobrar nada; fue un trabajo muy positivo para ella, porque adquirió mucha experiencia, necesaria para el trabajo que realizó más tarde.

Yo dedicaba todo mi tiempo libre al estudio y al trabajo, participando en obras de caridad y distribuyendo libros gratuitos a los que no podían comprarlos. En el hospital de la Cruz Roja, donde Mari trabajaba, distribuía libros espíritas entre los pacientes, también les compraba medicamentos, que no les daba la sanidad, y siempre estaba dispuesto para ayudar en nombre de la creencia que a mí me había transformado.

Después de su experiencia en La Cruz Roja, Mari fue a trabajar a un ambulatorio de “La Legión de La Buena Voluntad”, hasta el año 1.966 que nació nuestro hijo; en este ambulatorio, el trabajo era un verdadero apostolado. Cientos de vagabundos enfermos acudían allí, incluso desde muy lejos, para ser atendidos y curar sus heridas, algunos de ellos, tenían úlceras en estado de putrefacción, que Mari curaba con cariño; desinfectaba las heridas con lejía, les ponía vendas nuevas y les daba algún calmante, para mitigar su dolor, para que al menos por unos días, aquellos pobres infelices, tuvieran algún alivio.

Un día de los muchos, que bajaban al ambulatorio desde las favelas, pidiendo ayuda, se presentó una joven pidiendo asistencia urgente, para una anciana que estaba muy enferma, en la favela del “Esqueleto”. Mari, desoyendo las advertencias de

sus compañeras sobre el peligro que suponía el subir allí, acompañó a la joven hasta una chavola húmeda y mal oliente; en el suelo sobre un viejo colchón, se encontraba la anciana enferma, con fiebre muy alta. Ella la medicó, la aseó y esperó a su lado, orando hasta que empezó a mejorar. El tiempo había pasado y había empezado a anochecer; emprendió el camino de regreso, algo asustada, recelosa comprobó que un hombre corpulento y mal encarado, la seguía a pocos pasos, Mari aceleró su marcha y el hombre hizo lo mismo, finalmente, dando gracias a Dios, llegó a la calle y volviéndose comprobó que el hombre estaba parado cerca de ella, la miró y le dijo: “señora, puede subir a esta favela sin miedo, cuando usted lo crea necesario, nadie la molestará porque yo la protejo”, más tranquila Mari le preguntó porqué hacía aquello, él le contestó que lo hacía porque la pobre anciana a la que había socorrido, era su madre.

Incansable y feliz, Mari seguía haciendo su trabajo en el ambulatorio, hasta que tuvo que interrumpirlo porque sus uñas se habían contaminado, un hongo hizo que perdiera todas las uñas de las manos, pero con un buen tratamiento y la paciencia que le caracterizaba, esperó a que crecieran de nuevo, volviendo valientemente a su trabajo.

Una vez más pudimos dar gracias a Dios, por todos los obstáculos que pone en nuestro camino, porque gracias a ellos podemos ver con plena claridad, la ruta que nuestro espíritu debe seguir para encontrar la verdadera razón de nuestra vida.

Desde hace siglos, Mari y yo caminamos juntos; somos dos espíritus amigos que sentimos y pensamos con mucha afinidad. Juntos somos felices, en la desgracia nos apoyamos y nos amamos, el dolor nos une y el amor nos hace dichosos, y juntos queremos seguir para conseguir nuestra redención espiritual.

EL COMPROMISO

Los acontecimientos que habíamos vivido pertenecían a un pasado cercano, pero recordado por nosotros como un hecho lejano en nuestra vida.

No podía imaginar que aún estaba por llegar, el acontecimiento más importante de mi actual existencia.

Una tarde del invierno carioca, me encontraba en el trabajo, cuando sentí un dolor muy fuerte de riñones, mi cuerpo se dobló y desplomó, cayendo al suelo, sin poder contener mis lamentos. Mis compañeros no sabían qué hacer, llamaron al médico, que me reconoció, me puso una inyección para calmar el dolor, y nos tranquilizó diciendo que parecía que tenía una piedra en el riñón. Calmado el dolor, me llevaron a casa, y al día siguiente me encontraba bien, así que volví al trabajo.

Después de algunas semanas, se repitió de nuevo el dolor y continuó repitiéndose con más frecuencia. El médico seguía con su teoría de que era una piedra que tenía que expulsar. En esta triste situación, con la dificultad para orinar y el dolor, ya habían pasado diez meses.

Una tarde después del trabajo, de regreso a casa en un tranvía (porque ya no me atrevía a conducir el coche), sentí de nuevo el dolor, me bajé del tranvía en “la plaza de Lapa” y me agarré a un árbol sin poderme tener en pie, la vista se me nublaba, así que me dejé caer hasta el suelo; allí estaba, sin poder articular palabra, la gente pasaba por mi lado y no se detenía, debían pensar que estaba borracho.

Con gran dificultad, pude ver una parada de taxi que había al otro lado de la plaza, entonces con lágrimas en los ojos exclamé: “¡Dios mío dame fuerzas para llegar hasta allí!”. Haciendo un gran esfuerzo, me puse en pie y tambaleándome

crucé la plaza; el taxista me ayudó a subir al coche y me llevó a casa.

Una vez allí, mi esposa llamó a un médico, éste me administró un medicamento para calmar el dolor, y después de su examen, me aconsejó que al día siguiente acudiera al hospital para un reconocimiento completo. Así lo hice, me dirigí al hospital general, donde me hicieron las pertinentes pruebas; a través de una sonda, me hicieron un reconocimiento para ver el estado de los riñones, también me hicieron radiografías, y después de cuatro horas, pude saber el resultado. El doctor me llamó a su despacho, me hizo sentar frente a él, y mirándome me dijo:

-Tengo por costumbre decir a mis pacientes la verdad sobre su estado.

-Yo le interrumpí para decirle: doctor, quiero saber toda la verdad.

-Él suavizó la expresión de su rostro y dijo: tu estado es grave.

-Poniéndose en pie, puso las placas que tenía sobre la mesa, en una pantalla y señalando la misma, sin dejar de mirarme, continuó diciendo:

-El riñón derecho está perdido, el izquierdo hay que tratarlo, tienes que ser operado con urgencia.

La expresión de mi cara debió cambiar, porque se acercó a mí, y poniendo su mano en mi hombro, me dijo:

-Tranquilízate; te van a operar en la mejor clínica de Río, “La Casa de Portugal”. Dejaremos pasar el fin de semana y el lunes te ingresaré, para operarte el martes.

Y acabó diciendo: “confiemos en Dios y todo irá bien”.

Al salir del hospital, me dirigí a la Clínica La Casa de Portugal, para concertar el día de ingreso. El doctor ya había hablado con la clínica y me estaban esperando.

Cuando llegué a casa y le relaté a mi esposa todo lo sucedido, no pudo contenerse e irrumpió en llanto. Poco a poco nos fuimos tranquilizando y aceptando la situación. Llegó la noche y como cada día, a las 22h. nos dispusimos a hacer nuestra oración; puse un vaso de agua en la mesita que tenía delante, y los dos nos arrodillamos para orar.

Aquella noche, hicimos la oración con más fervor y mucho más emocionados, pues había una reflexión previa y un estado de compromiso, así que acabé la oración diciendo:

“Señor Jesús, mi querido Maestro, yo sé que me amas, que sólo deseas lo mejor para mí, yo te pido si es posible, una nueva oportunidad; quiero ser tu servidor, el más pequeño, el más humilde de todos, quiero trabajar para ti, desígname un trabajo que esté al alcance de mis facultades, y yo te prometo cumplirlo siempre, todos los días, hasta el fin de mi vida”.

El agua del vaso, se había transformado en agua gaseosa, yo la bebí y nos fuimos a dormir. A las cuatro de la madrugada, me desperté, pues tenía ganas de orinar y lo hice sin sentir ninguna molestia, algo que hacía semanas que no ocurría. Con alegría desperté a mi esposa, ella no podía creer lo que le estaba diciendo; aquella noche, con la emoción, ya no pudimos seguir durmiendo.

Por la mañana fuimos al Hospital de La Cruz Roja, donde Mari trabajaba, ella habló con el director, quien nos recibió muy atento; después de contarle lo que me habían dicho en el Hospital General, él nos tranquilizó y ordenó que me hicieran unas radiografías, y pidió que se las entregaran a él mismo cuando estuvieran hechas.

El doctor examinó las radiografías detenidamente y sonriente se dirigió a Mari diciéndole: “debe de haber un error, tu esposo tiene unos riñones sanos, no debéis preocuparos más”.

Salimos de La Cruz Roja y nos dirigimos a la Casa de Portugal; le dije a la enfermera que me había atendido el día anterior, que no quería operarme, ésta me escuchó con asombro y se lo comunicó al cirujano, el cual me hizo acompañarle a su despacho. Nada más entrar me dijo:

-¡Pero qué disparate me estás diciendo! ¡Acaso no sabes, que si no te operas, antes de tres meses estarás muerto!

Yo le escuché en silencio y cuando acabó de hablar, le enseñé las radiografías que me habían hecho en La Cruz Roja. El las examinó con incredulidad, y rápidamente dijo:

-Estas radiografías no son tuyas, ¿acaso has olvidado que durante meses, tu riñón se ha estado descomponiendo? ¿Cómo puedes creer que ahora, de un momento para otro, estás curado?

-Déjate de locuras, que los milagros no existen; el martes debes ser intervenido.

Cuando acabó de hablarme, yo con mucha calma, le contesté:

-Doctor, agradezco mucho el interés que usted se está tomando por mí, pero mi decisión es irrevocable, pues yo sí creo en los milagros.

Después de firmar un documento, asumiendo toda la responsabilidad de lo que me sucediera, a causa de no querer someterme a la intervención, me despedí de él, y mi esposa y yo, salimos de la Clínica de Portugal.

Hoy, cuando han pasado cuarenta y cinco años; no he vuelto a sentir ninguna molestia en mis riñones, en todo este tiempo.

Después de tanto sufrimiento, una vez más, tuve que dar gracias a Dios, porque a través de esa enfermedad, mi Espíritu encontró el camino que debía seguir; asumiendo el compromiso necesario, para divulgar la doctrina espírita, que es el verdadero objetivo de mi actual existencia.

DE REGRESO A ESPAÑA

El 1.966 parecía el comienzo de un año feliz, para nosotros. Había nacido nuestro hijo, Mari se sentía más dichosa que nunca, naturalmente, yo compartía y sentía también esa felicidad; pero sin olvidar un solo momento, el serio compromiso asumido con Jesús. Cada día me sentía más comprometido y agradecido con Él.

Quería divulgar la doctrina espírita, que tanto bien me había hecho; deseaba compartir con los demás, la paz y la felicidad que yo sentía, aún así, algo me inquietaba, que yo no sabía o no quería definir. No era un reproche lo que sentía; el sentimiento intuitivo que percibía, parecía como una voz oculta que yo no quería escuchar. Sentía su eco, que como si viniese desde muy lejos, me decía que mi compromiso era más importante que todo lo que estaba haciendo, que debía emprender un nuevo camino, para desarrollar y realizar mi trabajo.

Por las noches, en una habitación que dedicaba al estudio, utilizaba todo mi tiempo a la lectura y la oración, hasta la hora de irme a dormir, que siempre era bastante tarde.

En mis oraciones, le pedía a los buenos espíritus que me orientaran, para saber qué camino debía seguir. Hoy sí puedo comprender perfectamente, lo que entonces, tan difícil me resultaba. Hoy puedo ver con claridad, lo que entonces me parecía incomprensible. En lo más íntimo de mi ser, yo sabía el camino que debía seguir, y me resistía a esa idea, buscando otro, alternativo, esto me producía una inquietud que no sabía interpretar.

Mi situación era difícil; con el esfuerzo de mi trabajo, durante los mejores años de mi vida, había conseguido un buen patrimonio, un bienestar y una vida cómoda, y para cumplir el

grave compromiso asumido, para ser un fiel servidor de Nuestro Señor Jesús, debía renunciar a todo, emprender una nueva vida y dar comienzo a un camino nuevo.

Esta idea aparentemente tan descabellada, no tenía cabida en mi mente.

Con todas esas inquietudes, pasó algo de tiempo, hasta que llegó el año 1.970, y sin saber cómo sucedió, me enfrenté a mi jefe, con el que había tenido una buena relación hasta ese momento, y dejé la empresa, después de trabajar en ella casi veinte años.

Cuando le conté a mi esposa lo sucedido, ella no lo podía creer, y sin disimular su inquietud y preocupación, me preguntó: “¿y ahora, qué haremos?”. Yo la tranquilicé diciendo: “mañana mismo me marché a San Pablo, allí he tenido muy buenas ofertas de trabajo”. Ella me escuchaba con expresión triste; yo continué diciendo: “en San Pablo tenemos buenas amistades, y te sentirás muy bien allí”. Mari movió la cabeza, con ademán de resignación y me dijo: “aquí estamos bien, pero aún así aceptaré lo que tú dispongas”.

Al día siguiente, tal y como había previsto, viajé para San Pablo, me hospedé en el “Hotel Senador”, situado en el centro de la ciudad. Ya habían pasado tres días desde mi llegada; las ofertas de trabajo que anteriormente me habían hecho, ya estaban ocupadas por otras personas, así que bastante desanimado, volví al hotel.

Era mediodía, y antes de pasar al comedor, fui a mi habitación para asearme antes de la comida. Me senté en el borde de la cama, pensativo, aunque más bien diría desorientado; en ese momento sin darme cuenta, sentí una influencia espiritual que anuló todas mis facultades, al mismo tiempo, un Espíritu muy querido y respetado por mí, se acercó y sin decirme nada, me extendió su mano. Yo sentí una paz que no podría ahora

describir, lenta y completamente emocionado, cogí su mano, sintiendo como mi Espíritu se alejaba de mi cuerpo; y en un desdoblamiento lúcido (pues aún hoy puedo recordar con toda claridad, las imágenes que pude ver) fui conducido a un plano astral, siempre sostenido por aquel buen Espíritu. Miré hacia abajo, asustado y tembloroso por lo que estaba viendo; era horrible, tan dantesco, que es muy difícil el poderlo relatar. Infinidad de seres gemían, se retorcían en grandes charcos cenagosos y mal olientes; todos gemían, lloraban y gritaban pidiendo ayuda para salir de allí.

De aquellos charcos emanaba una especie de vapor, semejante al azufre, que me impedía respirar. Yo, aterrorizado empecé a llorar. Fue entonces que, por primera vez me habló el Espíritu que me acompañaba; con mucha calma y cariño me dijo:

“Hijo mío, es necesario que graves en tu mente estas desoladoras imágenes, para que puedas comprender la gran importancia que tiene el difundir la luz, donde se vive en las sombras. Nuestros hermanos infelices que tanto sufren aquí, sufren a consecuencia de su ignorancia, por su desmedido deseo de gozar en las sensaciones de la materia. Todos nosotros hijo mío, somos responsables de nuestra siembra, inevitablemente cogemos lo que hemos sembrado. Tenemos que difundir la luz y el esclarecimiento, para disolver la oscuridad y las sombras. Allí donde veas más oscuridad deberás realizar tu trabajo”.

Salí del trance, y me encontré en la misma posición que estaba antes del desprendimiento. Estaba sentado en la cama, llorando sin consuelo. Lo más significativo, es que la habitación estaba impregnada del mismo olor fuerte y asfixiante, que había sentido antes. Cuando conseguí serenarme, aún con lágrimas en los ojos, pude decir: “Señor Jesús, perdóname porque he estado ciego”.

La emoción que yo sentía en aquel momento, después de aquel desdoblamiento, de aquel viaje astral, con plena lucidez de

mis sentidos, no encuentro palabras ahora para describirlo; pues sentía dentro de mí una sensación que me confundía, y al mismo tiempo divisaba una gran claridad, lejos en el horizonte, que iluminaba el camino que debía seguir.

No bajé al comedor, ni salí de la habitación; lentamente me fui serenando, a las cinco de la tarde ya me encontraba bien, y seguro de haber comprendido el mensaje. Había llegado el momento, debía renunciar a mis deseos materiales, y cumplir el compromiso asumido con mi querido Maestro Jesús. Tenía que regresar a España, empezar una nueva vida; una vida de renuncia y de trabajo, al servicio del mundo espiritual, con el cual estaba comprometido.

El “Hotel Senador” donde estaba alojado, era un buen hotel familiar, el dueño era español, y yo fui recomendado por un amigo de ambos. Poco antes de la cena, subió a mi habitación, preguntándome si me encontraba bien, yo le agradecí su interés, y bajé con él al comedor.

Aquella noche me comuniqué por teléfono con mis amigos de San Pablo, la familia que con tanto cariño nos recibió cuando llegamos a Brasil. Les dije que estaba allí y que les haría una visita antes de irme. También me comuniqué con mi esposa, y le pedí que viniera a reunirse conmigo; yo ya había reservado la habitación con una cama para nuestro hijo. Naturalmente, por teléfono tuve que explicarle ligeramente todo lo sucedido, ella me escuchó con extrañeza diciendo: “mañana me lo explicarás todo mejor, tranquilízate y confiemos en Dios”.

Esa noche, conseguí descansar y dormir bien. Por la mañana, bajé a desayunar; aún no había acabado, cuando vi entrar al comedor, a mi buen amigo Jesús, con el que había hablado por teléfono la noche anterior. Él sin dejarme hablar, al mismo tiempo que me daba un abrazo, me decía: “¿cómo has podido hacer esto, venir a San Pablo y alojarte en un hotel? Ahora mismo te vienes a mi casa”. Yo intenté explicarle que

estaba esperando a Mari, y que tenía la habitación reservada, pero él no quiso escucharme; subimos a la habitación, cogió mi maleta, y sin atender a razones se bajó con ella y la puso en el coche y nos trasladamos a su casa, situada en la Av. D. Pedro I.

La familia me acogió con mucha alegría, y por la tarde fuimos a recibir a Mari, que llegó con el niño, alegre y contenta, sin cesar de hablar todo el tiempo. Después de la cena, nos retiramos a nuestra habitación, y tranquilamente, le conté todo lo que me había sucedido, y finalicé mi relato diciéndole: “tenemos que regresar nuevamente a España”. Ella se acercó a mí y cogiendo mi mano cariñosamente, me dijo: “tú sabes amor mío, que siempre iré donde tú vayas, nunca me separaré de ti, pero antes de hacer nada, debemos analizar algunos puntos que son de vital importancia”. Y comenzó relatando lo siguiente:

1. No tenemos dinero, después de pagar el pasaje, nos quedará muy poco; todos nuestros recursos están invertidos.

2. Ahora en España, con la dictadura franquista y el fanatismo de la iglesia católica, te resultará muy difícil cumplir tu misión.

3. Este punto considero que es el más difícil. Regresamos a nuestro país, para empezar una vida nueva, para empezar desde cero; tenemos que instalarnos y encontrar un trabajo, y tú pronto cumplirás 51 años.

Esperé a que mi querida y fiel compañera, terminara de hablar, la abracé y le dije: “regresamos a España, Jesús es nuestro guía, y Él nos ayudará”.

Mi decisión estaba tomada, pero una terrible duda me estaba martirizando; la confección en Europa había evolucionado mucho, en los veinte años que habían pasado desde que me fui a Brasil. ¿Estaría en condiciones de enfrentarme a ese progreso? Esta duda me tenía muy preocupado.

Ya habían pasado dos días, y le dije a Mari: “tengo que salir, voy al hotel a despedirme y a pagar la cuenta”. El autobús me dejaba en la Plaça de Sé, muy cerca del hotel, y en esa plaza está la Catedral con su gran escalinata; yo andaba despacio y preocupado con la duda que me inquietaba. Sin saber porqué tuve el impulso de subir y entrar en la Catedral, en su interior no había nadie, excepto dos guardias de seguridad, las puertas estaban abiertas, su interior era muy grande, con bancos a un lado y a otro, sus techos muy altos, pero lo que más me impresionó fue, que no tenía imágenes, ni confesionarios, ni púlpitos, sólo el altar con una imagen de Jesús crucificado; el ambiente era muy acogedor, me senté en un banco, y en estado meditativo perdí la noción del tiempo.

La preocupación que tenía, fue desapareciendo poco a poco, y al mismo tiempo, casi en estado inconsciente, aparecía ante mi vista un sistema de corte profesional, sencillo y claro, que se fue materializando en mi mente. Yo no salía de mi asombro, mis dudas habían desaparecido.

Salí de la Catedral, me dirigí al hotel, me despedí del dueño y regresé a la casa de mis amigos. Lo primero que hice al llegar, fue dibujar en un papel cartón, todo el sistema de corte que había visualizado en aquellos momentos meditativos; aún hoy después de 35 años, conservo aquel cartón, con los apuntes que tomé.

Dos semanas después regresamos a Río, empecé a utilizar el nuevo sistema de corte, haciéndole ropa a Mari, y el sistema era perfecto, no tenía que rectificar nada en las pruebas. Este sistema de corte profesional, tan perfecto, fue primordial para promocionarme, en la empresa, donde más tarde conseguí hacerme el responsable, de la sección de modelaje.

Después de todo esto, empezamos con los preparativos del viaje, reservamos pasaje en el próximo barco que salía para España, y finalmente el día 14 de octubre de 1.970, embarcamos

en el trasatlántico “Cabo San Vicente” en Río, y el día 30 del mismo mes, llegamos a Barcelona. Seguimos nuestro viaje por carretera hasta Orihuela, nuestro pueblo natal; nos instalamos en la casa de los padres de Mari, quienes habían recibido la noticia de nuestra llegada, con mucha alegría. Durante unos días, nos estuvieron visitando familiares y vecinos, todos se alegraban de nuestro regreso.

Iban pasando los días, y mi sonrisa se iba tornando forzada, pues estaba preocupado, no me sentía bien en aquel ambiente; Mari que sabía cómo me sentía, me decía: “no te preocupes, Dios nos ayudará, tenemos que confiar en Él”. Yo tenía fe y confiaba en la ayuda del mundo espiritual, pero también era consciente de lo difícil que era mi situación; tenía que empezar una nueva vida, y a mi edad no sabía cómo ni dónde encontrar trabajo y divulgar el Espiritismo.

España continuaba bajo la dictadura del general Franco, intolerante e intransigente, sin libertad de expresión, la única creencia religiosa permitida era la católica apostólica romana; el único partido político, la Falange.

Pasamos los primeros quince días con la familia, hasta que finalmente me fui a Madrid, con la esperanza de encontrar un buen empleo.

Durante quince días busqué trabajo inútilmente, y decepcionado me trasladé a Barcelona, esperando tener mejor suerte; allí estuve dos semanas buscando trabajo, con el mismo resultado. Mi moral ya estaba muy baja, y en esa situación volví a Orihuela.

Mari, se esforzaba en darme ánimos, pero en realidad ya no tenía argumentos para seguir.

Habían pasado dos meses desde nuestro regreso, yo me encontraba desorientado, sin saber qué hacer. En mis oraciones, muy afligido, me expresaba así:

“Señor Jesús, tengo fe y no dudo de Ti, pero ¿en qué he fallado Señor?. Yo asumí un compromiso que deseo cumplir, pero ¿cómo puedo realizarlo si no tengo recursos?. Ayúdame Jesús, para que pueda realizar mi trabajo, yo quiero ser un servidor tuyo, el más pequeño y el más humilde de todos”.

Llegaron los tristes días de Enero, habían pasado dos largos meses desde mi regreso, mi estado de ánimo estaba bastante bajo, me sentía desorientado sin saber qué decisión tomar, rechazaba la idea de regresar nuevamente a Brasil, pero tampoco encontraba una salida razonable para solucionar mi lamentable situación. Mari se esforzaba en animarme, pero lo más triste es que ella también estaba cayendo en el desánimo.

Así estaban las cosas, cuando se presentó en casa de mis suegros, un señor, que según nos dijo, dirigía una importante fábrica de confección de señora, donde trabajaban novecientas personas. Este señor me dijo, que sus jefes querían hablar conmigo, para ofrecerme un puesto de trabajo; tenían ciertas referencias sobre mi capacidad profesional y estaban muy interesados en conocerme y llegar a un acuerdo si fuese posible. A continuación me pidió que le acompañara. Ante tales argumentos, apenas pude disimular mi alegría, así que acepté su invitación y subí al coche con él.

Llegamos a la empresa, que estaba situada en las afueras de la ciudad, en una extensión de terreno bastante grande. Pasamos directamente al despacho de los dueños de la fábrica, eran dos socios, que me recibieron con mucha amabilidad y después de las debidas presentaciones, me insistieron para que viera primero las instalaciones de la fábrica. El movimiento que allí había, impresionaba por su volumen, pero causaba mala impresión por su desorden: novecientas personas trabajando en un espacio demasiado reducido, prendas confeccionadas amontonadas por todas partes. En resumen, una falta de organización en todos los sentidos.

Regresamos al despacho, me preguntaron mi opinión sobre las instalaciones de la empresa. Yo sinceramente, les expuse mi parecer, entonces se miraron muy significativamente y me preguntaron, si quería trabajar para ellos; yo les contesté que todo dependía de las condiciones, se volvieron a mirar, y sonrientes me preguntaron: “¿cuánto quiere usted ganar?” Pasados unos segundos les dije: “si les digo lo que gano en Brasil, no se lo van a creer, aquí los salarios son muy bajos, así que ustedes me hacen una oferta, y yo les digo si la acepto o no”.

Uno de ellos tomó la palabra para decirme, que a los encargados les pagaban el doble que a los trabajadores, seis mil pesetas y a mí de momento, me pagarían diez mil; yo me puse en pie diciendo: “señores agradezco mucho su oferta, pero no me interesa, me despedí y me marché”.

Cuando llegué a casa, todos me estaban esperando, deseosos de saber el resultado de la entrevista. Les relaté con todo detalle lo sucedido, todos me escucharon con la máxima atención, sin decir nada, pero mi suegra no se pudo contener y exclamó:

“¡Pero muchacho tú no sabes lo que has hecho, esto no es América!”. Y siguió diciendo: “lo que te han ofrecido no lo gana aquí nadie, ni un director de banco, con ese dinero os sobraría para vivir, sin carecer de nada”.

Mari sin decir nada, me miró interrogante, yo me dirigí a ella diciéndole: “nosotros no hemos venido aquí a vivir la vida, y sí a realizar un determinado trabajo, por tanto lo que me han ofrecido no es suficiente”. Y así dejé cerrado el asunto.

En un pueblo como Orihuela, y en aquella época, se corrió enseguida la noticia de todo lo sucedido, y mi rechazo a la oferta de trabajo que me habían hecho.

Unos días después, se presentó en casa una señora para decirme, que tenía un taller con cuarenta empleadas, que estaba

preparando un muestrario femenino, y no tenía capacidad suficiente para hacer esas muestras que necesitaba de chaquetas de señora, y por eso buscaba mi ayuda. Yo me comprometí a solucionar su problema, y en dos semanas le hice un pequeño muestrario de diez chaquetas. Cuando estaba acabado, me preguntó cuanto debía pagarme y yo le dije que lo dejaba a su voluntad. Ella agradeciendo de forma exagerada el favor que le había hecho, me pagó treinta mil pesetas.

Recibí de nuevo la visita del director de la empresa de confección, para decirme que sus jefes seguían interesados en hablar conmigo, y que por favor le acompañara al día siguiente hasta la fábrica, para hablar con ellos.

Me recibieron amistosamente, me invitaron a tomar un café y seguidamente pasamos a tratar el tema que nos reunía allí.

Escuché atentamente todos sus argumentos, todos los inconvenientes que tenían para abastecer el mercado, y también el compromiso que asumían conmigo, para subirme el sueldo cada año; aún así aumentarían su primera oferta en dos mil pesetas. Terminaron de hablar, y en silencio sin dejar de mirarme, esperaban mi contestación. Yo muy seriamente, les agradecí la oferta que me hacían, porque realmente era buena, pero debido a mi situación, no me interesaba, así que para no hacerles perder más tiempo, les hice saber, que sólo aceptaría la oferta de trabajo si me pagaban el doble de lo que hasta ahora me habían ofrecido. Ellos algo sorprendidos, cambiaron unas palabras en voz baja y finalmente aceptaron mis exigencias.

Inmediatamente me incorporé al trabajo y durante seis meses se estuvieron haciendo cambios hasta que al fin me hice el único responsable de la sección de patronaje y modelaje de la empresa, que fue mejorando poco a poco; empresa en la que he trabajado durante casi treinta años.

HECHOS Y OBRAS DE UNA VIDA

Lo primero que hice, fue comprar una vivienda, con unos 106 metros habitables, que me costó 340.000 pesetas, a pagar en quince años (menciono el precio de la vivienda, para tener una referencia del valor del dinero en ese momento).

No pudimos comprar muebles, sólo teníamos un somier con sus patas y un colchón, y una camita para el niño, que tenía 5 años. Mis suegros nos regalaron una mesa de cocina, con tres sillas, un pequeño armario y dos mantas; un hermano de Mari, nos prestó un fogón de mesa para cocinar. Y así comenzamos a vivir, una de las épocas más importantes de nuestra existencia.

LA TRADUCCIÓN DE MI PRIMER LIBRO

El trabajo en la fábrica me dejaba poco tiempo libre, terminaba mi jornada laboral, cada día a las 22 h. y los sábados a las 14 h.

En España no se podía encontrar un libro espírita, así que para empezar mi trabajo de divulgación, tenía que traducirlo de otro idioma al español, y después imprimirlo. Elegí para esta primera impresión, un libro en portugués, dictado por el Espíritu de Pablo de Tarso; pensando que el nombre del apóstol causaría más respeto que el de cualquier otro autor.

La tarea no fue nada fácil, más de trescientas páginas traducidas a mano y con un tiempo muy limitado, me llevó más de seis meses, terminando la traducción, a finales del año 1.971. Ya tenía el libro pasado a máquina, listo para su impresión; lo difícil entonces, consistía en encontrar una imprenta que se atreviera a imprimirlo, porque esto suponía un gran riesgo, debido a la situación política que se vivía en España en esos momentos.

Tuve que recurrir a un familiar y amigo (primo hermano), que por ser falangista, tenía influencia en el régimen franquista. Mi primo Paco, asumiendo él toda la responsabilidad, consiguió que una imprenta de Elche (Alicante), imprimiera el libro clandestinamente. En un mes me entregaron el libro, por el que tuve que pagar un precio abusivo, debido a las circunstancias. De dos mil libros, pagué 500.000 Pts. (casi el doble de lo que me costó el piso, que había comprado hacía pocos meses). Esta fue la razón por la que durante algunos años, no pude comprar muebles para mi vivienda.

Aquí empezó mi trabajo divulgativo en España; distribuyendo el libro espírita gratuito por todo el país. Trabajo

que hoy, después de 35 años, continúo haciendo, no sólo en España, sino en todos los países de habla hispana.

Cada fin de semana, utilizando cualquier medio público, principalmente en autobús, me desplazaba a las ciudades más importantes, transportando la mayor cantidad posible de libros. Empecé la distribución en Málaga, y durante varios años, aprovechando las vacaciones y fines de semana, recorrí toda España, distribuyendo libros espíritas gratuitamente. Dejaba los libros en los bancos de los paseos, en las cabinas telefónicas, en las entradas de los edificios, en las estaciones de tren o de metro; sin importarme el riesgo que esto suponía. Fui sembrando un camino de luz por todo el territorio nacional, divulgando y dando a conocer la existencia del mundo espiritual.

Al mismo tiempo, mi trabajo en la fábrica de confección, era más intenso cada día, y mis recursos económicos iban aumentando también, así que me atreví a pedir un préstamo al banco para pagar el libro y a continuación, me compré un coche, financiado, pues no podía ser de otro modo. Una vez que tenía el coche, mi trabajo se hizo más cómodo pero más intenso, pues podía desplazarme con más facilidad, y llevar más cantidad de libros. Mari y el niño, el cual ya tenía seis años, participaron también en la “siembra” de los libros; nosotros nos sentíamos felices cuando, con mucha discreción observábamos a distancia, como alguien entraba en la cabina de teléfono y al encontrarse con el libro, con extrañeza lo abría, miraba a su alrededor y no viendo a nadie, con un movimiento rápido se lo guardaba y también rápidamente se alejaba de allí sin volver la vista atrás. Seguidamente, fingiendo una nueva llamada, poníamos otro libro en la cabina, y lo mismo hacíamos en las estaciones, y en los bancos de los paseos y plazas públicas; también dábamos libros en mano, a las personas que encontrábamos por las calles. Éste era el objetivo de mis viajes, y nadie podría imaginar, el bienestar y la sana alegría que se puede sentir, cuando empleamos todos nuestros recursos y empeño, para que un

semejante nuestro, encuentre algo de luz en su camino y consiga ser más feliz.

Mi esposa, también estaba cumpliendo su compromiso, pues, en muy poco tiempo ya se había dado a conocer, por lo que le faltaba tiempo para atender a tantas personas necesitadas de ayuda; personas mayores enfermas, que nadie cuidaba de ellas, otras que no podían salir solas a la calle o al médico, algunos de estos ancianos, tenían hijos, que no disponían de tiempo para atenderlos. Muchos acudían hasta nuestra casa, buscando a Mari, para que les pusiera una inyección, curara sus heridas, o midiera la tensión arterial. Ella se sentía muy feliz, y trataba a todos con cariño. Cuando alguien quería gratificar su trabajo, ella les decía: «llévalo a los frailes de San Francisco que son pobres y están necesitados de ayuda».

Nuestro hogar era un remanso de paz, armonía y felicidad. Los miércoles por la noche, siguiendo una costumbre que adquirimos en Brasil, a las 22:30 h. hacíamos el evangelio en el hogar, y esa noche no veíamos la televisión.

Siguiendo con la divulgación, en el año 1.974 pude imprimir otro libro, utilizando el mismo sistema que en el libro anterior, para imprimirlo y distribuirlo. Con este segundo libro fue más fácil la distribución, porque ya tenía amistades en varias ciudades de España (Málaga, Barcelona, Madrid), y pude depositar algunas cajas de libros en sus casas; estos amigos cooperaron de buena voluntad, ayudándome a la distribución; gracias a ellos, me relacioné y comuniqué con muchas personas, que me pedían libros y hacían consultas sobre temas espíritas, que yo con mucha satisfacción atendía, ampliando de esta manera mi trabajo.

En mi hogar, continuaba la armonía y la felicidad, mi esposa cumpliendo su compromiso y yo el mío. Estábamos aislados de nuestros amigos, por la necesidad de llevar un sistema de vida austero y extremadamente ahorrativo, pero que

era necesario para poder cumplir el compromiso asumido. Con este sistema de vida, adquirí la innecesaria fama de “tacaño”; también fui criticado por mis compañeros de trabajo, porque matriculé a mi hijo en una escuela pública, y por tener mi casa desprovista de muebles. Al año siguiente, ya en 1.975, pude comprar algunos muebles y cortinas; a Mari esto le hizo muy feliz, exclamando: “Gracias Dios mío, porque en este piso tan desnudo, me sentía yo también desnuda”.

Tras la muerte de Francisco Franco (jefe del Estado español), la forma política de España se convierte en una monarquía parlamentaria; por este motivo mi trabajo divulgativo se hizo mucho más fácil, pues a partir de ese momento no tuve que recurrir a la clandestinidad para la impresión de los libros, y pude distribuirlos con más libertad. Salieron de la imprenta, tres nuevos libros, que comencé a enviar por correo a muchos lugares de España, aun siguiendo con los desplazamientos a las ciudades más importantes, como Barcelona, pues, Cataluña fue una de las regiones donde esta campaña tuvo más éxito; quizá porque la habíamos visitado con más frecuencia, pues un hermano de mi esposa, vivía en Barcelona y podíamos alojarnos en su casa.

Mientras repartíamos los libros, aún con la dictadura franquista, cierto día pasamos por la puerta de un cuartel de policía nacional, en Barcelona, y Mari “muy atrevida” se acercó a los dos guardias que estaban en la puerta, y sin más, les ofreció un libro a cada uno de ellos, que lo aceptaron con extrañeza; les dijo que eran libros gratuitos, y les dio la dirección donde estábamos por si querían alguno más. Yo un poco alejado de ella, muy inquieto, miraba lo que estaba haciendo. Mari regresó a mi lado diciendo:

“¡Te das cuenta!, tú no querías que les ofreciera el libro, pues lo han aceptado, y me han dado las gracias, y yo les he dado nuestra dirección por si quieren algún libro más”. Yo muy alarmado le contesté:

“¡Qué has hecho, criatura!, son policías y cuando vean el contenido del libro, nos van a detener”. Mari me miró como si no me comprendiera, y acabó diciendo:

“¡No sé por qué te asustas!, el libro es precioso, y estoy convencida de que les va a gustar”.

Ante tales argumentos, no sabía cómo explicarle la realidad y la gravedad de nuestra situación, así que me callé y mentalmente, pedí ayuda a Nuestro Señor Jesús.

Al día siguiente por la mañana, llamaron al timbre, mi cuñada preguntó quien era antes de abrir la puerta; cuando escuchó decir: “ábranos somos la policía”. Ella con espanto, dijo: “¡la policía está aquí!”. Abrió la puerta y vio a dos policías acercarse hasta ella, que preguntaban por nosotros; mi cuñada les dijo, que éramos sus cuñados, y les invitó a pasar. Los guardias entraron, y dijeron que querían hablar conmigo. Yo que sin dejarme ver, estaba escuchando, salí y me presenté a ellos. El más joven se dirigió a mí para decirme:

-Ayer por la tarde, su señora le dio un libro a dos de mis compañeros; el tema del libro es muy interesante y al mismo tiempo, desconocido para nosotros, así que algunos de nuestros compañeros, desearían tener también algún libro de estos, si fuera posible.

Yo muy sonriente, y “aliviado” le contesté:

-Con mucho gusto les daré los libros que me piden.

Los dos policías, cruzaron su mirada, y el que había permanecido sin decir nada, se dirigió a mí para decir:

-¡Mire usted! No queremos abusar, pero somos unos cincuenta los que estamos interesados.

Sin pensarlo, les contesté:

-No se preocupen por eso, les daré una caja que contiene cincuenta libros.

Me dieron las gracias y se despidieron, pero antes de marcharse me preguntaron, porqué daba los libros sin cobrar nada. Yo asumiendo una cierta apariencia religiosa, les expliqué:

-Estuve muy enfermo, casi moribundo, y le hice una promesa a nuestro Señor Jesús; le dije que si me ponía bien, haría esto que estoy haciendo, y como me he curado, estoy cumpliendo mi promesa.

Me escucharon atentamente, pero con acento bromista, uno de ellos, acabó diciendo:

-Yo nunca he creído en los milagros, aunque parece que sí que existen; y se marcharon, llevando consigo los cincuenta libros.

Los tres nos miramos y respiramos profundamente. Mi cuñada exclamó: ¡Qué miedo he pasado!, Mari me abrazó muy contenta, y yo, sólo pude decir: ¡Gracias Dios Mío!.

EL ARREPENTIMIENTO

Antes de seguir con los episodios de mi vida, quiero recordar uno de gran importancia, porque me recuerda la gran sabiduría del filósofo que dijo: “Daría todo lo que sé, por un poco de lo mucho que ignoro”.

Yo no tuve en cuenta la sabiduría de estas palabras, e imprudentemente seguí un camino equivocado.

El 20 de noviembre de 1.975, fallecía el general Franco; dos días después, las Cortes designaban a D. Juan Carlos de Borbón, Rey de España. Así se iniciaba La Transición Democrática; aunque fue en julio de 1.976, cuando se logra romper con la estructura franquista, con el nombramiento por el rey Juan Carlos I, de Adolfo Suárez como presidente del Gobierno.

En España ya se podía comprar libros y hacer uso del derecho a la palabra; la democracia era una realidad. Yo me sentía feliz y realizado, porque en plena dictadura había impreso dos libros clandestinamente, y los había repartido gratuitamente por toda España.

Mi trabajo había sido un éxito, así que pensaba que ya podía regresar a Brasil y seguir allí cumpliendo con mi compromiso. Estos eran mis pensamientos; ¡mi vanidad nuevamente me engañaba! Y los espíritus, “mis amigos de siempre”, dejaron que siguiera el camino equivocado, porque debía aprender de mi propio fracaso, así es como aprendemos a vencer nuestro orgullo; y nuestra propia experiencia, nos hace más fuertes y más sabios.

Con un falso pretexto, justifiqué mi ausencia en la empresa donde trabajaba, y después de seis años de renuncia, sacrificio y dedicación, al servicio de un sublime ideal,

divulgando el Espiritismo, sin escatimar esfuerzo, desafiando y venciendo los peligros que en aquella época suponía, el distribuir una literatura contraria a los principios ideológicos del régimen político, a pesar de todo esto, pleno de alegría y felicidad, preparé mi viaje de regreso a Brasil.

El día dos de noviembre de 1.976, junto con mi esposa y mi hijo, embarcamos en el trasatlántico “Cabo San Vicente” de nuevo, pero en esta ocasión, rumbo a Río de Janeiro. Después de un viaje tranquilo y feliz, llegamos a Brasil el día 16 del mismo mes, y nada más llegar nos trasladamos a nuestra casa de Piratininga, en Niteroi.

Dos días después, fui a visitar la empresa donde trabajaba antes de irme a España; me recibieron con gran alegría, y aquella misma semana, empecé a trabajar allí, nuevamente.

Todo parecía ir bien, y así sucedió durante unas semanas, pero ese bienestar desapareció de forma súbita, fue como una tormenta de verano.

Sólo habían pasado dos meses, y empecé a sentirme mal; Mari me preguntaba, “¿qué te pasa, te veo aislado, preocupado, ausente?”, y me acariciaba queriendo compartir conmigo, ese malestar que yo sentía. Yo no sabía explicarle lo que en realidad me pasaba, pero un sentimiento de culpa se estaba apoderando de mí, y cuando hacía mi oración por las noches, sin poderlo evitar me asaltaba el llanto.

Pasó el verano^(*) y llegado el mes de abril de 1.977 tuve que dejar mi trabajo, porque no estaba en condiciones de seguir allí, me sentía inseguro y distraído, sumido en mis propios pensamientos.

(*) El verano en Río de Janeiro es caluroso y húmedo, abarca los meses de diciembre a febrero, con una temperatura promedio de 30° C. La ciudad de Río está situada al sureste de Brasil.

Cuando llegué a casa y le comuniqué a mi esposa, que había dejado el trabajo, porque me sentía incapacitado para realizarlo, ella me abrazó con cariño diciéndome: “Amor mío, no desanimas, tú eres un Espíritu fuerte y si has caído al empezar la batalla, también tienes el valor y el coraje necesarios para levantarte y seguir en la lucha, hasta conseguir la victoria final. Jesús nuestro buen amigo, nunca nos abandonará, y yo amor mío, siempre te apoyaré y te seguiré, siempre estaré a tu lado”.

Aquella noche hicimos la oración juntos, y con lágrimas de verdadero sentimiento, me fui a dormir bastante más tranquilo, en realidad me sentía bien. A las cuatro de la madrugada me desperté sin poder dormir, mas con la mente despejada y con una idea dominante, como si recordara algo que tenía olvidado. En un principio no comprendía el sentido de la idea que dominaba mi mente, pero cada vez se hacía más fuerte y clara, y durante dos horas sólo pude pensar en ello. Intentaré resumir lo que pasó por mi mente aquella madrugada:

«Te sientes mal, porque eres un Espíritu que siempre ha cumplido sus compromisos, por esto hemos puesto nuestra confianza en ti, el trabajo a realizar es muy importante; siempre hemos estado, estamos y estaremos contigo. Te preparaste durante mucho tiempo para poder realizar este trabajo, y nada más empezarlo, lo das por terminado. Influenciado nuevamente por tu eterno enemigo “tu orgullo”, ¡humíllalo! Y regresa para continuar tu trabajo, que en realidad aún no ha empezado. Te tienes que ver solo y enfermo, para realizar el gran trabajo de tu vida».

Yo no comprendía el sentido de aquellas palabras, sólo tenía una visión clara de lo que tenía que hacer; ¡tenía que regresar a España y continuar mi trabajo!

No podía imaginar, que diez años después, Mari, mi querida compañera, me dejaría solo, para regresar al mundo espiritual. «Mi cuerpo enfermaría lentamente y mi Espíritu se

fortalecería con el sufrimiento; el deseo de cumplir mi compromiso y de conseguir mi redención espiritual, me daría fuerzas para vencer todos los obstáculos y ser un humilde y pequeño servidor de mi querido Maestro y Señor Jesús».

Cuando hablé con Mari, y le expliqué mis pensamientos y la decisión que nuevamente había tomado, ella me dijo: “siempre estamos a tiempo de rectificar, reconocer nuestros errores es una virtud. Tenemos que regresar... ¿pero y el trabajo?”.

Me miró con cariño, se acercó a mí, pasó su brazo por mi cuello y me preguntó, ¿sabes cómo se combate el orgullo? Y sin esperar mi contestación, acabó diciendo: “con la humillación” y continuamos abrazados, sin hablar, durante unos minutos.

Yo la escuché, dejé que hablara, pero al mismo tiempo me preguntaba a mí mismo:

“¿Cómo has sido capaz? Después de seis años de sacrificios y privaciones, después de renunciar a un sistema de vida y un bienestar, conseguidos con veinte años de trabajo, y de empezar una nueva vida a los 51 años de edad. ¿Cómo has sido capaz después de 25 años de estudio y trabajo espírita, cometer un acto semejante?”

Mari seguía junto a mí, mirándome, esperando que yo le respondiera. Cuando logré salir de mi aislamiento, la abracé de nuevo y sollozando, le dije: “¡Que el Señor Jesús, tenga piedad de mí!”

Aunque la situación era preocupante, lentamente me fui tranquilizando, parecía que los espíritus amigos, me estaban socorriendo.

Aquella noche dormí bastante bien, y al día siguiente me levanté muy animado; cuando acabé el desayuno, me comuniqué por teléfono con mi jefe, dueño de la empresa de confección y después de pedir disculpas por mi comportamiento, le pregunté si

aún le interesaba mi trabajo, porque pensaba regresar a España. Él me contestó diciendo, que mi puesto en la empresa era insustituible, pero que el día 1 de junio tenía que estar allí, en mi puesto de trabajo, porque empezaba el muestrario de invierno.

Esta noticia, nos causó gran alegría, pero también gran preocupación, pues cuando hicimos este equivocado viaje de regreso a Brasil, fue con la intención de quedarnos allí, así que nos llevamos todo lo que nos fue posible, que ahora teníamos que traerlo de vuelta, por lo que era necesario regresar en barco. El trasatlántico que más pronto pasaba por Río de Janeiro, era el “Eugenio C” (un barco italiano), salía de Río el 22 de octubre y llegaba a Barcelona el 7 de noviembre.

Yo sabía que preparar todo el equipaje, embarcarlo y cuidar de un niño de 10 años, no era una tarea fácil, pero Mari, muy valiente y animosa como siempre, me tranquilizó diciendo, que no me preocupara, porque con la ayuda de Dios, todo tenía que salir bien.

El día 29 de mayo de 1.977, regresé en avión a España, y el primer día de junio me presenté en la fábrica. Me incorporé a mi trabajo, de forma natural, como si no se hubiese interrumpido, pero mi pensamiento estaba con mi familia; contaba los días que faltaban hasta el 7 de noviembre, que se reunirían conmigo.

Finalmente llegó ese día; fui al puerto de Barcelona a recibir a mi esposa y a mi hijo. Nuestro encuentro fue muy emocionante, dando gracias al Buen Jesús, por su tolerancia y por la oportunidad que nuevamente nos daba.

Alquilé una furgoneta de transporte público y ese mismo día regresamos a Orihuela, llegando a nuestra casa ya de madrugada.

Al día siguiente, reanudamos nuestra vida, después de un año, estando en el mismo punto donde la habíamos interrumpido;

recordando con tristeza, la terrible “pesadilla” que por un momento de debilidad, tuvimos que vivir.

Este triste capítulo de mi vida, me ha dado el conocimiento y el convencimiento, de que un Espíritu que emprende un determinado trabajo, y que lo lleva a cabo sintiéndose seguro por la labor realizada, en un momento de debilidad, puede caer de su “caballo” porque el orgullo nos juega malas pasadas, pero este Espíritu, si es capaz de levantarse y emprender de nuevo el camino, lo hará con más brío, con más fortaleza, y entonces se sentirá más fuerte que antes de su caída.

Nota del Autor: No quería incluir en el libro, este triste capítulo, el cual está impregnado de muchos recuerdos y sentimientos, que al revivirlos mientras escribía, han abierto heridas del pasado; pero he considerado la importancia de dicha enseñanza, por la petición insistente de Ana M^a García, para que incluyera esta parte de mi vida.

ASUMO DE NUEVO LA RESPONSABILIDAD
DE MI TRABAJO

Una vez reunida la familia de nuevo en España, reanudamos nuestro trabajo, interrumpido equivocadamente.

Yo dedicado al trabajo en la fábrica, y divulgando el Espiritismo por todo el país, y Mari realizando su caritativa labor, con total dedicación, transcurriendo nuestras vidas, de forma sencilla y feliz. Así llegamos hasta mediados de 1.980; aquel verano hacíamos planes para tomarnos, por primera vez, unas vacaciones, pero no podíamos pensar, que estaba llegando el momento de sufrir una gran prueba, muy dolorosa y triste.

Inesperadamente Mari notó una pequeña dureza en una mama, cuando me la mostró era tan pequeña, que difícilmente se podía localizar. Yo la tranquilicé diciéndole, que no tendría la menor importancia; al día siguiente fue a su médico, éste la examinó y algo preocupado la envió al cirujano. Ella regresó también algo preocupada, y me pidió que al día siguiente la acompañara en la visita al cirujano.

Llegamos los dos a la consulta, el cirujano examinó detenidamente a Mari, y ella enseguida le preguntó: “¿es grave doctor? Dígame la verdad, yo soy enfermera”. Él le contestó: “aún no puedo decirle nada, primero tenemos que hacer unas radiografías, y si fuese necesario, otras pruebas, para saber qué clase de tumor es, así que no hay que alarmarse antes de tiempo”. No obstante, nos fuimos preocupados, esperando el resultado de las pruebas. Dos días después, volvimos a la consulta con las radiografías, el doctor las examinó con mucha atención, y en tono grave, nos comunicó que había que operar lo antes posible. Mari con la mirada fija en el doctor, le preguntó:

“¿Quiere decir, doctor, que tengo cáncer?”.

Él suavizando el tono de su voz, le contestó:

“Sí, pero tenemos suerte de haberlo cogido a tiempo”.

Un mes después, operaron a mi esposa de un cáncer de mama, con extirpación de la mama derecha, más los ganglios linfáticos de la axila. Cuando salió de la clínica, el cirujano le prescribió veinticinco sesiones de radioterapia, que se efectuaron con toda su crudeza y dolor. Cuando acabó este tratamiento, le hicieron nuevas pruebas, y con gran alegría para nosotros, nos comunicaron que ya había pasado el peligro. La operación había sido un éxito, y en adelante, podía hacer su vida con toda normalidad

Mari, continuó dedicada por completo a su trabajo, indiscutiblemente, era un Espíritu valiente, que no se dejaba acobardar; pero también tenía un cuerpo con una apariencia bonita, cuidaba mucho de su imagen, vestía bien y sus movimientos eran de una natural elegancia. No obstante, la pérdida de un pecho, de momento influyó negativamente en su carácter, pero en poco tiempo venció esa influencia, volviendo a su estado normal. Era simpática, jovial, expresiva y con una natural facilidad para simpatizar con las personas; así llegó a tener una cierta amistad con su médico-cirujano, visitándolo algunas veces.

En el verano de 1.984, el doctor la llamó por teléfono y le pidió que fuese a verle. Mari, sorprendida por la llamada, me pidió que la acompañara. Al día siguiente, cuando llegamos al consultorio, el doctor nos recibió muy contento, diciendo:

-Te hice venir porque me siento mal, viéndote tan elegante y con esas cicatrices tan horribles que tienes debajo del brazo, producidas por los puntos que te di en la operación. Lo he comentado con un colega y amigo mío de Murcia (ciudad próxima a Orihuela), especialista en cirugía estética, y está dispuesto a operarte, te garantizo que no quedará ninguna

cicatriz, y por supuesto, no te cobrará nada de su trabajo, ¿qué te parece?

Mari sonriente me miró, buscando mi aprobación, y comprendiendo el significado de su mirada, le dije:

-Si tú lo deseas, no veo inconveniente alguno.

Antes de acabar nuestra entrevista, el doctor le marcó el día que debía hacerse las pruebas, necesarias para someterse a una nueva intervención. Así lo hicimos, y cuando tuvimos las nuevas radiografías, enseguida fuimos a entregárselas; de inmediato las puso en la pantalla luminosa para examinarlas. Por un momento, el doctor se quedó inmóvil, su cara palideció, y con expresión seria, tuvo que decirnos que había una mancha sospechosa en el pulmón izquierdo.

Para nosotros también fue una noticia inesperada, es muy difícil explicar lo que mi esposa y yo sentimos en aquel momento. Mari fue la primera en reaccionar, y directamente preguntó:

-Doctor, ¿tengo cáncer de pulmón?

Él la miró, y sin contestar a su pregunta, escribió unas líneas en un folio, lo metió en un sobre, lo cerró y me lo entregó, diciendo:

-Mañana a primera hora, tenéis que presentaros en el hospital de Alicante, le entregáis este sobre al doctor R..., que es el mejor especialista que tenemos para tratar esta patología.

A las 8h. del día siguiente, llegamos al hospital y tuvimos que esperar casi dos horas, hasta que el doctor nos recibió; le entregamos el sobre, él lo leyó, y sin hacer ningún comentario, mandó a hacer radiografías a Mari, de nuevo, y dos horas después nos recibió para un nuevo reconocimiento. Examinó detenidamente las nuevas radiografías, y nos hizo algunas

preguntas; suavizando bastante la expresión seria de su carácter, en tono tranquilizador, se dirigió a mi esposa, diciendo:

-Tienes cáncer de pulmón, pero lo hemos detectado a tiempo, y estoy seguro de que vamos a poder vencerlo. Tienes que empezar ya, un tratamiento con quimioterapia, en el “Hospital Perpetuo Socorro”, es el que está mejor preparado para este tipo de tratamiento, así que os vais directamente a presentaros allí.

Nos despedimos de él y nos trasladamos con todas las pruebas que teníamos hechas, al hospital indicado. Llegamos hasta allí, entregamos todos los documentos y radiografías, y nos marcaron un tratamiento de quimioterapia por semana, todos los jueves.

De regreso a nuestra casa, deseaba animar a Mari, pero no tenía argumentos para ello, ¡qué le podía decir yo! Si la fe que ella tenía era mucho mayor que la mía; sólo pude abrazarla y decirle con lágrimas en los ojos: ¡Dios sabe, amor mío, que deseo compartir contigo todo el sufrimiento, siempre me tendrás a tu lado, pero tenemos que confiar en Nuestro Señor Jesús! Ella se sentó a mi lado, emocionada y mirando la imagen de Jesús, que teníamos en el salón, frente a nosotros, le habló como si en realidad lo estuviese viendo:

“Señor, yo creo en Ti, confío en Ti, acepto tu voluntad y te ofrezco mi vida, pero con toda humildad, te pido fuerzas para soportar el dolor y para seguir realizando mi trabajo, porque ante todo, quiero cumplir mi compromiso hasta el fin de mi vida”.

Al día siguiente, jueves, a las 9 de la mañana, ya estábamos en el hospital, esperando que nos recibiera el médico que debía poner el tratamiento. Al fin llegó nuestro turno, y entramos a la consulta, nos recibió un hombre alto, de mediana edad, con buenos modales, pero serio, de pocas palabras. Nos

invitó a sentarnos, mientras él leía el historial que tenía sobre la mesa; una vez que hubo examinado todo el historial médico, nos confirmó la manifestación del cáncer en el pulmón izquierdo, enseñándonos la radiografía e indicando una mancha, del tamaño de un centavo. Mari que tenía tan buen ánimo, propio en ella, preguntó:

-¿Doctor, esto tiene cura?

Él le contestó:

-Espero que sí, ya he tratado casos en peores condiciones, y se han curado.

Nos hizo pasar a una habitación contigua, para empezar el tratamiento con quimioterapia, y antes de marcharse dijo:

-Debes comprarte una peluca, porque enseguida se te caerá el pelo.

El enfermero que le aplicaba el tratamiento, tenía mucha práctica, y era muy agradable. Primeramente habló con Mari, explicándole con mucha paciencia, todo el malestar que iba a sentir, le dijo que tenía que tener mucha calma, que después de doce horas, pasarían todas las molestias. Mientras le hablaba, la fue preparando, la sentó en un sillón, y lentamente le fue inyectando aquel líquido. Yo la observaba desde el asiento que me habían asignado, y me daba cuenta del terrible efecto que aquella sustancia, estaba causando en ella; su cuerpo perdía toda su energía, su color natural se tornaba en una piel verdosa y envejecida, reflejándose en su cara una sensación de dolor y angustia. Cuando acabó de pasar aquel líquido, permaneció sentada en el mismo sillón durante media hora, hasta que con la ayuda de un profesional, pude levantarla y llevarla hasta el coche, y en esta angustiosa circunstancia, llegamos a nuestra casa, en Orihuela. Circunstancia que se repitió en distintas temporadas, durante varios años.

Cada jueves después de las sesiones, al llegar a casa, siempre encontrábamos a un vecino, que nos ayudaba a que Mari saliese del coche y entrara en el ascensor, hasta dejarla sentada en el sofá, pues ella no quería estar en la cama. Así pasaba el resto del día, con náuseas y sin poder comer nada.

A la mañana siguiente, antes de salir yo para el trabajo, ella ya estaba levantada, preparándose y arreglándose para salir, pues nunca descuidaba su aspecto. Yo le preguntaba:

-¿Qué estás haciendo, dónde vas?

Y ella, con una ingenua sonrisa, me contestaba:

-Mis enfermos me están esperando. Tranquilízate, no te preocupes, estoy bien.

Tal y como el doctor le había anunciado, sucedió. El pelo se le había caído, y llevaba una peluca que arreglaba y peinaba cada semana en la peluquería. Así pasaron tres largos años, soportando el dolor y las noches sin poder dormir; pero ella, con su paciencia y resignación, con ese heroico valor, cumplía siempre con su trabajo, el cual para ella era un compromiso espiritual, que mantuvo hasta los últimos días de su existencia.

Cada cierto tiempo, el médico que la trataba, le hacía nuevos reconocimientos y pruebas, siguiendo con máximo interés, todo el proceso de la enfermedad; hasta que un día, ya en el año 1.988, nos comentó su extrañeza ante el caso de mi esposa, porque después de un tratamiento tan largo, la mancha del pulmón no desaparecía, estaba igual en tamaño y apariencia, como si fuese una cicatriz. Al comentarnos esto el doctor, Mari ilusionada, le preguntó si podía hacer un viaje a Brasil, él le sonrió y le contestó que no había ningún inconveniente para ese viaje, y añadió: “precisamente pensaba suspender el tratamiento de quimioterapia, sustituyéndolo por otro más suave en forma de comprimidos, que deberás tomarlos tres veces por día”.

Nuestro deseo era viajar a Río de Janeiro, para visitar el “Templo Tupyara” y que allí le hicieran a Mari una operación espiritual.

Tomé unas vacaciones en la empresa y el primer día de julio, salimos para Brasil; hicimos el viaje en avión, y en nueve horas llegamos a Río. Enseguida nos trasladamos a nuestra casa de la playa, que estaba cuidada y preparada, gracias a una buena amiga que se encargó de todo mientras estábamos en España.

Al día siguiente fuimos al “Templo Tupyara” y nos recibieron muy cariñosamente. Ese mismo día la operaron y durante tres semanas, se sometió al tratamiento necesario, propio después de la operación espiritual. Este mes de julio fue el más doloroso de su larga enfermedad; tanto de día como de noche, el dolor era insoportable. Por las noches se acostaba y cinco minutos más tarde se levantaba de la cama, yo la acomodaba en el sofá, en el cual duraba otros cinco o diez minutos más, dejando el sofá para seguir deambulando por la casa. Ella me decía: “descansa tú”; pero cómo podía yo descansar, si ella estaba caminando toda la noche, como un alma en pena, ahogando sus gemidos. Con voz muy bajita le oía decir: “*Jesús mío, dame fuerzas, no aguanto más, ¿por qué me mandas tanto dolor Señor?*”. Así pasaban los días.

Finalmente, el día cinco de agosto, tomamos el avión de regreso a España. Inyectándole morfina, pudo soportar el viaje. Llegamos al aeropuerto de Alicante, y en taxi regresamos a casa. Una vez allí, ya no se pudo mover; pocos días después, en una ambulancia la trasladaron hasta el Hospital, donde permaneció hasta el día veinticuatro. Ese día, a las tres de la tarde, sin abrir los ojos, cogió mi mano y con mucha paz y una expresión de suma tranquilidad en su rostro, desencarnó.

¿Qué sentí yo en aquel momento? Sentí una inmensa tristeza por la separación del ser que más he querido en este mundo. Hubiese querido acompañarla, me sentía solo sin ella,

era como si me hubieran arrancado la parte más importante de mi ser, que nada ni nadie podía sustituir. Pero al mismo tiempo me sentía feliz, una sensación de paz me envolvía. Mi querida compañera había dejado de sufrir, rompiendo los dolorosos grilletes de su prisión, y yo vivo con la esperanza de que llegue el feliz día, que pueda reunirme con ella.

Pasaron los días, las semanas, y los meses; mi trabajo laboral aumentó, y mi trabajo divulgativo también, mi tiempo estaba siempre ocupado pero aún así me sentía solo, su ausencia me entristecía, sentía su falta, necesitaba de su compañía. Cada día, a la hora de la comida del mediodía, ella tan cariñosamente me preparaba los platos que a mí me gustaban, así que cuando me sentaba a la mesa, yo solo, su recuerdo acudía a mi mente, mis ojos se llenaban de lágrimas y enseguida dejaba de comer. La emoción me dominaba en esos momentos y en pocos meses perdí 22 kg. Mi aspecto, realmente, era el de un enfermo.

LA JUSTICIA DIVINA

Cuando mi esposa aún vivía en este plano material, se ilusionaba con ideas de futuro, las cuales casi nunca se realizaban; ella me decía: “cuando te jubiles pasaremos el invierno en Brasil, cerca de la playa y cuando llegue el buen tiempo regresaremos aquí de nuevo, porque yo me resiento mucho del húmedo y frío invierno que tenemos en España”.

Una vez cumplidos los 65 años, tuve que explicarle a Mari, que aún tenía que continuar trabajando tres años más, porque había habido una reforma del sistema público de pensiones en España, en la que se exigía una serie de años cotizados para tener derecho a la pensión por jubilación, y yo no tenía cotizados a la Seguridad Social lo años suficientes para poder jubilarme. Pero antes de que llegara esta fecha, Mari desencarnó, partiendo para el mundo espiritual en el mes de agosto de 1.988. Yo me sentí muy solo, así que vendí la casa de Piratininga, y cumplidos los 68 años en lugar de jubilarme en mi trabajo laboral, como tenía previsto, continué en él hasta los 78 años, deseoso de obtener más recursos para seguir divulgando la doctrina espírita con más intensidad, para hacerla llegar gratuitamente a los más pobres y más necesitados, que sufren las injusticias de todos los tiempos.

El Espiritismo revela la causa de todo sufrimiento y al mismo tiempo es una esperanza consoladora, que da fuerzas para soportar las desgracias de esta vida y la seguridad de un futuro mejor, confiando siempre en la justicia de Dios. Yo creo firmemente en la justicia divina. Trabajo y empleo mis recursos en divulgar esta creencia, acepto mi soledad, mis enfermedades y privaciones como una bendición de Dios; le doy las gracias cada día por la fuerza que me da para soportar todas las pruebas, y me siento el hombre más feliz de este planeta.

Ya se había legalizado, de nuevo, el Espiritismo en España, pues la guerra civil y el comienzo de la dictadura, habían hecho desaparecer la Federación Espírita Española, así como los centros espíritas que existían. Sólo después de casi cincuenta años, se pudo volver a legalizar el Espiritismo. Ya se podía comprar libros espíritas y como yo había impreso cinco libros de diferentes títulos, me puse en contacto telefónico con Rafael González Molina, en Madrid, que era el presidente de la Federación y tenía la exclusiva de los libros espíritas en España y le compré grandes cantidades de libros que yo no podía imprimir, como los de André Luiz y otros. Estos libros fueron distribuidos gratuitamente a todos los grupos y centros espíritas de España.

Con todo esto, yo no podía imaginar que la parte más difícil, más dolorosa y necesaria para la evolución de mi Espíritu, aún estaba por llegar, y que al mismo tiempo debía realizar el trabajo divulgativo más importante de mi vida.

* * *

Habían pasado treinta y ocho años desde el feliz día que conocí el Espiritismo, durante todo ese tiempo estudié y practiqué sus enseñamientos, pero ahora me pregunto:

“¿Conocía yo en realidad el verdadero sentido de la transformación espírita? Honestamente, tengo que decir que no”.

Sí es verdad que renuncié a una vida fácil en mi querido Brasil, para regresar nuevamente a la España franquista, empezando una nueva vida con 51 años de edad, sacrificando todos los bienes materiales, para financiar la importante campaña del libro gratuito, que aún hoy estoy realizando. También es verdad que soy serio en mis convicciones y cumplo siempre mis compromisos, y yo asumí uno con mi Buen Jesús, que siempre

he deseado cumplir, estoy cumpliendo y seguiré en este empeño hasta el último hálito de mi vida.

Debo ser sincero, y reconocer que la transformación interior que debe sentir un verdadero espírita, se dará cuando éste sea capaz de vivir en la vida material, poniendo en primer lugar los intereses de la vida espiritual; que es la verdadera, la que siempre sobrevive a los cuerpos de la materia. La transformación interior sólo se manifestó en mí, después de que mi querida compañera regresara al mundo espiritual. Entonces, sentí un gran vacío, me faltaba su compañía que para mí era tan necesaria.

¡Siento su presencia cerca de mí, que me anima y me dice: “Ten paciencia, acaba tu trabajo y estarás en condiciones de regresar aquí”!

Hoy me siento fuerte y animado, deseo continuar viviendo y trabajando, y al mismo tiempo deseo acabar este trabajo, para poder regresar a mi querida patria, donde sé que me esperan buenos espíritus amigos para recibirme. Sintiendo y pensando de esta manera, me siento seguro y desearía que mis queridos hermanos espíritas participaran de la felicidad que proporciona esta transformación interior, tan necesaria para emprender con mucha paz, el viaje de regreso que a todos nos espera.

La moral de Jesús es la moral espírita. El Espiritismo no es una religión, pero sus fundamentos, sus principios, son sin duda alguna, religiosos. Yo me considero espírita, libre pensador, cristiano convencido, y rechazo el fanatismo de cualquier índole.

Desde que Jesús vino a enseñarnos la moral que todo buen cristiano debe seguir, ya han pasado muchas civilizaciones, alumbrando con sus luces en diversas épocas, a esta triste humanidad. Sus grandes focos han brillado en la noche de los siglos, para apagarse después; y el hombre aún no percibe que tras los limitados horizontes de su pensamiento, le aguarda el

más allá, que inevitablemente le conduce a su destino. Impotente para disipar el misterio que le rodea, emplea sus fuerzas y recursos en obras de la Tierra y se aleja cada día más de los esplendores de su trabajo espiritual, que constituiría su única grandeza y su futura felicidad.

La misión de los verdaderos espiritistas, es divulgar esta consoladora doctrina para que la humanidad pueda progresar; ascender con un ideal cada vez más elevado, una mente más clara, más positiva y más decidida para luchar y vencer en la materia, ganando la vida espiritual.

Sólo la idea y el pensamiento engendran la acción; la voluntad para conseguir nuestra redención espiritual, para ser cada vez mejores y cada día más grandes, esto es lo único que puede conducirnos hacia esas lejanas cumbres, donde la obra humana encontrará su florecimiento y su regeneración.

El Universo está regido por la ley de la evolución, y esto es el progreso. Nosotros mismos, desde nuestro remoto y lejano pasado, cuando nuestro principio inteligente empezó su evolución en la materia animalizada, recorriendo los tiempos y los mundos, hasta que nuestra alma sintió la necesidad de individualizarse para tomar conciencia de su existencia, comenzamos otra etapa evolutiva, siguiendo siempre el imperativo designio de la ley de la evolución.

Hoy ya no se puede desconocer esta fuerza, esta ley soberana que arrastra al Espíritu con sus obras a través del infinito, del tiempo y del espacio, hacia objetivos cada vez más elevados, porque el acaso y la suerte no existen; esta ley sólo y únicamente se puede cumplir mediante nuestro esfuerzo y voluntad.

Para poder realizar esta obra, necesaria y útil a la evolución general, y recoger todo su fruto, es necesario, ante todo, aprender a discernir, a comprender la razón, la causa y

objeto de esta evolución, saber hacia donde conduce, a fin de tomar parte en ella con la plenitud de nuestras fuerzas y facultades, que viven adormecidas en todos nosotros, en esta prodigiosa ascensión.

Nuestro deber como espíritas es indicar el camino a la humanidad futura, de la cual nosotros también formaremos parte, a su debido tiempo; así nos lo enseñan los espíritus que son los grandes instructores del mundo invisible, como también nos lo enseña la naturaleza, con la perpetua renovación de todas las cosas, a quien sabe estudiarla y comprenderla.

Debemos caminar hacia el porvenir, hacia la vida siempre renaciente, por la inmensa vía que nos abre un Espiritismo dinámico, eficaz, sin fanatismos, y estudiado de forma racional.

El Espiritismo se dirige especialmente a los espíritus que han evolucionado, a los espíritus libres y adelantados que quieren encontrar una explicación lógica, para los grandes infortunios de la vida en este planeta. La experiencia, la razón y las enseñanzas de los espíritus, ofrecen una concepción e interpretación de las verdades y de las leyes universales. De este modo, gradualmente, las más oscuras adversidades se despejan; el más allá se entreabre revelándose el aspecto divino en los seres y en todo cuanto existe.

El Espiritismo es una filosofía abierta a todos los seres libres, que quieran progresar. No nos impone nada, solamente propone, apoyando dicha propuesta sobre hechos experimentados y pruebas visibles. No excluye cualquier otra creencia, pero se eleva por encima de ellas, con una extensa y clara expresión de la verdad.

Los espíritus superiores nos abren el camino y revelan los principios eternos, que cada uno de nosotros está en condiciones de comprender, según el grado evolutivo que hemos alcanzado a lo largo de nuestras existencias. Este estado de entendimiento, no

se obtiene sino con una completa renuncia hacia las cosas superficiales de la vida material, con una sumisión clara y pasiva a un conjunto de principios y fórmulas sujetas a un rígido molde.

La revelación del Espiritismo, es una exposición libre y sincera de una doctrina que no tiene nada inmutable (*), pero constituye una nueva etapa hacia la verdad eterna e infinita. A todos nos asiste el derecho de analizar sus principios, pero al aceptarlos debemos de transformar nuestra vida y cumplir los deberes que nos propone la moral espírita.

Allan Kardec nos puso siempre en guardia contra el dogmatismo y el sectarismo. En sus obras recomienda que no dejemos cristalizar el Espiritismo, y que evitemos los nefastos métodos fanatizados, que han arruinado siempre el espíritu religioso de nuestro planeta.

La ciencia y la religión marchan separadas, sin darse cuenta de que las dos siguen el mismo camino y persiguen el mismo objetivo; por esto podemos afirmar, que siguiendo una marcha paralela a través del tiempo, la ciencia y la religión, inevitablemente tendrán que encontrarse algún día, ya que su fin es idéntico. Con ellas se unirá el mundo de los hechos y el mundo de las causas; se juntarán los términos de la inteligencia humana, el velo de lo invisible se desgarrará y aparecerá la obra divina a todas las miradas, con su divino esplendor.

La finalidad del Espiritismo no es destruir, sino unificar y renovar. Viene a separar en el dominio de las creencias una idea nueva, plena de vida, de una idea dogmática que agoniza. Recoge

(*) **Nota del autor:** El Espiritismo no es inmutable, porque siempre sigue los avances de la ciencia y descubre nuevos horizontes, según el estado evolutivo de la humanidad que lo estudia y lo practica.

y reúne las verdades de orden general por él proclamadas, verdades ocultas y manipuladas por los numerosos sistemas religiosos, interesados en mantener con una venda en los ojos, a toda la humanidad.

El Espiritismo es el consolador prometido que viene a decirnos:

“Ha llegado la hora de la verdad y del conocimiento, la hora de ser libres, de pensar por vosotros mismos, y obtener una amplia visión de vuestro futuro y destino”.

El alma es inmortal, fue creada por Dios para ser eterna, la nada no existe y nada puede dejar de existir. Ninguna individualidad puede dejar de ser. La disolución de las formas materiales prueba sólo una cosa: que el alma se ha separado del cuerpo, cuando se produce el fenómeno llamado “muerte”, y no por esto deja el Espíritu de existir, prosiguiendo con su evolución, en nuevas condiciones, sin perder su identidad.

Cada vez que el Espíritu abandona su cuerpo terrestre, se encuentra en la vida del espacio, unido a su cuerpo astral o fluídico, del cual jamás puede separarse, porque sin él no se podría manifestar. Este cuerpo tiene la forma o apariencia que nosotros mismos hemos creado con los pensamientos y obras. Éste es sutil, fácilmente transformable, existe en nosotros en estado permanente; es invisible, y aún así sirve de molde a nuestro cuerpo material. El cuerpo fluídico permanece siempre; preexiste al nacimiento, sobrevive a la muerte del cuerpo, y acompaña al Espíritu en todas sus transmigraciones.

No es suficiente saber y creer; es imprescindible vivir tal y como se cree; poniendo en práctica todo aquello que orgullosamente manifestamos que sabemos y creemos. Debemos aplicar a nuestra forma de vida, los principios superiores que hemos adoptado.

La dicha no está en las cosas exteriores o en los azares que nos rodean; está en nosotros mismos, en la vida interior que sentimos y vivimos. ¿Qué importa que el cielo esté oscuro sobre nuestras cabezas, si tenemos la luz en la mente, la alegría del bien y la libertad moral en el corazón?; cada Espíritu lleva en sí su claridad o su sombra, su paraíso o su infierno, y todo, sin excepción, se rescata y se repara con el dolor.

Sé que algunos de mis hermanos en creencias, discrepan de mi forma de exponer e interpretar la doctrina espírita; discrepancia que yo respeto, porque cada uno interpreta su creencia, de acuerdo con su entendimiento y el uso que hace de ella. Yo explico esta doctrina y la expreso, de la misma forma que la siento y la vivo. Hace cincuenta y cinco años que estudio el Espiritismo y treinta y cinco que vivo sólo para divulgarlo. Me siento feliz despertando las conciencias, como felizmente un día despertó la mía.

Me considero un sembrador, que lanza la semilla en el campo, en espera de la lluvia y las condiciones necesarias para que ésta germine y un buen día, nazca su precioso fruto.

LA FAMILIA CARNAL

Pocos meses después de vivir los tristes acontecimientos que ya he relatado, mi hijo fue licenciado del servicio militar, que estaba prestando en Ceuta. Él tiene un carácter bastante despreocupado, así que mi deseo era que se casara y formara una familia, pensando que esto le ayudaría, volviéndose más responsable pero lamentablemente no fue así; aunque quince meses después de que su madre desencarnara, se casó con una chica excelente, de nombre Ángeles, y verdaderamente he de decir que es un “ángel”.

Con los medios económicos obtenidos de la venta de la casa de Brasil, le financié un pequeño negocio, con la esperanza de encauzar su vida por un buen camino.

El matrimonio vino a vivir a mi casa. Con los cuidados y atenciones de Ángeles, mi vida se normalizó; recuperé mi peso corporal y mi estabilidad. Ella fue y continua siendo para mí, una hija, amiga y compañera; compartiendo desde el primer momento, mis ideas espíritas. En aquella época, yo asistía todas las semanas a las reuniones que hacía un grupo espírita de Crevillente (población de Alicante, a unos 25 km. de Orihuela). Ángeles me acompañaba a todas las reuniones, y también me acompañó a todos los congresos y conferencias.

Hoy, Ángeles que para mí no es la esposa de mi hijo sino que es mi hija, tiene todo mi respeto, yo confío plenamente en ella y en su honestidad.

Mi hijo necesita el apoyo continuo de su esposa, porque su Espíritu cada día es más débil. Después de quince años de matrimonio, aún está en esta situación; sin valorar el sacrificio que Ángeles tiene que hacer para soportar, durante tanto tiempo, la pesada carga que él le impone. No quiere reconocer, que si un día le falta el apoyo de ella, caería para no levantarse más.

Tengo tres nietos maravillosos: José Roberto, María Ángeles y Estela, con 15, 12 y 7 años de edad respectivamente; a los tres los he tenido en mis brazos desde que nacieron, les he cantado para que durmieran, y me he despertado por las noches cuando han llorado, para atenderlos. Para mí, más que nietos son mis hijos, así los quiero y ellos me quieren y me respetan como si fuese su verdadero padre.

El vacío que sentí en mí, cuando mi querida compañera me dejó, para regresar a nuestra casa espiritual, lo llenó en gran parte, esta nueva familia que la providencia divina puso en mi camino, y aumentó mi fe en esa providencia que nunca nos abandona cuando necesitamos de ella.

Hoy separado de ellos, por motivos de trabajo, siento más mi soledad, pero el Espíritu de Mari, me acompaña siempre, me anima, me infunde valor y me tranquiliza porque me hace comprender que cuida de todos nosotros.

Confío en los buenos espíritus y tengo la plena seguridad, de que ellos me darán la ayuda necesaria para que pueda cumplir mi compromiso y estar en condiciones de seguir realizando mi trabajo, hasta el último día de mi existencia en la Tierra.

Todo sacrificio o renuncia que se hace aquí, en beneficio de nuestros semejantes, tiene su premio o compensación en el mundo de los espíritus.

Si yo tengo alguna pequeña recompensa por el trabajo realizado, me atrevo humildemente a pedirle a Nuestro Buen Jesús, que me conceda el beneficio de continuar mi trabajo divulgativo desde el mundo espiritual, porque si aquí he sido inmensamente feliz realizándolo, estoy seguro de que lo seré también allí.

En el año 1.992 asistí al Congreso Espírita Mundial, que se celebró en Madrid. Para mí fue un congreso muy importante, por diversas razones: Allí conocí a mi querido amigo Manuel Robles, también tuve la oportunidad de saludar a algunos importantes conferenciantes brasileños. En este congreso, fue cuando conocí personalmente a Rafael Gonzáles Molina, con el que ya me había puesto antes en contacto, hecho que relato en páginas anteriores. Aproveché la oportunidad para comprar más libros espíritas, haciendo una importante y cuantiosa compra.

Empecé a sentir la influencia inconsciente, de espíritus que más adelante, debían influir mucho en mi vida; comencé a sentir la influencia de Amalia Domingo Soler, Espíritu amigo, que tanto bien me ha hecho y me continúa haciendo.

Ángeles y yo, seguíamos asistiendo a las reuniones en Crevillente, pero a causa de su embarazo, tenía dificultad para desplazarse, así que por unanimidad en el grupo, se decidió hacer las reuniones en mi casa. Yo preparé y acondicioné, una habitación que tenía separada de la vivienda y allí continuamos haciendo nuestras reuniones, para que Ángeles pudiera asistir.

INAUGURACIÓN DEL CENTRO ESPÍRITA

En diciembre de 1.993, se celebró en Montilla (Córdoba), el primer Congreso Espírita Español y a petición de Rafael González, presidente de la Federación, presenté una ponencia titulada “La Historia de las Religiones”, ante una asistencia muy numerosa. Ya acabando mi intervención comuniqué al público asistente, que próximamente se abriría un nuevo centro espírita en Orihuela; la inesperada noticia causó sorpresa y mucha alegría a todos los presentes.

Nuestro grupo estaba compuesto por ocho miembros, entre ellos estaba el médium Manuel Ferrández; estábamos todos muy unidos, hasta que después de mi compromiso asumido públicamente en el Congreso de Montilla, les comuniqué que había llegado el momento de abrir un centro espírita en Orihuela, y les pedí su colaboración para buscar y alquilar un local en la ciudad. Ellos me escucharon con suma extrañeza, y menos Manolo (el médium) y Ángeles, los demás encontraron la idea descabellada, y un auténtico disparate; ninguno de ellos estaba dispuesto a participar en algo que estaba condenado al fracaso. Uno de ellos tomó la palabra para decir:

“En Orihuela, un pueblo totalmente fanatizado por los dogmas religiosos de la iglesia católica, un pueblo donde hay 36 iglesias, un seminario y un obispado, ¡abrir aquí un centro espírita, es comparable al loco que plantó cebollas en la playa!”. Aún así, yo empecé a buscar un local, para abrir el Centro.

Ya tenía el local apalabrado y también tenía reservado el salón de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, para que Divaldo Pereira Franco diese una conferencia, cuando viniera a inaugurar el Centro.

En esta misma fecha, había empezado la construcción de un almacén, en el terreno que tenía contiguo a la casa, ésta

situada en una urbanización a cinco kilómetros de la ciudad. La finalidad del almacén, era guardar un camión con el cual trabajaba mi hijo.

Una noche me acosté a dormir, y me desperté de madrugada con una idea fija y clara en mi mente: “el Centro se tenía que abrir donde se estaba haciendo el almacén”; esa noche ya no pude dormir más. Por la mañana, antes de salir para mi trabajo, esperé al maestro albañil que estaba haciendo la obra, para decirle: “Manolo tenemos que hacer unos cambios. Aquí a este lado derecho del almacén, tienes que hacer una habitación, con una puerta y una ventana al exterior; donde está el almacén, una puerta en la parte de delante y otra en el lateral, tres ventanas grandes y un cuarto de aseo al fondo, en la parte de atrás”. Él pensativo me preguntó: “¿y por dónde tiene que entrar el camión?”. Yo le contesté: “no hay camión, ya te lo explicaré cuando tenga más tiempo”, y me marché rápidamente para el trabajo.

Anulé el compromiso de alquiler del local para la apertura del Centro y también la reserva del salón de la CAM para la conferencia de inauguración que nos iba a ofrecer Divaldo Pereira Franco. Nuestras reuniones continuaron en mi casa, pero al final de ellas, siempre surgía el mismo tema; me decían que estaba equivocado, insistían siempre en que debía desistir de ese proyecto condenado anticipadamente al fracaso, diciéndome: “abrir un centro en este pueblo, en una urbanización alejada de la ciudad, sin transporte público, en medio del campo; esto es una locura, un fracaso y un desprestigio para nuestro ideal espírita”. Me decían, que siempre me apoyarían pero que no iban a participar de tal proyecto.

Con estos argumentos, hasta mi voluntad se debilitaba, me hacían pensar que posiblemente tuvieran razón, pero mi Espíritu siempre ha sido disciplinado, seguro en sus decisiones, cumpliendo siempre sus compromisos, y el más grande de mi

vida lo asumí con Jesús, y si mi mayor deseo consistía en cumplir firmemente ese compromiso, las ideas que recibía no podían estar equivocadas. Esta confianza, esta fe, me hizo vencer todos los obstáculos y como humilde instrumento seguí adelante.

Ni mis amigos ni yo mismo, podíamos imaginar entonces que el Centro de Orihuela estaba destinado a ser uno de los más importantes y conocidos en el mundo espírita, por su gran trabajo divulgativo.

Mis compañeros de grupo todos estaban recelosos, sin querer participar en la apertura del Centro, pero finalmente decidieron ayudar con la preparación y transformación del local, adecuándolo para convertirlo en un centro espírita.

El día 9 de mayo de 1.994, se inauguró el Centro Espírita “La Luz del Camino” situado en c/ Cádiz nº 13 bis, Urbanización Montepinar, Orihuela (Alicante). En la inauguración contamos con la presencia de Divaldo Pereira Franco, Rafael González Molina y Carlos Campetti como invitados, y una asistencia de público muy numerosa; algo más de 200 personas acudieron para este acontecimiento, distribuyéndose en él, cientos de libros espíritas gratuitamente. Todos nuestros esfuerzos habían sido coronados por el éxito y la alegría. Desde el primer momento, este Centro había nacido fuerte, con empuje; en su inauguración contamos con la presencia de espíritus de gran relevancia como: Adolfo Bezerra de Menezes, José María Fernández Colavida y Amalia Domingo Soler.

Después de unos días, pude valorar los sabios consejos del Espíritu que me guía: el Centro tenía que estar en un sitio tranquilo, con el aire limpio de la montaña, lejos del bullicio de la ciudad, porque debía ser utilizado por los espíritus, como centro de reunión y de estudio, de donde tendría que salir un foco de luz para iluminar las conciencias de una gran parte de la humanidad.

Consciente de mi responsabilidad, multipliqué mis esfuerzos; mi trabajo divulgativo cada día era más intenso. Seguí comprando libros en cantidades mayores, de la codificación, de André Luiz y del Padre Germán, entre otros, pero me resultaban muy caros, así que tuve que volver al método de impresión, como lo había hecho anteriormente. Busqué libros de Amalia Domingo Soler, pero no los encontré.

Imprimí diez mil ejemplares de dos títulos diferentes, y diez mil unidades más del libro “Qué es el Espiritismo”. Seguí con la impresión de doscientos mil libritos de “El Espiritismo en su más simple expresión”. Con este último título, lancé una campaña titulada: “*CON UN LIBRO ESPÍRITA, LA FAMILIA VIVE MEJOR*”. Los compañeros del Centro, entregaron un ejemplar en cada casa de Crevillente, Elche y Alicante. Muchos de los grupos espíritas de España, recibieron este librito en cantidad, participando también en esta campaña divulgativa.

Ya en el año 1.996, y cuando menos lo esperaba, recibí por medio de un miembro del grupo, un paquete de escritos de Amalia Domingo Soler; estos escritos los enviaba Salvador Sanchís Serra, desde Barcelona, un gran coleccionista de la revista “La Luz del Porvenir”.

Fue entonces, en este momento de mi vida, cuando me convencí de que de alguna manera Amalia estaba cerca de mí, que me estaba utilizando como instrumento para divulgar el Espiritismo, pues éste fue el principal objetivo de su última existencia. Esto me parecía increíble, porque nunca me he considerado con méritos suficientes para que un Espíritu tan elevado pudiera ser el principal guía de mis trabajos; aunque tenía que aceptar esta feliz realidad, porque no conocía a Salvador Sanchís y aún así recibí de él muchos escritos para poder componer los primeros libros de Amalia. Nunca llegué a conocer personalmente a Salvador, pero supe pasado el tiempo,

que él sí me conocía a mí, desde el año 1.972 que yo estuve en Barcelona, distribuyendo libros espíritas.

Todos los escritos de Amalia necesarios para componer los seis libros editados hasta ahora, han llegado a mis manos sin buscarlos; esto es muy significativo, y ahora comprendo que desde que asumí el compromiso con Jesús, el Espíritu que me guía me ha estado preparando para que fuese capaz de realizar este gran trabajo.

Nunca agradeceré lo suficiente a mi querida Amalia, Espíritu de luz que yo tanto respeto, y que tanto bien me está haciendo, por utilizar mi humilde persona como instrumento para que el mundo espírita conozca los incomparables escritos que ella hizo, para divulgar el Espiritismo en el siglo XIX, de una manera tan lógica y sencilla, que llevan el consuelo y la esperanza a las almas sufriendoras.

Estos escritos son considerados como el mayor complemento de la codificación espírita, y han tenido que pasar más de cien años para que se reunieran en seis libros, y se dieran a conocer en todos los países de habla hispana; llevando el conocimiento a los más necesitados, gratuitamente, para que en su vida encuentren un rayo de luz, con la esperanza de un mundo mejor.

Nada más llegar a mis manos aquellos ejemplares de la antigua revista “La Luz del Porvenir”, hice una selección entre los escritos, para componer el primer libro, el cual tendría el mismo título que el de la mencionada revista, publicada y dirigida por Amalia, desde el año 1.879 al 1.899, comenzando así esta colección de seis libros, que hoy sin duda es una de las joyas más valoradas que tiene el Espiritismo.

En el año 1.997 salieron de la imprenta, los primeros ejemplares de una edición de 20.000 libros, de “La Luz del Porvenir”. Este primer libro de la colección, fue recibido en el

mundo espírita, con grandes elogios, difíciles de describir; pero la alegría que recibí yo, aún fue mayor, alegría que en cierto modo, no debería manifestar, temeroso de caer en el orgullo, mi mayor enemigo. Debo de aceptar siempre un segundo lugar, con humildad, reconociendo que el mérito de este incomparable trabajo divulgativo, es exclusivo de un gran Espíritu de luz, trabajador incansable, y que todos conocemos como Amalia Domingo Soler. Yo me siento inmensamente feliz, como fiel y humilde trabajador de ella.

El lanzamiento de este primer libro de Amalia, fue como ya he mencionado, un gran éxito: un libro tan importante, distribuido gratuitamente causó una gran motivación, así que muchos de los cofrades cercanos a mí, sintieron el deseo de participar en el trabajo que se estaba realizando, cuya finalidad era ayudar y esclarecer a familias necesitadas, que sufren sin comprender la razón de sus desdichas. Yo no debía esperar ningún agradecimiento o beneficio por parte de nadie, ya que el mérito que pueda tener por el sacrificio realizado aquí, sólo podré recibirlo en el mundo espiritual. Jesús nos enseñó: *“Aquel que quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por amor a mí, la salvará”* (Lucas 9:24).

Después, los ánimos y la motivación de estos amigos en ideal, que antes quisieron participar, se enfriaron, porque es muy fácil asumir un compromiso, pero muy difícil mantenerse en él; para mantenerse en un serio compromiso, hay que hacer de éste, el principal objetivo de nuestra vida, como nos dijo Jesús: *“Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno o amará al otro; no podéis servir a Dios y a Mammón”*. (Mateo 6:24).

LA PRESENCIA DE AMALIA

En los sótanos de un edificio en remodelación, en Jaén, encontraron una colección de revistas envejecidas y humedecidas de “La Luz del Porvenir”, que sin saber cómo, llegaron a manos de Manuel Uceda Flores y éste de inmediato me las envió, las cuales yo recibí con mucha alegría. Expuse estas revistas al sol para que perdieran la humedad acumulada durante un siglo y empecé enseguida con la composición de “La Luz del Camino”.

Componer estos libros de Amalia, ha conllevado un trabajo meticuloso, que los miembros del Centro Espírita y yo, conjuntamente, realizamos con el máximo cuidado y cariño. Primero haciendo una selección entre los escritos, de los capítulos más actualizados, para componer los libros, seguidamente realizando la composición del texto y revisión del mismo, hasta su acabado y preparación para ser impresos. Así este segundo libro, “La Luz del Camino”, salió de la imprenta en el año 1.998 con una edición de 20.000 ejemplares.

A finales de 1.997, recibimos en el Centro Espírita de Orihuela la visita de Divaldo Pereira Franco, el cual fue utilizado por Amalia para decirme, que sus libros debían ser conocidos en todos los países de habla hispana. Esta idea nunca había sido contemplada por mí, debido a los elevados costes que suponía este tipo de envíos, fuera de España (transporte que hoy día cuesta tanto o más que la impresión de los libros). Yo no tuve la menor duda en aceptar el pedido del Espíritu que me guía en mi trabajo, y como fiel instrumento, lo puse en práctica.

Así fue como empezamos a mandar el libro espírita gratuito a los países de América, siendo “La Luz del Camino” el primero de esta campaña, en ser enviado hasta allí, y también ha sido el primero que se ha traducido al portugués, publicado en el año 2.003 en Brasil, por la editora Leopoldo Machado.

En febrero de 1.999, con 78 años de edad, me jubilé dejando mi trabajo laboral, por lo que ya no disponía de recursos económicos suficientes para continuar con la campaña del libro espírita gratuito. Esta situación, para mí era muy triste, y también una realidad a la que no veía salida.

Sí es verdad, que desde ese momento podía dedicar mucho más tiempo a los trabajos del Centro, pero una inquietud preocupante se apoderó de mí; así pasaron unos meses, hasta que un día caluroso y húmedo del mes de julio, propio de esta región, me encontraba sumergido en mis estudios y meditaciones cuando sentí, con gran emoción, la presencia de Amalia junto a mí, que poniendo su mano sobre mi hombro, me preguntó en tono enérgico pero cariñoso:

“¿Amigo mío, por qué estás tan preocupado y tan indeciso? Nuestro trabajo aún no ha terminado, tenemos que seguir adelante”.

Yo mentalmente le pregunté muy sorprendido:

“¿Con qué recursos?”

Amalia sin retirar su mano de mi hombro, acabó diciendo:

“Amigo mío, continúa realizando tu trabajo, ten fe y confía en Dios”.

La emoción que yo sentí, no puedo describirla; cuando recuerdo aquel momento, de mis ojos brotan lágrimas de agradecimiento, a este buen Espíritu que me guía. Ante tanta grandeza, me siento pequeño y desde mi pequeñez doy las gracias a Jesús por todas las oportunidades que me ha dado, por todos los beneficios que me concede, permitiendo que en mi insignificancia sea uno de sus servidores, y por todas las pruebas que pone en mi camino para que mi Espíritu pueda, un día, alcanzar su redención espiritual.

Sin duda alguna, comprendí que mi trabajo debía continuar hasta el último día de mi vida, que las dificultades sólo eran obstáculos que yo tenía que vencer, para fortalecimiento de mi Espíritu.

Empecé la composición del tercer libro, que según Amalia su título debía ser “La Luz de La Verdad”, y a primeros del año 2.000, me hicieron la primera entrega de este libro, de una edición de 20.000 ejemplares.

* * *

A primeros del año 1.999, recibí la grata visita de mi querido amigo y hermano Antonio Silva Arroyo, que viajó a España desde México, para conocerme; durante una semana tuve la oportunidad de gozar de su compañía.

Antonio Silva insistió mucho para que yo hiciera un viaje a México, alegando que ya tenía una gira preparada, para dar una serie de conferencias en distintas ciudades. Él insistía en que los espíritas mexicanos tenían gran empeño en conocerme, y además de esto, argumentaba la coincidencia, de la visita del estimado cofrade Alipio González a México, quien deseaba conocerme y compartir conmigo una gira doctrinaria. Antonio Silva logró convencerme, y preparamos el viaje para el mes de octubre de ese mismo año.

Emprendí este viaje a México, en compañía de Ana M^a y Antonio, verdaderos hijos para mí. Después de once horas de vuelo, llegamos al aeropuerto, donde nos estaban esperando Antonio Silva y su familia, que nos ofrecieron su hospitalidad y todo cuanto necesitáramos. El día siguiente a nuestra llegada, empezó nuestra gira doctrinaria; a la que se unió nuestro querido amigo Alipio, unos días después.

Fueron quince días importantes, porque acompañado siempre por Antonio Silva, Espíritu de mucha elevación, pude hacer una siembra muy positiva para la divulgación y el conocimiento del Espiritismo. Allí encontré verdaderos espíritas dispuestos a trabajar desinteresadamente en la divulgación de la doctrina, con los cuales he podido contar más tarde, para ampliar la campaña del libro espírita gratuito en México.

Nadie podía imaginar, que mi buen amigo, mi querido hermano Antonio Silva, tenía que desencarnar dos meses después. Él insistió mucho para que yo me quedara en México, y le tuve que hacer comprender, que no podía dejar el trabajo espiritual que estaba realizando en España, pero sí le prometí que al año siguiente iría a visitarlo de nuevo. Poco convencido, Antonio proyectó un nuevo viaje a España para el mes de enero; viaje que no pudo realizar, porque el día 31 de diciembre de 1.999, partió para el mundo espiritual.

Estoy muy agradecido a mi querida Mari y sobre todo al Espíritu de luz que me orienta, que me anima y fortalece para que pueda vencer mis enfermedades, realizando hasta hoy, el trabajo asignado. ¡Gracias Amalia! ¡Gracias Mari!, sois la luz que me guía, el amor de mi vida, la esperanza de mi futuro, ¡gracias por acompañarme en mi viaje a México!. Siempre que fue necesario, sentí vuestra presencia a mi lado, y con humildad reconozco que el éxito de mis intervenciones, fue el fruto de vuestra inspiración.

¡Amalia, Espíritu querido, quiero ser un fiel instrumento tuyo, agradeciendo siempre tu ayuda para conseguirlo!.

¡QUERER ES PODER!

Empecé la composición del cuarto libro “La Luz del Espíritu”, el cual sólo pude imprimir dos años más tarde, pues los únicos recursos económicos de que siempre he dispuesto han sido el salario de un trabajador y después el de un pensionista. Este cuarto libro, editado en julio de 2.002, fue distribuido con gran éxito, en España y la mayor parte de la edición de 20.000 ejemplares, en los países de América, igual que los anteriores.

Ya tenía en mis manos las revistas de “La Luz del Porvenir” con los escritos de Amalia, necesarios para componer el quinto libro titulado “La Luz que nos Guía”. Éste salió de la imprenta a primeros del año 2.004, con una tirada igual a la anterior. No creo necesario decir que cada uno de estos libros, es una luz que se difunde por todo el mundo espírita, como un potente faro que conduce a los navegantes que luchan en un mar embravecido, hacia un puerto seguro.

A primeros del año 2.005, ya tenía compuesto y preparado el sexto libro titulado “La Luz del Futuro”. Sentía el feliz deseo de imprimirlo, de verlo nacer, como otro hijo más, inmensamente querido por mí, pero tuve que esperar con paciencia hasta que pude reunir el dinero necesario para su edición e impresión, pues suponía una cantidad muy elevada para los ingresos que aportan mi pensión como jubilado. Saliendo por fin, una primera edición en noviembre de 2.005.

En la codificación espírita realizada por Allan Kardec, encontramos los pilares, los fundamentos de la gran revelación de los espíritus; la síntesis que marca el rumbo que debe seguir la humanidad para alcanzar su elevación espiritual, venciendo la influencia material. Es una obra inalterable en sus principios fundamentales, realizada por un Espíritu disciplinado, de mucha elevación.

En los escritos de Amalia Domingo Soler, también conocida como “La Gran Señora del Espiritismo”, encontramos una gran transparencia, fácil y comprensible para todos los humildes. Sus escritos llegan al corazón de todos los seres que más sufren, como un bálsamo que alivia su dolor, que les da fuerzas y esperanzas para soportar los reveses y desengaños de una vida plena de obstáculos y aparentes injusticias. Por todo esto, puedo afirmar que los libros de Amalia, son el mayor complemento de la gran obra kardeciana.

Cuando estos libros llegan más allá del océano, son recibidos con entusiasmo y cariño. Desde allí, muchas personas se comunican conmigo para agradecerme el que les tenga presentes en mi trabajo divulgativo. Muchos centros espíritas me agradecen la oportunidad de poder colaborar en esta campaña divulgativa emprendida por mí. Me piden que vaya a visitarlos, pues desean conocerme, y su economía no les permite viajar a España. Estas demostraciones de cariño me emocionan y quiero agradecerles y decirles que mi Espíritu está siempre con ellos, y cuando deje este cuerpo físico, aún estaré más cerca.

No quiero hacer alarde del trabajo que realizo, vivo solo y apartado del mundo y me considero rico y feliz, porque hay miles de personas, en distintas partes del mundo, que me quieren. Con mis enfermedades y mi soledad, soy un hombre feliz, porque me siento útil y realizado.

Doy gracias a Dios y a los buenos espíritus, por todas las pruebas que encuentro en mi camino, porque esto me hace ejercitar las fuerzas que todos tenemos para resistirlas y vencerlas.

Quiero decir a todos mis hermanos en ideal, a todos los espíritas, que al aceptar la doctrina o filosofía espírita, ya contraen un compromiso, porque aceptan la existencia de la vida en el mundo espiritual y la continuación de ésta, con todas sus consecuencias en el mundo material. Somos conscientes de que

la verdadera vida está en el mundo espiritual, y también sabemos que sólo encontraremos allí, todo lo que no derrochemos aquí, o lo que con esfuerzo y sacrificio logremos ahorrar aquí, invirtiendo en beneficio de los más necesitados. Teniendo conocimiento de todo esto, sólo depende de nosotros el practicarlo o dejarlo para futuras encarnaciones. Aún así quiero recordar aquello que nuestra querida Amalia nos decía: ¡Querer es poder! Y hace más el que quiere que el que puede.

La renuncia y el sacrificio dejan de existir cuando uno se integra en ello de todo corazón. Cuando nos familiarizamos con el sacrificio, nacen nuevos sentimientos que lo sustituyen: el amor, la paz y la felicidad; algo que yo puedo afirmar, pues a lo largo de mi vida, he tenido que privarme de mucho, dedicando mi tiempo y mi dinero a divulgar el Espiritismo, pero este sacrificio, yo no lo siento como tal.

El conocimiento del Espiritismo cambió mi vida, dio un gran impulso a mi Espíritu, fortaleciéndolo, despertando el deseo adormecido de superarse, buscando un camino nuevo para conseguir su elevación; para conseguir este glorioso objetivo, hay varios caminos. En un principio, me sentí muy ilusionado, escogiendo uno de estos caminos, sin querer ver que había escogido el más cómodo; más adelante, hubo un cambio en mi vida, y durante una década viví sintiéndome verdaderamente feliz, ignorando que el compromiso asumido por mi Espíritu, era mucho mayor.

El cuerpo material actuaba como un espeso velo, que envolviendo mi Espíritu, le impedía ver con claridad. Tuve que pasar por el dolor y la enfermedad, para ver un poco mejor a través de ese velo material. Arrepentido, comprendí que había escogido el camino equivocado, por lo que tuve que renunciar a la vida fácil, para empezar una vida nueva, siguiendo otro camino.

Tuve que vencer nuevos y grandes obstáculos, pero salí victorioso, venciendo todos los que encontré en mi camino; pasó una década, de nuevo sintiéndome seguro y feliz. ¡Dios mío! No podía imaginar que tenía que cambiar de rumbo otra vez, que sólo existe un camino, que es el único que puede conducirnos a la libertad, consiguiendo de esta forma, nuestra redención espiritual.

Cuando menos lo esperaba, nuevamente apareció la enfermedad y el dolor. Durante ocho años sufrí la compañía de esa imagen que representa el sufrimiento y finalmente perdí a mi compañera, el ser que más he querido en este mundo.

Con este acontecimiento, comenzó un doloroso periodo de mi existencia material, y el más elevado para mi Espíritu inmortal. Empecé a sentir las huellas de mi soledad, las enfermedades aparecieron en mi cuerpo, las cuales me han ido acompañando hasta hoy. Fue entonces cuando mi Espíritu se despojó del velo oscuro que lo envolvía y encontró finalmente la verdadera ruta que debía seguir.

Ahora doy gracias a Dios por todo lo que he pasado para llegar a encontrar el verdadero camino, pero me queda la duda y me pregunto:

¿No he cerrado inconscientemente los ojos, no he perdido mucho tiempo hasta encontrar la verdadera razón de mi vida? Creo que sí, y que el tiempo perdido ya no se puede recuperar, pero tengo la plena seguridad de que jamás me dejaré envolver en ese velo oscuro, ni abandonaré el camino emprendido.

Estoy convencido de que uno de los mayores trabajos, que un espírita puede realizar, es la divulgación del Espiritismo. Repetiré una vez más, que esto sólo se puede hacer con el ejemplo, nadie puede enseñar nada, sin practicarlo antes. Así lo hice yo y lo sigo haciendo.

En el Centro Espírita “La Luz del Camino” que yo dirijo, se estudia el Espiritismo profundamente, en sus raíces, en su forma moral, es su estado actual y en su posible futuro; todo esto desde un estudio racional y moral, sin fanatismo, creencias o prácticas, que previamente no sean rigurosamente analizadas.

Así enseño yo el Espiritismo, y este pequeño grupo que compone este Centro, que me siguen como buenos discípulos, ya están preparados, tienen un conocimiento científico y moral elevado y lo más importante es, que lo viven y lo practican. Todos sacrifican su tiempo y sus recursos económicos para divulgar el Espiritismo en el mundo. Ahora sólo son siete los socios del Centro, pero estos siete valen por cien; participan en todos los trabajos que realizo con suma dedicación, siguen mis consejos como si fuese un padre para ellos, esto hace que me sienta feliz y los trate como si fuesen mis hijos. Todo esto se consigue, enseñando con el ejemplo, porque aunque el sembrador disponga de una tierra fértil, si no la cultiva, no podrá obtener una buena cosecha.

Me siento feliz y satisfecho, después de haber conseguido formar este pequeño, pero gran grupo; ellos han comprendido y aceptado mis principios. Yo ahora me siento tranquilo, porque tengo el convencimiento de que dejo en buenas manos este Centro, y de que se continuará realizando el trabajo divulgativo en el futuro, después de mi regreso al mundo de los espíritus. Estoy seguro de que permanecerán unidos, respetando mi memoria, y por encima de todo, el compromiso que han adquirido por convencimiento y voluntad propia.

Entre otras actividades, en este Centro Espírita asistimos también a diferentes casos obsesivos, aplicando un tratamiento sencillo; no utilizamos pases, ni oraciones, ni agua fluidificada, nuestro trabajo sólo consiste en esclarecer la mente, con ideas nuevas para que la persona afectada, cambie de sintonía. Para esto utilizamos el método racional del conocimiento, con un

tratamiento que se debe seguir sin desviarse de él, asumiendo un serio compromiso que como objetivo principal exige un cambio en la vida, costumbres y hábitos. Para conseguir esto, damos todos los libros necesarios, de forma gratuita, que la persona en cuestión debe leer, estudiar y meditar, sin olvidar que lo más importante es aplicar en su forma de vida, estos nuevos enseñamientos. Cuando alguien acude al Centro a pedir ayuda, se la damos de esta forma, sin percibir retribución alguna, sin pedir nombre o dirección. Le hacemos saber que todo depende de él o ella, que si cumple el compromiso, se liberará de la obsesión, pero si no lo cumple, cada día estará en peor situación.

Este tratamiento nos ha dado muy buenos resultados, confiamos en él y lo seguimos aplicando.

Estoy llegando al final de mi trabajo, al final de mi existencia, con la vejez y la enfermedad; aún así, aunque no sea fácil de comprender, estoy viviendo los años, los meses y los días más felices de mi larga vida, porque es ahora cuando mi Espíritu tiene la claridad suficiente y necesaria para cumplir el verdadero compromiso que él asumió, antes de reencarnar en este cuerpo.

Mi hijo, con toda la familia, a causa de su trabajo, tuvieron que cambiar de residencia; ahora viven a 7 km. de mi casa, en la ciudad. Me insisten para que vaya a vivir con ellos y no esté solo en esta casa, y yo siempre les digo lo mismo: “No puedo dejar de cumplir mi trabajo y mi obligación con el Centro, quiero cumplir mi compromiso hasta el último día de mi existencia, que será cuando mi buen Jesús lo disponga”.

Debido a la diabetes, a la mala circulación, y a las heridas en los pies, causadas por estas enfermedades, me paso algunas noches, sentado en un sillón sin poder dormir por el dolor, entonces, en esas largas noches, brotan lágrimas de mis ojos y pido a Jesús fuerzas para no desanimar, pero al mismo tiempo le doy las gracias por ser tan bueno conmigo, porque Él me fortalece, porque en Él confío, porque con Él me siento seguro y

sin temor. Me siento joven, sin dejar que la vejez de mi cuerpo enfermo y débil, guiado por un marcapasos, pueda influir en la fortaleza de mi Espíritu.

Nuestra debilidad o nuestra fuerza, está en nuestra mente; si conseguimos dominarla, dirigirla y utilizarla como instrumento de nuestra voluntad, podemos vencer todas las dificultades, todos los obstáculos que aparezcan en nuestro camino, si por el contrario nos sometemos a ella, si perdemos su control, su dirección y nos convertimos en víctimas de su débil voluntad, entonces nos convertimos en pobres enfermos, sin defensa de todas las desgracias que una mente enferma es capaz de imaginar.

Nosotros mismos somos los únicos responsables de nuestro pasado, presente y futuro, somos los constructores de la felicidad o de la desgracia, del dolor o del bienestar que podamos sentir. Con nuestra libre y soberana voluntad hemos creado nuestro cielo o nuestro infierno y en él tenemos que vivir, hasta que utilizando nuevamente nuestra libre voluntad, tomemos el control de la mente para cambiar de rumbo y seguir un nuevo camino, con sólo una dirección, que nos conduzca a una nueva vida de paz y de felicidad.

AYUDAR A LOS ESPÍRITUS

Sólo existe un sistema efectivo y permitido, para ayudar a los espíritus sufridores que viven en un mundo de sombras y dudas, creadas por ellos mismos. Este mundo es tan real para ellos, que viven esclavizados en él, sufriendo los tormentos del llamado “infierno”. Con sus debilidades lo han creado y con su esfuerzo tendrán que salir de él, pues nada ni nadie puede liberarles de esta situación, si antes no sienten el dolor del arrepentimiento. Cuando esto suceda, el mundo mayor les ayudará, sometiendo a cada uno de ellos, al tratamiento necesario para que emprendan el camino de su regeneración. Yo les diría a mis hermanos espíritas, que se tranquilizaran, que ningún espíritu está abandonado en el mundo espiritual, pues ese mundo es como un inmenso hospital y ningún enfermo puede salir de él hasta que no esté en condiciones de valerse por sí mismo.

El único sistema que existe para acelerar la recuperación de estos enfermos, es la instrucción y el esclarecimiento para que conozcan la verdad, y ésta los ilumine.

Los espíritus viven con nosotros, nos siguen de cerca, y en realidad nunca estamos solos. Nos acompañan en nuestras reuniones, e intervienen en nuestra vida más de lo que imaginamos. Tenemos que mejorar nuestro comportamiento porque ellos nos observan, también tenemos que asumir un compromiso con la lectura, en el centro espírita o en nuestra casa, siempre a una hora fija para que ellos puedan asistir, para que nos escuchen y aprendan, porque a su mente llegan nuevas ideas que lentamente les hacen pensar en algo que hasta entonces no habían entendido. Pero esto no se consigue hablando con un espíritu unos pocos minutos en una reunión; son necesarios meses y años para que un espíritu, acepte nuevas ideas que sean capaces de esclarecer su mente para conseguir un cambio, una visión diferente y necesaria para seguir un nuevo camino.

El Espiritismo no se estaciona ni en el pasado ni en el presente, se renueva, investiga y avanza siempre desde sus bases, descubriendo siempre nuevos horizontes. Los espíritas y los centros que los agrupan tienen que seguir el mismo camino, ampliando el conocimiento y el compromiso asumido. Tenemos que cumplir ese compromiso aplicando en nuestra forma de vida el conocimiento que ya tenemos. La transformación interior que un espírita tiene que hacer, debe ser una realidad; sólo entonces estaremos en condiciones de enseñar y divulgar un Espiritismo sin dogmas, con un estudio racional. Nadie tiene fuerza moral para enseñar algo que él no aplica a su propia vida, tenemos que enseñar con el ejemplo, pues “una imagen vale más que mil palabras”.

Cuando se abrió el Centro Espírita “La Luz del Camino”, empezamos a realizar un trabajo rutinario; haciendo sesiones mediúmnicas con la finalidad de esclarecer a unos pocos espíritus sufridores. El Centro tenía una numerosa asistencia, que venía desde toda la provincia.

Yo seguía con mi trabajo divulgativo, en solitario, sin pedir ayuda a nadie, porque en esto sólo se puede participar de forma voluntaria. Algunos se sintieron incómodos, viendo el trabajo que yo hacía mientras ellos sólo asistían al fenómeno y poco a poco dejaron de asistir. Otros se ilusionaron queriendo participar en mi trabajo, asumiendo un compromiso, pero esto no es nada fácil, así que unos primeramente y otros después fueron abandonando el Centro.

Finalmente llegaron los últimos, que motivados por el ejemplo, se han ido superando cada día más. Les hice saber que no deben esperar jamás el agradecimiento de nadie, por el trabajo que realizan, entre otras cosas porque somos nosotros mismos los únicos beneficiados.

Se suspendieron las reuniones mediúmnicas, porque comprendí que eso sólo era un espectáculo con entrada gratuita,

una creencia fanatizada, justificada solamente en algunos centros (muy pocos), que tienen la preparación necesaria para ejercer esta práctica, y sólo en casos concretos y justificados.

En ningún libro de la codificación se recomiendan estas prácticas mediúnicas, contrarias al buen sentido común y al estudio racionado de los libros espíritas. Es verdad que en un principio, se utilizó el fenómeno, necesario entonces para la manifestación de los espíritus, porque tenían que hacernos saber de la existencia del mundo espiritual ignorado por nosotros, que la vida continúa después de la muerte y que este fenómeno cambia el estado de nuestro cuerpo, continuando con vida; una forma de vida que libremente, cada uno hemos escogido. Dicho fenómeno, se dio anteriormente porque aún no existía una cultura espírita que nos enseñara el camino que debemos seguir. Hoy tenemos esa cultura, con miles de libros que nos revelan todos los misterios, gracias a los buenos médiums que han recibido de los espíritus elevados, las comunicaciones necesarias para componer estos libros, llenos de sabiduría y con una lógica que no se puede poner en duda. Por tanto el fenómeno pertenece al pasado, y es muy peligrosa su práctica fanatizada.

El Espiritismo, al igual que el espírita, debe renovarse siempre, debe caminar siempre hacia adelante, sin reparar en los obstáculos; si se estacionara caería en la rutina y el fracaso.

Debemos desconfiar de los espíritus sufridores, que salvo algunas excepciones son los mendigos del espacio. Las leyes son las mismas allí y aquí, y el que quiera renovarse puede conseguirlo con su propio esfuerzo y con la ayuda de los buenos espíritus, pasando antes por el arrepentimiento; y nadie por caritativo que se crea, puede sacar a un espíritu de la oscuridad, si él no se gana el mérito para salir de ella. En el mundo espiritual no existe el perdón sin la rectificación de las faltas cometidas, pues la única ley válida es la del merecimiento.

Las relaciones con los espíritus inferiores, exigen seguridad, conocimiento, tacto y firmeza. No todos los que usan estas prácticas, están preparados para obtener buenos resultados de ellas. Es necesario poseer una verdadera superioridad moral, para dominar a esos espíritus, reprimir sus arrebatos y convencerles para que cambien su conducta; esta superioridad sólo se adquiere con una vida exenta de pasiones materiales. El evocador o adoctrinador, tiene que tener la fuerza moral necesaria para que sus fluidos puedan dominar fácilmente los fluidos de los espíritus atrasados.

Yo no pongo en duda, el deseo que tiene la generalidad de los espiritistas, en ayudar a los hermanos sufridores, deseo que yo respeto, pero creo sinceramente que esa ayuda sería más eficaz, mucho más, si se les prestara cuando aún están encarnados. La ayuda en el plano espiritual es más complicada, porque primeramente, tiene que haber un arrepentimiento, el Espíritu tiene que reconocer las faltas cometidas y tener el deseo sincero de rectificarlas; cuando estas condiciones se han dado, el mundo espiritual tiene suficientes recursos para ayudarles.

La manifestación de los espíritus inferiores fue necesaria en un principio, porque había importantes razones para ello. El mundo mayor consideró que había llegado el momento de dar a conocer el mundo de los espíritus, mantenido oculto hasta entonces por intereses religiosos; para ello permitió que espíritus inferiores se manifestaran ruidosamente, moviendo mesas, puertas y ventanas, provocando voces estridentes, lamentos, y otros fenómenos físicos. Esto fue necesario para impresionar a los hombres y sacarlos de su indiferencia, despertando el deseo por conocer el fenómeno y de alguna manera, apartarlos del profundo interés que tenían, sólo por las cosas materiales. Esto es lo que justifica, que en un principio el Espiritismo hiciera su revelación de este modo. Los fenómenos vulgares, producidos por espíritus sujetos aún a la influencia de la materia, eran

apropiados a las exigencias de los primeros años y al estado mental de aquellos cuya atención se quería llamar.

Una vez cumplido este objetivo, los espíritus superiores se han manifestado para esclarecer las inteligencias, con el conocimiento, utilizando medios menos groseros, con la colaboración de médiums psicógrafos y auditivos, mucho mejor preparados.

Después de las manifestaciones físicas que se dirigían a los sentidos, los espíritus han hablado a la inteligencia, al sentimiento y a la razón. Este perfeccionamiento gradual de las comunicaciones, nos demuestra los grandes medios y combinaciones variadas, de que dispone el mundo espiritual para ayudar a todos los seres encarnados y desencarnados. Nunca estamos solos como espíritus, ni como encarnados; siempre que estemos sinceramente arrepentidos y dispuestos a rectificar, recibiremos inmediatamente la ayuda del mundo espiritual, impulsándonos por el camino del progreso y el conocimiento.

Nosotros no tenemos condiciones para iluminar a los espíritus, entre otras cosas porque el plano espiritual es un mundo mental, que se agita alrededor nuestro, todos estamos juntos, no hay planos de separación, todos nosotros creamos el mundo en el que queremos vivir. Todo está en nuestra mente, el bien y el mal, el sufrimiento y la felicidad, el cielo y el infierno.

Cuando dejamos nuestro cuerpo aquí en la Tierra, nuestro Espíritu se lleva consigo todo lo que ha creado a través de sus vivencias, y esas creaciones mentales, se manifiestan en el periespíritu como si fuese un espejo que refleja la verdadera imagen del Espíritu.

Así inevitablemente tiene que sentir la situación real en que se encuentra su Espíritu; pleno de felicidad si ha vivido una existencia desmaterializada, o sufriendo dolorosos tormentos si sólo ha vivido para satisfacer las ambiciones materiales. Aunque

él intente justificar con falsos argumentos la clase de vida que ha llevado, no lo consigue, porque siente el miedo al contemplar su imagen totalmente diferente a la que tenía; siente el frío, el calor, el hambre y el deseo desesperado de vivir todas las pasiones que alimentó aquí en la Tierra. Se encuentra con un cuerpo tan materializado que en determinadas circunstancias, hasta puede dudar de la realidad de su muerte.

El periespíritu o cuerpo fluídico, como Allan Kardec nos dice; en su estado natural tiene una forma vaporosa, está compuesto de una combinación de fluidos derivados del fluido universal que a su vez procede de una transformación de la materia primitiva.

Los fluidos en cada planeta son diferentes, pero los habitantes de un mismo planeta, reciben o atraen todos, los mismos fluidos, por tanto no hay en su origen fluidos malos o buenos. Nosotros recibimos los fluidos en su estado natural y nuestro Espíritu los transforma según su estado mental; una mente limpia y sana se envuelve en unos fluidos buenos y transparentes, una mente enferma, viciada y materializada, contamina los fluidos que recibe y que fielmente se adaptan a la forma mental que los utiliza.

Cuando se produce la muerte del cuerpo, los fluidos que le daban vida, se liberan y vuelven a su origen, limpios, en su estado natural, porque se han liberado de la materia que alteraba su estado. El Espíritu regresa al mundo de la verdadera vida y con él lleva reflejado en su cuerpo espiritual, todos los vicios, debilidades y pasiones que él mismo ha creado, así que sólo él es responsable de la situación dolorosa que pueda encontrar en el mundo espiritual y de las futuras existencias rectificadoras que tendrá que vivir, para conseguir liberar a su cuerpo espiritual de toda la negatividad acumulada. Lentamente el sufrimiento romperá las cadenas que lo esclavizan a las pasiones de la materia. Cuando por fin sea capaz de reconocer su verdadera

situación y la acepte con humildad, dejará de ser un mendigo del espacio, y dejará de quejarse, de pedir ayuda inútilmente, desapareciendo de su vista las zonas tenebrosas, los paisajes desolados, y las visiones terroríficas que sólo son creaciones de mentes enfermas. Sólo entonces recibirá la ayuda de hermanos espirituales que siempre lo han seguido de cerca, esperando el momento oportuno para socorrerlo y con verdadero amor, prepararlo para un nuevo ciclo de existencias, necesarias para la evolución de su Espíritu.

La mente materializada, transmite al periespíritu una imagen completamente material. Siente las mismas pasiones y necesidades que sentía en la Tierra, siente que su cuerpo espiritual tiene la misma constitución que tenía su cuerpo material, pero todo es una imagen falsa, creada por su mente enferma, porque ahora su cuerpo es fluídico.

Los espíritus sufridores se creen víctimas de un destino fatal, víctimas de sus familiares, de sus amigos o del mundo en que han vivido, incapaces de reconocer que nadie sufre sin deber y que en el mundo espiritual nadie está abandonado, pero sólo se recibe la ayuda cuando se reconoce la culpa, iniciando el verdadero cambio.

Es lamentable que algunos hermanos, posiblemente bien intencionados, en su ignorancia quieran ayudar a los espíritus y se atrevan a dar algo que no poseen; porque la luz necesaria para seguir nuestro camino, tenemos que ganarla con esfuerzo y sacrificio, y aunque la tuviésemos no podríamos darla, ni siquiera prestarla.

En nuestras existencias en la Tierra, nos valemos de nuestro libre albedrío, haciendo mal uso de él por nuestra propia voluntad, así que obligatoriamente tenemos que rescatar y rectificar el mal uso que hemos hecho anteriormente. Aquí en la Tierra sembramos, y aquí tenemos que recoger nuestra siembra. El sufrimiento que encontramos en el más allá, sólo es una

consecuencia de nuestro comportamiento aquí, pero no nos hagamos ilusiones, la rectificación hay que hacerla donde se cometió el delito.

No engañemos a nuestros hermanos sufridores con falsas promesas. No nos engañemos nosotros mismos pensando que hemos liberado a unos hermanos del sufrimiento. No nos dejemos utilizar por espíritus que toman una identidad que en ningún caso podemos comprobar.

Estos trabajos que con tanta ilusión y buena voluntad se hacen en las reuniones mediúmnicas, se parecen mucho al que hacen los sacerdotes católicos, perdonando los pecados a través de la confesión.

Yo quiero recordar a todos mis hermanos espíritas, que nadie puede sacar a un espíritu del sufrimiento, tendrá que hacerlo él mismo, reconociendo sus errores y cuando lo haya hecho, inmediatamente recibirá en el mundo espiritual la ayuda necesaria. El mundo espiritual no depende de nosotros, sino que nosotros dependemos de él.

Los libros de la codificación nos dicen, que no existe el perdón de las faltas cometidas, sin la necesaria rectificación de todas ellas.

El Espiritismo es una ciencia filosófica; para entenderlo hay que estudiarlo racionalmente, profundizar en él, investigando en sus raíces y en su grandioso futuro. Para poder comprenderlo es indispensable practicarlo y vivirlo, de forma estricta, con la moral de Jesús que esta doctrina nos enseña. Así lo entendemos y lo practicamos en el Centro Espírita “La Luz del Camino”.

ESTUDIO, MEDITACIÓN Y TRABAJO

El Espiritismo, entre otras cosas, es una ciencia filosófica y moral. Para conseguir este conocimiento, hay que estudiarlo profundamente y practicarlo; con la dedicación y el trabajo conseguiremos nuestra transformación interior, sólo entonces estaremos verdaderamente preparados para divulgarlo. Para enseñar el Espiritismo, primero tenemos que vivirlo y practicarlo nosotros mismos. Sin reunir estas condiciones, no debemos ser maestros de nadie y si no tenemos el conocimiento y la moral necesaria para enseñar, mejor no hacerlo, para evitar que nos puedan llamar como Jesús llamó a los fariseos: “*¡Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello!*”. (Mateo 23:24). Evitemos ser como el ciego que guía a otros ciegos, y todos caen por el precipicio.

Lamento ser tan claro y quizás demasiado rudo, no es mi intención ofender o disminuir a ningún hermano espírita, pero creo necesario decir las cosas como son. Sin intención de hacer alarde ni querer ser superior a nadie, porque no lo soy, debo aclarar para justificar mis palabras, que estoy en el Espiritismo cincuenta y cinco años; con él cambió mi vida, nació un hombre nuevo, y toda mi vida la he empleado en divulgar y enseñar esta doctrina que un día será la luz que ilumine a esta humanidad. Me siento feliz y me considero con la moral necesaria para enseñar esta luminosa idea.

Mi mayor deseo es que todos los que sienten interés en conocer esta doctrina, que la estudien y practiquen, para poder divulgarla, yo os puedo decir que el mayor empeño del mundo espiritual, es éste también, porque ha llegado el momento de conocer la verdad, la que nos hará libres y nos libertará de la esclavitud de la ignorancia, consiguiendo encontrar un camino de luz, que es el único que puede redimir a esta humanidad.

Muchos siglos después de la muerte de Jesús, se ha esparcido por el mundo la libertad de palabra y de pensamiento, se ha desarrollado la inteligencia humana; el momento ha sido favorable y los espíritus se han movilizado para enseñar a todos los encarnados de la Tierra, la ley del progreso infinito y al mismo tiempo cumplir la promesa de Jesús, restableciendo su doctrina y comentando sus parábolas.

El Espiritismo nos explica el Evangelio, su sentido verdadero nos trae la moral superior, la moral definitiva cuya elevación y grandeza revelan el origen superior de su contenido, para que la verdad sea conocida por todos nosotros. Las voces de los espíritus la proclaman por todas partes y gracias a esta revelación universal y permanente el Espiritismo puede enfrentar todas las hostilidades y a todos los inquisidores que intentan combatirlo. Se puede destruir la enseñanza de un hombre, falsificar o quemar sus obras, pero es imposible impedir que los espíritus divulguen esta verdad por todo el mundo, verdad que ha sido falseada durante muchos siglos por intereses personales de todas las religiones.

Llegó el momento de la revelación y los espíritus en nombre de Jesús, llevan esta preciosa semilla a todas las regiones de la Tierra; por esto es necesario que el Espiritismo con su lógica, y su sentido moral y racional, sea conocido y estudiado por esta humanidad. Es una doctrina superior a todas las que le han precedido y de esto dan fe los millones de espíritus que se manifiestan continuamente para divulgarla.

Con la filosofía de los espíritus, cambian los puntos de vista, el horizonte se dilata, ellos nos dicen que emplear todos nuestros esfuerzos para conseguir la felicidad en este mundo material, sólo es una quimera que nos aleja del verdadero objetivo de nuestra vida, que es el mejoramiento continuo de nuestro Espíritu, y para conseguirlo tenemos que practicar la ley moral en todas sus formas. Con semejante ideal, nos tornamos

indestructibles, no hay vicisitudes ni acontecimientos que puedan hacernos desfallecer, con la desgracia y la adversidad, nos crecemos, nos hacemos fuertes y conseguimos elevarnos, venciendo las dificultades y los sufrimientos. El espírita que no es capaz de superar todos estos obstáculos, es un “espiritero” que fatalmente será una presa fácil para sus enemigos invisibles.

El buen espírita sale de la oscuridad de esta vida, vence sus asechanzas y se dirige continuamente hacia un fin elevado, hacia un fin que aspira, que conoce y del que está seguro. Una intuición superior le inspira en sus obras, llevándole hacia delante para cumplir con su compromiso. Los placeres le son indiferentes, las tentaciones de la carne las supera sin dificultad, las ambiciones materiales no tienen influencia sobre él; es como un viajero que marcha seguro hacia un destino venturoso que le espera.

Es necesario cuidar de nuestro cuerpo que es el instrumento que tenemos para vivir en este mundo, pero es más importante cuidar del perfeccionamiento de nuestro Espíritu que es nuestro Yo imperecedero, y de cuyo estado depende nuestro futuro. En el Espiritismo encontramos los elementos necesarios para esta higiene del alma.

La fe es la causa primera de nobles sentimientos y de grandes situaciones; el que verdaderamente la tiene, permanece inquebrantable ante las pruebas o los peligros que puedan desafiarle. Por encima de las seducciones y de las amenazas, escucha una voz en su interior, que le anima para la lucha y le sostiene en las horas de riesgo. Para conseguir este resultado, la fe tiene que tener una base sólida que sólo puede conseguirse con un libre examen, la libertad de pensar y un enfoque racional. La fe de los dogmas y de los misterios es débil y falsa porque no tiene ningún argumento para poder convencer.

La filosofía espírita nos ofrece una fe que siendo racional, es más lógica porque no tiene misterios y con la comunicación de

los espíritus, se aclaran todas las dudas y se revela la existencia del mundo espiritual, pleno de vida y sabiduría, oculto hasta ahora por las religiones, que han querido mantener a la humanidad en las sombras de la ignorancia, para poder ejercer su dominio sobre ella, imponiendo una ley injusta y arbitraria, manipulando a los que por falta de conocimiento confían en ellos.

Sabiendo que esta vida, no es más que un instante en el conjunto de nuestra existencia inmortal, llevaremos con paciencia las pruebas inevitables que tengamos que pasar. Conociendo el futuro que nos espera, tendremos fuerzas para enfrentar las miserias presentes y colocarnos por encima de los reveses de la fortuna; nos sentiremos más libres y mejor preparados para la lucha.

El espírita conoce las causas de sus males y comprende su necesidad. Sabe que su conocimiento es justo y lo acepta sin murmurar. Sabe que la muerte no interrumpe nada, pues nuestros sentimientos continúan existiendo en el mundo espiritual. Si de un extremo a otro de la Tierra, todos los seres tuviesen esta poderosa fe, se daría la mayor transformación moral que jamás ha registrado la historia; pero esta fe, aún son muy pocos los que la tienen. Esta verdad, nuevamente ha venido a la Tierra, pero los habitantes de este mundo continúan cerrando los ojos para no verla.

El Espíritu que siente el deseo, y la necesidad de elevarse, elige con preferencia una existencia laboriosa, una vida de lucha y de abnegación; sabe que gracias a esto, su adelanto será más rápido. La Tierra es un purgatorio; hay que nacer y renacer, sufrir en ella para despojarse de todos los vicios y debilidades que nos esclavizan a la materia, y borrar las faltas y los crímenes del pasado.

El mal uso de las facultades y el orgullo, se expían por medio de reencarnaciones, en un cuerpo defectuoso y enfermo.

Todo se paga, todo se redime. Los pensamientos, los deseos culpables, tienen su repercusión en la vida fluídica, pero las faltas cometidas en el plano material, tienen que expiarse en éste. Todas nuestras existencias están enlazadas, aquí se siembra el bien y el mal, y aquí hay que recogerlo.

De todos los vicios y defectos, el peor es el orgullo, pues va sembrando por donde pasa, los gérmenes de los demás vicios. Cuando éste ha penetrado en un alma, se establece en ella fuertemente, como en una plaza conquistada, se fortifica hasta tal punto que se hace inexpugnable. La víctima de este orgullo sólo puede liberarse de él, después de terribles luchas y grandes humillaciones. Es el único remedio eficaz para combatirlo. Este defecto es la mayor plaga que hoy sufre la humanidad, es un vicio astuto y embaucador, que sabe engañar a su víctima para impedir que luche contra él.

El orgullo corrompe hasta las obras más meritorias, haciéndolas, a veces, perjudiciales para el que las ha realizado. El bien, hecho con ostentación, con el deseo de ser aplaudido, se vuelve contra su autor.

Recordemos estas palabras, que ya fueron escritas hace dos mil años: *“Aquel que se ensalza, será humillado, pero aquel que se humilla, será ensalzado”* (Lucas 14:11).

Luchar contra la adversidad, es un deber. Abandonarse, dejarse dominar por la desgracia y sufrir sin defenderse de los males de la vida, es una cobardía. Las dificultades que tenemos que vencer, ejercitan y desarrollan nuestra inteligencia, pero si no conseguimos librarnos del mal, a pesar de nuestros esfuerzos, debemos aceptar lo inevitable y apelar a la resignación. Nada, ni nadie, puede apartar de nosotros las consecuencias de nuestro pasado.

El dolor reina siempre como soberano en nuestro mundo. Las aflicciones más profundas y crueles nos persiguen muchas

veces, pero si son aceptadas con una resignación sumisa, indican que el término de nuestros males está cerca, porque estamos pagando el fin de nuestra deuda.

La prosperidad es peligrosa por las tentaciones que ocasiona y por la fascinación que ejerce en el Espíritu, pero también puede ser origen de grandes bienes, cuando se emplea para ayudar a los demás, renunciando a bienes materiales.

El hombre debe aprender a medir el alcance de sus actos, la extensión de sus responsabilidades, sacudir la indiferencia que le domina y emplear mejor los dones que la Providencia pone en sus manos.

En realidad, la ignorancia es un mal que esta humanidad padece. Si el hombre viese de distinta forma las consecuencias de su conducta, su comportamiento sería diferente. Si conociera la ley moral y su aplicación inevitable, no intentaría violarla, sería mucho más responsable.

Cuando se produce la muerte del cuerpo, el alma se aleja de él, revestida por su cuerpo fluídico que toma su misma apariencia humana.

El Espíritu, sólo es un ser humano desencarnado, así como éste, solamente es un Espíritu encarnado. Cuando regresa al mundo espiritual, se encuentra con una gran realidad, un mundo amenazador y terrorífico o un mundo feliz y luminoso. La realidad de este mundo, la llevamos grabada y construida por propia voluntad, en nuestra mente; según la conducta y actos que hayamos realizado y practicado a lo largo de nuestra vida.

Las manifestaciones de los espíritus, nos han demostrado, sin lugar a dudas, que la inmortalidad y la vida en el espacio, es una realidad indiscutible. Así que lo que todas las religiones y filosofías nos han ocultado durante tantos siglos, los espíritus vienen a decírnoslo, hablando así: *“Ha llegado el momento de conocer la verdad, y este conocimiento nos hará libres”*.

El conocimiento del porvenir espiritual y el estudio de las leyes que nos orientan sobre la vida, la desencarnación y por fin nuestro regreso al mundo de la luz o de las sombras, es de gran utilidad para nosotros, y necios serán los que no sepan hacer buen uso de este conocimiento. A los que dejan para mañana lo que, según ellos, no pueden realizar hoy, yo les digo que el arrepentimiento es necesario, aunque tristemente, siempre llega tarde.

El Espíritu desencarnado lleva con él su cielo y también su infierno, visible para todos porque en el mundo de la verdad, nada puede estar oculto. La prueba irrecusable de su grandeza o de su humillación, está escrita en su cuerpo fluídico, que tiene la imagen real creada en su mente.

Si nuestras obras son buenas, nos encontraremos con espíritus amigos y benévolos que nos abrazarán y nos felicitarán a nuestro regreso, si por el contrario hemos vivido para satisfacer los deseos materiales, encontraremos espíritus enfermos que nos atormentarán con sus voces y lamentos, y nos encontraremos con la voz de nuestra conciencia que nos acusará de no haber cumplido nuestros compromisos asumidos.

La hora de la separación es difícil y dolorosa, para el Espíritu que se esclaviza a las necesidades materiales. Ya se ha dicho que todo acto de voluntad, reviste una forma, una apariencia fluídica que se graba en la envoltura peri-espiritual. Si estos actos son inspirados por deseos materiales, su aspecto será material y grosero; estas formas y estas imágenes se impregnan en el periespíritu, que se materializa a su contacto, se espesa y se condensa.

Las mismas causas y efectos, se repiten, la condensación se acelera, los sentidos se debilitan y se atrofian, invalidando y anulando al Espíritu.

Después de la muerte, el Espíritu se encuentra envuelto en fluidos opacos y groseros que anulan sus sentidos, y el alma se encuentra en la tumba y en prisión, que es el castigo creado y preparado por el mismo espíritu; esta triste situación es el resultado de su propia obra.

Del empleo bueno o malo que hacemos de nuestra voluntad, depende nuestro presente y nuestro futuro. Utilizando para el bien, la fuerza de nuestra voluntad, podemos conseguir profundos recursos que siempre revalorizarán a nuestro Espíritu. Con estos valores, el alma misma, ejerce su imperio sobre los poderes inferiores.

Nuestro adelanto lo conseguimos empleando el poder de la voluntad, pues nuestro presente y nuestro porvenir, depende de ella. No existe el azar ni la fatalidad; existen unas leyes y un destino inquebrantable que nos obliga a cumplirlas. Debemos emplear nuestra fuerza, para respetar esas leyes y vivir dentro de ellas, en esto está el secreto de todas las grandezas y de todas las elevaciones.

El Espíritu enérgico, preocupado en ejercitar su mente, dedicado al estudio y al trabajo, con un uso constante, adquiere nuevas ideas; su mente se ilumina con el conocimiento, su visión abarca nuevas perspectivas, y el contorno de sus relaciones espirituales, se ensancha gradualmente.

La condición de los espíritus en su vida de ultratumba, su elevación, su felicidad, su desgracia y sufrimientos, sólo depende de su facultad de sentir y de pensar; esto guarda una estrecha relación con la forma de vida que han tenido.

El mundo incorpóreo y el mundo corpóreo, tienen una fuerte relación, una unión continuada; el Espíritu renace con un cuerpo nuevo, y cuando éste muere, regresa nuevamente al mundo verdadero, y su felicidad dependerá sólo del esfuerzo que haya hecho para conseguirla.

Finalmente, el Espíritu que supo vencer sus debilidades, elevándose por encima de la materialidad, su luz le acompaña, haciendo que se sienta feliz, sin embargo, el Espíritu que no supo cumplir con sus compromisos espirituales, que todos sus esfuerzos los empleó para conseguir bienes materiales, vive en las sombras, soportando el sufrimiento y la vergüenza de su fracaso.

EPÍLOGO

Hace días recibí una comunicación de mi querida Mari, que decía así:

Mi querido compañero, bien poco te podías imaginar, que en el fin de tu vida tenías que pasar una prueba tan difícil, como es el dolor en la soledad, pero ten paciencia, ya estás llegando al fin, por poco tiempo aún tu familia carnal y espiritual, te necesitan, te quieren y hacen con gusto cualquier sacrificio para ayudarte, para que tu enfermedad no sea tan dolorosa, aquí en el plano espiritual también tienes una familia numerosa que te sigue de cerca, que espera jubilosa el momento de tu regreso, para abrazarte y recibirte como un valiente guerrero, que ha sabido mantenerse en la lucha hasta el fin de la batalla.

Tu amada de siempre Mari

Lo que dice este buen Espíritu es verdad, tengo una numerosa familia espírita que me quiere, que pide por mí y desea con sinceridad que Dios me ayude.

Agradezco tanto cariño, pues esto me da fuerzas, y considero que el hombre que tiene tan buenos amigos, es rico en valores imperecederos.

He llegado a una avanzada edad, en la que ni los mayores obstáculos, ni las enfermedades, ni la soledad, nada ha podido oscurecer, ni por un momento, la paz y felicidad que yo siento.

La finalidad de este capítulo, es despedirme de mis amigos, de todos los que han depositado en mí su confianza y me han apoyado, deseando para ellos, con todo mi cariño y agradecimiento, el bienestar espiritual que yo deseo para mí.

Quiero despedirme de todos los compañeros del Centro Espírita, con todo el afecto que siento por ellos:

“Gracias Encarna y Antonio, que como dos buenos hijos cuidáis de mí y de mi casa, que con tanta voluntad y cariño, os ocupáis de todos los trabajos, para que yo no haga esfuerzos”.

“Gracias Ana, que como una hija cariñosa, cuidas de mí. Me llevas al hospital, a los médicos, me curas las heridas cada día, y estás siempre pendiente de lo que me hace falta”.

“Juan y Conchi, son como mis hijos mayores. Juan es el que menos tiempo tiene y más obligaciones, pero siempre está atento a mis necesidades y en cualquier momento que sea necesaria su presencia, puedo contar con él”.

“Daniel es un querido hijo mío, mas participa en todo, coopera con todos, y está siempre dispuesto a realizar cualquier cosa que yo le pida, con toda abnegación, para que mi vida sea más fácil”.

“Ángeles, tú has sido para mí, la hija que no he tenido, una compañera y una amiga; he confiado en ti, porque has compartido mis ideales, mis estudios y mi trabajo. Tú tienes la responsabilidad de mantener siempre abierto este Centro Espírita, siguiendo siempre la seriedad y orientación que yo le he dado”.

A todos, os doy las gracias, sinceramente. Siempre tendréis mi agradecimiento.

“Mis queridos compañeros, debéis de cumplir con vuestro compromiso, yo estaré siempre cerca de vosotros. Los compromisos hay que cumplirlos, y yo seguiré con el mío. No

desfallezcáis ante las dificultades, éstas se presentan sin ningún aviso, pero nosotros siempre podemos vencerlas. Confiar en vuestras fuerzas, ¡querer es poder! Y tenéis que luchar por un largo futuro de trabajo, hasta conseguir vuestra redención espiritual. Recordad siempre que sólo es vencedor el que se vence a sí mismo, y el que está con Jesús jamás puede ser vencido”.

Me siento feliz porque en doce años de convivencia con ellos, de compartir el trabajo, mis conocimientos y convicciones, hemos conseguido formar un pequeño grupo, de verdaderos espíritas; unos han llegado antes, otros después, pero todos hoy tienen el conocimiento y son capaces de continuar el trabajo divulgativo que se hace desde este “Centro de Luz”. Estoy llegando al final de esta existencia y al fin de estos escritos, y quiero agradecer a todos los que han participado y compartido conmigo este camino. Creo firmemente que están preparados para seguir en él, y continuar con esta misión, después de mi partida.

Estoy agradecido con mis hermanos de América, que me tienen presente en sus oraciones; ¡muchas gracias, mis queridos hermanos!

Deseo una vez más, manifestar mi agradecimiento a los buenos espíritus que me han inspirado y lo siguen haciendo, para poder realizar este importante trabajo divulgativo, planificado y dirigido desde el mundo espiritual, y que empezó para mí, en el año 1.970, con mi regreso a España.

También quiero agradecer, una vez más, al Espíritu de Luz que me guía y me utiliza como instrumento, a pesar de mi pequeñez, para trabajar a favor de esta maravillosa doctrina. ¡Amalia Domingo Soler, siempre te recordaré, porque eres la Luz de mi vida!

También deseo dedicar un último recuerdo, a mi querida familia:

“Ángeles, eres una buena madre y un Espíritu fuerte, estás cumpliendo una gran misión, porque aquel que sacrifica su vida por redimir a un espíritu, se redime a sí mismo. Tu tarea es difícil, pero tu Espíritu es responsable y consciente del compromiso asumido. Sigue adelante, yo estaré cerca de ti, y te seguiré ayudando siempre que me sea permitido”.

“Roberto, hijo mío, tú has tenido todas las posibilidades que un hombre puede desear para seguir el buen camino, no abuses de tu “suerte”, aprovéchala que aún estás a tiempo. Jesús nos decía: *“Aquello que ates en la Tierra estará atado en los cielos, y aquello que desates en la Tierra estará desatado en los cielos”* (Mateo 16:19). Piensa en esto, y no te arrepentirás”.

Mis queridos nietos, vosotros sois para mí, mas que hijos; desde el día de vuestro nacimiento, os he tenido junto a mí, por esto deseo que tengáis en cuenta mi último consejo:

“José Roberto, tú eres bueno, servicial y agradable, pero te falta humildad, y te sobra mucho orgullo. Tienes que combatir esta tendencia, para que la vida no te castigue cruelmente. Sigue este consejo de tu abuelo, que mucho te quiere”.

“María Ángeles, tú tienes las mismas tendencias que tu hermano, por esto os lleváis tan mal, sois como dos polos negativos que chocan, así es que mi consejo es el mismo; perdonar es sublime, odiar es totalmente negativo. Sigue también el consejo de tu abuelo, que sólo desea lo mejor para ti y te quiere mucho”.

“Estela, mi pequeñita y delicada nieta, tú eres la más cariñosa y geniosa, eres especial. Siempre recordaré aquel día que estabas jugando con una amiguita y te acercaste a mí para preguntarme algo, dijiste ¡Papi!, tu amiguita te interrumpió preguntando, ¿por qué llamas papi a tu abuelo? Tú te abrazaste a

mí, con esa gracia natural que posees, diciendo: Yo tengo tres papis, el primero es Jesús, el segundo es mi abuelito y el tercero mi papá. Mi querida Estela, tú tienes que cumplir una importante misión, cuando llegue ese momento, sigue adelante; recuerda siempre que por encima de los bienes materiales, tienen que prevalecer los compromisos espirituales, yo siempre estaré cerca de ti, confía en Dios y realiza tu trabajo”.

Emocionado, me despido de todos vosotros, hermanos. Me despido de esta gran familia espírita, os recordaré siempre, allí donde mi Espíritu esté.

Pido a Dios que ilumine nuestro camino, que nos dé fuerzas para vencer los deseos de esta vida materializada, que despierte nuestra mente, para vencer las funestas consecuencias del fanatismo, que nos saque del comodismo del pasado, para vivir en el presente preparando un futuro mejor.

Mi mayor deseo es que todos nosotros, nos encontremos preparados para que nuestro querido Jesús, pueda utilizarnos como potentes focos, que iluminen los caminos por los que esta humanidad tiene que seguir.

Adiós, mis queridos hijos y amigos, hasta siempre. ¡Que la Paz de Jesús nos fortalezca y su Luz ilumine nuestras vidas!.

José Aniorte Alcaráz
Orihuela, Enero de 2006

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	21
MI REGRESO	25
1.936, LEVANTAMIENTO MILITAR	29
FIN DE LA GUERRA	36
EL REGRESO DE LOS VENCIDOS	46
UN CAMBIO IMPORTANTE PARA MI VIDA	51
UN NUEVO CICLO Y UNA VIDA NUEVA	56
MI PRIMERA PRUEBA: “UNA MACUMBA”	62
EL ACCIDENTE DE MARI Y SU COMPROMISO	67
EL COMPROMISO	74
DE REGRESO A ESPAÑA	79
LA TRADUCCIÓN DE MI PRIMER LIBRO	90
EL ARREPENTIMIENTO	96
ASUMO DE NUEVO LA RESPONSABILIDAD DE MI TRABAJO	102
LA JUSTICIA DIVINA	110
LA FAMILIA CARNAL	118
INAUGURACIÓN DEL CENTRO ESPÍRITA	121
LA PRESENCIA DE AMALIA	127
¡QUERER ES PODER!	131
AYUDAR A LOS ESPÍRITUS	138
ESTUDIO, MEDITACIÓN Y TRABAJO	146
EPÍLOGO	155